CLARE POLLARD

Las Hadas Modernas

Traducción de Javier Aragón Bellido e Isabel Márquez Méndez





CLARE POLLARD

LAS HADAS MODERNAS

Traducción del inglés a cargo de Javier Aragón Bellido
e Isabel Márquez Méndez

IMPEDIMENTA

Para mi marido

Las historias que se escriban sobre esta corte cuando ya no estemos serán mejores y más entretenidas que cualquier novela, y sospecho que quienes vengan después de nosotros no podrán creerlas; pensarán que solo son cuentos de hadas.

LA DUQUESA DE ORLEANS

PERSONAJES / *DRAMATIS PERSONAE*

Durante el reinado de Luis XIV (1643-1715) mucha gente tenía el mismo nombre de pila, así que he marcado en mayúsculas los nombres que uso sistemáticamente para cada uno.

MADAME MARIE-Catherine D'AULNOY
JUDITH, su madre
NICOLAS, su padre
BARON D'AULNOY, su esposo, separado
Charles BONENFANT, su amante, fallecido
JUDITH, hija
THÉRÈSE, hija
FRANÇOISE, hija
BELLE-BELLE, una tití
MIMI, ama de cría
ANNE, cocinera
BERTHE, criada

En el salón

CHARLES PERRAULT
Marie Perrault, su esposa, fallecida
Charles, hijo

Pierre, hijo

Madame Marie-Jeanne L'Héritier de Villandon, conocida como TELESILA, prima de Perrault

MADAME HENRIETTE-Julie DE MURAT
CONDE DE MURAT, su esposo

MADAME ANGÉLIQUE TIQUET
CLAUDE, su esposo
MOURA, su mayordomo
MADAME MIAU, su gata

Charles BRIOU
CHARLOTTE-ROSE Caumont de La Force, dama de compañía de la Delfina
María Ana de Borbón, conocida como la PRINCESSE DE CONTI, hija legitimada de Luis XIV

ABATE Charles COTIN
Charles de SAINT-ÉVREMOND

En la corte

REY LUIS XIV
Madame de Montespan, conocida como ATHÉNAÏS, la amante oficial del rey
MADAME DE MAINTENON, la nueva amante del rey
Jean-Baptiste COLBERT, controlador general de las finanzas
María Ana Cristina Victoria de Baviera, conocida como LA DELFINA
FAGON, el médico
LA VOISIN, una pitonisa

Gabriel Nicolas de La REYNIE, jefe de policía

1. EL CUENTO DE PIEL DE ASNO, PRIMERA PARTE

—Había una vez un rey omnipotente. Se decía que tal vez fuera el soberano más poderoso de la historia. También se decía, cómo no, que se las ingeniaba para ser justo en tiempos de paz y absolutamente aterrador en tiempos de guerra. Sus súbditos eran felices, sus enemigos temblaban de miedo. Este rey tenía, cómo no, la esposa más encantadora y hermosa que se pudiera imaginar, y su hija era una muñequita adorable. Desde luego, se podría decir que sus vidas eran perfectas.

Así comienza Charles Perrault el cuento de Piel de Asno. Así, también, comienza nuestra historia.

En el salón literario de madame d'Aulnoy, el escogido público de Perrault se inclina hacia adelante en sus asientos para escuchar el inevitable desastre que sacudirá a esta inmaculada familia. Porque lo que subyace a todas las historias es la energía de la destrucción: el impulso de incendiar lo que *es* en aras de lo que *podría ser.* Estamos en los últimos días del otoño, a finales del siglo XVII, durante el reinado de Luis XIV. La reunión tiene lugar en un hermoso salón en la Rue Saint-Benoît, en París, una estancia lujosa y acogedora con barrocos brocados en rojo coral, cada tejido iluminado por la trémula llama de una vela.

Hace un rato, Charles Perrault ha sido presentado a varios miembros de la élite intelectual que se reúne aquí de cuando en cuando para compartir lo que, en ese momento, todavía se conoce ampliamente como cuentos de Mamá Oca, aunque algunos los llaman cuentos de la cigüeña, o incluso cuentos de Piel de Asno. O quizá ustedes los conozcan por su nombre más moderno, *contes de fées* o cuentos de hadas. Es precisamente madame d'Aulnoy la que ha acuñado este nombre y, al mismo tiempo, quien los ha puesto tan de moda.

Aunque Charles suele tener buena memoria para los nombres, al mirar a su alrededor se da cuenta de que ya se le ha olvidado alguno que otro. Está su prima, Marie-Jeanne L'Héritier de Villandon, apasionada y un poco beata, a quien él no puede evitar adorar pese a que no termina de fiarse de ese rostro ordinario y bienintencionado. Su prima fue su puerta de entrada al salón y espera que sirva para sacarlo de la melancolía que lo abate. Le ha pedido que la llame Telesila en este círculo; se ha puesto de moda tener un nombre de salón y el suyo procede de una poetisa griega que guiaba a los hombres en la batalla. A él todo esto le parece un poco absurdo, pero intenta respetarlo por cortesía.

Mira a su alrededor y ve también a una de las hijas bastardas del rey, la Princesse de Conti, que siempre se sienta con la natural informalidad de la abundancia, como si tuviese las piernas abiertas bajo sus faldas. De piel clara, pelo rubio y un poderoso mentón, no lleva peluca ni maquillaje. Es atractiva, pero más como un príncipe joven y apuesto que como una princesa, y fuma en pipa desenfadadamente.

A la rica heredera madame Angélique Tiquet la reconoce al instante: está repantingada descaradamente en la silla mullida de la izquierda, con su vestido de pastorcita rescatado del cajón de

disfraces del salón (pues ha actuado en un cuento anterior), y todavía sostiene el cayado como si fuera un cetro. Angélique Tiquet es la clase de mujer que se desborda de cualquier vestido que se ponga, pese a su edad. Sus labios carnosos están adornados con relucientes granitos de azúcar, y tras ellos asoma un diente podrido. Tiene una gata blanca con un collar enjoyado a la que suele llevar bajo el brazo.

También hay un hombre al que, de forma excepcional, han permitido formar parte del grupo: el abate Cotin, sacerdote y escritor mediocre conocido por sus tediosos sonetos. Junto a él, abriendo con furia su fina nariz por la mera presencia del abate, está madame Henriette de Murat, una lengua viperina. También la hermosa y presumida Charlotte-Rose Caumont de La Nosequé —de La Force, eso era—, vestida a la última moda, a quien él reconoce como una dama de compañía de la corte. Los demás, ni idea. Aristócratas menores. ¿Y quién será aquel joven de pestañas largas?

Están sirviendo chocolate caliente y espeso en una preciosa vajilla esmaltada en verde pálido. Después de cada sorbo, las mujeres se pasan delicadamente la lengua por los dientes y el labio superior para limpiarse el bigote.

Esta es la primera vez que Perrault asiste y está decidido a deslumbrar al salón, tanto por el bien de su prima como por el suyo propio. El cuento de Piel de Asno —*Peau d'Âne*— siempre le ha encantado, desde que su niñera se lo contó junto a las ascuas de la chimenea. Él es uno de los cuarenta respetados miembros de la Academia Francesa, ese consejo que se ocupa de la lengua francesa, cuyos miembros son conocidos como *«les immortels»* por el lema de la Academia, *À l'immortalité* («Hacia la inmortalidad»), y se considera capaz de enamorar a una pequeña audiencia literaria como esta. El cuento debe ser breve y chispeante, una copa de

champán que te acabas antes de darte cuenta de que la tienes en la mano.

Los que se toman la molestia de contemplar a Perrault ven a un cincuentón con una peluca castaña que trae a la mente a un hermoso *spaniel.* Muchos dicen que es más apuesto ahora que de joven, con esa cara franca de ojos brillantes y naturalmente risueños. Es uno de esos hombres con verdadero carisma que tienen el don de interesarse por todo el mundo, desde el Delfín hasta el cocinero. Le cae bien a todo aquel a quien dedica unos fugaces instantes de atención, efecto que él reconoce internamente con humildad.

—¡Imaginad su magnífico palacio! —continúa—. Cortesanos de todo el mundo vienen a ver los cuadros de Rubens y Leonardo, las estatuas de Bernini, la suntuosa galería de los espejos…

Esto provoca más risas contenidas, porque los presentes saben que se refiere a la Galerie des Glaces en el fastuoso palacio de Versalles de Luis XIV, una de las maravillas del mundo occidental; galería que el propio Charles Perrault adornó con más de trescientos espejos enormes. Quizá sea la más famosa de toda Francia. Es como la cueva de Aladino plagada de prodigios bellamente iluminados que contemplan una copia tras otra de sí mismos. Pero, con este guiño, Perrault también busca reconocer lo que todo el mundo sabe: que, desde la muerte de su amigo Colbert, ha perdido el favor de Luis XIV. No quiere que nadie piense que es mejor no sacar el tema de Versalles en su presencia. Después de todo, aún tiene una pensión. Está orgulloso de lo que consiguió allí. No es una deshonra pasar página.

Perrault pone mucho cuidado en intercambiar miradas con madame d'Aulnoy mientras habla, deseoso de complacer especialmente a su anfitriona. Su nueva novela, *Historia de Hipólito,*

conde de Duglas, lo dejó deslumbrado, y está deseando conocer a la escritora que hay detrás de él, pero hay algo frío y huidizo en su mirada. Por un momento, Perrault imagina un torreón con muros de cristal y a sí mismo como un caballero andante que avanza trastabillando, haciendo esfuerzos por recuperar el equilibrio. No es una sensación a la que esté acostumbrado. Trata de usar un tono desenfadado, pero se da cuenta de que para él es una experiencia nueva e inquietante que lo animen a hablar con frivolidad de reyes y palacios. ¿Es este el motivo por el que cuentan cuentos de hadas en sus reuniones? ¿Para deslizar ideas subversivas en forma de historias para niños, fuera de la vista de los censores?

Pero toda narración oral es una especie de improvisación, requiere cierto grado de descaro, y su instinto le dicta que debe seguir adelante con la trama.

—En los establos del rey había caballos de todas las clases —continúa Perrault—. Y algo extrañaba a los que entraban en los establos, aunque no se atrevían a hablar de ello: el lugar de honor lo ocupaba un horrible asno con dos enormes orejas que se había ganado su puesto cagando monedas de oro en vez de estiércol cada mañana.

Se oyen risas; risas fáciles, es consciente. Los ojos de su prima Telesila brillan con una curiosa mezcla de emociones; él imagina que se está tragando el desprecio que le produce ese tipo de humor, pero aún confía en su habilidad para cautivar al salón.

—Y sucedió que Dios, que nos mantiene alerta mezclando el bien y el mal, permitió que la reina enfermase. Empalideció y adelgazó, tenía los ojos llorosos. Ni los instruidos médicos ni los charlatanes pudieron acabar con la fiebre. Al final, con su último aliento, la reina le dijo a su marido: «Prométeme que solo te casarás de nuevo si encuentras una mujer más inteligente y más bella que yo». Ella,

calculadora y vanidosa, confiaba en que sería imposible encontrar una mujer así, de modo que este último deseo privaría a su marido de volver a casarse. Y lo cierto es que exhaló su último aliento satisfecha, sin la menor sospecha de las terribles consecuencias que tendrían sus palabras. «Por supuesto, amor mío. Por ti, cualquier cosa», sollozó el rey, y ella murió en sus brazos.

Charles traga la saliva que le embadurna la lengua. No va a pensar en eso ahora, en público. No va a pensar en eso.

—Durante varios meses, el rey estuvo desconsolado, pero, con el tiempo, los cortesanos lo convencieron para que se asegurase un heredero, y accedió a casarse otra vez. No sería empresa fácil, sin embargo, porque estaba decidido a cumplir su promesa, ¿y quién podría igualar a su reina en inteligencia y belleza? Solo su hija, a la que cada día adoraba más, con su elegancia estilizada y sus ojos azul cielo. Solo su hija.

»Este pensamiento le rondaba la cabeza, le retorcía las tripas. Empezó a apoderarse de él. Solo su hija. Ella era su esposa en miniatura, su esposa regresada. La solución al problema. ¡Solo casándose con su hija podría cumplir la promesa que había hecho a su esposa moribunda! Así fue como un día, mientras ella jugaba a sus pies, él le pidió matrimonio. La princesa rio, como jugando, pero pronto se dio cuenta de que no era un juego.

»"No me asustes, padre."

»"Es lo que quería tu madre. Su último deseo."

»"Por favor, no digas cosas tan extrañas", contestó la princesa, temblando como si una sombra le hubiese pasado por encima.

»Terriblemente preocupada por este giro de los acontecimientos, la princesa fue en busca de su hada madrina, que vivía en una gruta —Perrault lanza una mirada alrededor de la habitación a los ricos paños de coral y los candelabros resplandecientes, e improvisa— de

coral y perlas.

El público, en su mayoría femenino, asiente complacido, y sus pálidas pelucas se mueven al unísono como una bandada de palomas a las que se les ha lanzado trigo. Parecen estar de acuerdo en que este es el tipo de lugar donde se encuentran las hadas madrinas. Se oye el sorber de las bebidas, una taza posarse nerviosa sobre un platillo, el crepitar constante de las llamas. El fuego arde un poco más fuerte de lo que le gustaría y Perrault está colorado y sudoroso, pero bajo ningún concepto puede dejar entrever su nerviosismo. A veces, cuando tiene que hablar en público, recurre a la técnica de imaginar a la audiencia desnuda para templar los nervios, pero en este caso —entre tantos especímenes del sexo femenino— cree que eso solo aumentaría la transpiración.

Abre la boca de nuevo.

—«Sé por qué estás aquí», dijo el hada madrina. «Tu corazón está apesadumbrado. Pero las hadas madrinas tenemos nuestros trucos. Estoy segura de que nada podrá ocurrirte si sigues mis consejos. Dile que primero necesitas un vestido exactamente del color del cielo. No podrá conseguirlo.» Así que la joven princesa fue, temblando, a ver a su padre. En cuanto escuchó su petición, él convocó a los mejores sastres y les ordenó que le hicieran un vestido del color del cielo, de inmediato, o los colgaría a todos. Al día siguiente, la princesa tenía su vestido. Era del azul radiante y cambiante del cielo.»

»Entonces, el hada madrina le aconsejó: "Pídele un vestido que sea del mismo color que la luna. Seguro que eso es imposible". Pero, ya ven, casi todo es posible cuando uno es el gobernante más poderoso del mundo. El rey convocó a sus bordadores, profirió algunas amenazas y, cuatro días más tarde, el vestido del color de la luna estaba listo; colgado en la oscuridad del armario, incluso

irradiaba un brillo fantasmal. “Bueno”, dijo el hada madrina, algo más apurada en esta ocasión. “Probemos otra vez: un vestido tan radiante como el sol. ¿Qué van a hacer, prenderle fuego?” Esta vez, el rey llamó a su joyero y le ordenó que confeccionara un paño de oro y piedras preciosas y le advirtió de que, si fracasaba, lo decapitaría. En una semana, el joyero había terminado un vestido tan deslumbrante que dejó puntitos flotando en la retina de todos los que lo contemplaron.

A Perrault le gusta esta parte del cuento, el patrón que sigue. El ritmo. Le gustan las formas que toman las cosas. Y le gustan los objetos hermosos y refinados: los frescos, los jacintos, los relojeros, el mazapán, las alas de las mariposas, los cubiertos y vajillas de oro, las fuentes, los zapatos bien hechos, el canto de los ruiseñores. Es un esteta. A pesar de su decepción en la corte de Versalles, intenta sentirse orgulloso de lo que ha contribuido a crear allí: un lugar civilizado.

Los presentes en la sala escuchan con atención, los tiene cautivados. Continúa con el cuento:

—La princesa sabía que se esperaba de ella que le diera las gracias al rey, pero la palabra se le atascó en la garganta. Una vez más, su hada madrina le susurró un consejo al oído: «¡Ya lo tengo! Pídele una capa hecha con la piel del asno de los establos reales. Él adora a ese asno. O mucho me equivoco o no lo matará por nada del mundo».

»Esta fue su mejor idea hasta el momento, pero no había tenido en cuenta que el deseo del rey de encamarse con su hija ya superaba cualquier otra consideración. El anhelo lo torturaba; una sensación nueva, dada su posición. Casi inmediatamente, voceó una orden. Unos minutos más tarde, la piel de su asno, aún caliente, yacía ante la princesa, ensangrentada, con sus ridículas orejas, sus

dientes prominentes, sus ojos húmedos. “Ya está bien, niña”, dijo. “Mañana nos casamos.”

»Tanto la princesa como su hada madrina quedaron absolutamente aterrorizadas. El hada madrina concluyó que la única opción era que la princesa escapara, oculta bajo la piel del asno. Metió en un baúl las ropas, el maquillaje, los espejos y las joyas de la princesa, le dio una varita mágica y le dijo que tocase el suelo con ella cuando necesitara el baúl. Por lo demás, la niña estaba sola. Así, la mañana en que había de casarse con su padre, la princesa desapareció.

Al decir esto, a Perrault lo invade una sensación fría. De pronto ya no busca la mirada de madame d’Aulnoy, porque se da cuenta —¿cómo ha podido cometer la estupidez de elegir este cuento para su debut?— de que esta es, en parte, su historia. Solo ahora recuerda que, cuando ella volvió a aparecer en la ciudad hace algunos años y abrió un salón, los rumores bullían en los salones de Versalles.

Se murmuraba que el padre de madame d’Aulnoy la casó con el barón d’Aulnoy cuando era una niña por motivos económicos. El barón no era un barón de verdad, naturalmente, sino un libertino y un borracho que había comprado el título. Entonces, tras años de rumores sobre los malos tratos y las humillaciones que infligía a su joven esposa (y después de que ella perdiera a dos de sus tres bebés, pobre niña), fue encarcelado en la Bastilla por traición tras haber manifestado su desacuerdo con el sistema de recaudación de impuestos de la corona.

Pero, tiempo después —aquí viene el giro de la historia—, el barón fue puesto en libertad. Se rumorea que lo habían acusado falsamente y al final logró demostrar su inocencia. Todo había sido una conspiración de madame d’Aulnoy, su madre y dos hombres (se da por hecho que eran amantes suyos) para inculparlo. Los dos

hombres fueron decapitados, mientras que madame d'Aulnoy fue encerrada en una torre con su tercer bebé, recién nacido, y escapó saltando por una ventana.

¿Huyó madame d'Aulnoy disfrazada, igual que Piel de Asno? Y la pregunta que obsesiona a la corte, naturalmente, resurge ahora en la mente de Perrault: ¿por qué, después de todos estos años, se tolera su presencia en París, en pleno corazón de estas reuniones?

2. EL CUENTO DE LA NIÑA BUENA

Les ruego que me disculpen; debería haber comenzado por el principio, es decir, por el nacimiento. Las historias tratan sobre personas —su desarrollo, sus circunstancias, su compleja red de relaciones, su comportamiento y sus consecuencias, sus interacciones con la suerte…—, y el verdadero comienzo es el nacimiento, igual que el verdadero fin es la muerte. Bueno, si lo desean, podemos elegir no acabar ahí, pero debemos al menos reconocer, como adultos, que lo que hace un final así es apartar la mirada. Y este cuento, se lo advierto, es sin duda para adultos.

Empecemos con un nacimiento, pues. Este es un tiempo en el que los partos suelen ser difíciles y muchas mujeres mueren dando a luz. Algunas son demasiado jóvenes, las casan a los doce o trece años; algunas, ya en los cuarenta, paren a su decimocuarto hijo, enfermo; otras simplemente tienen mala suerte. Con frecuencia mueren desangradas, la vida se les derrama y forma charcos a sus pies hasta que ya no queda líquido en sus venas que el corazón pueda empujar; o bien mueren por infecciones, o por los médicos, que en esta época no saben casi nada pero se les paga bien, sobre todo para convencer a hombres como ellos mismos de que se ha hecho todo lo que se ha podido, por lo que es muy mala señal ver a

uno de ellos entrar en tu habitación con sus ropajes negros ondeando a sus espaldas.

Madame d'Aulnoy no nació como madame, claro —qué absurdos parecen estos títulos cuando los aplicamos a esas pequeñas criaturas ciegas y cagonas que son los bebés humanos—, sino como Marie-Catherine, empujada poco a poco al mundo sobre una cama normanda en 1652; su cráneo azulado embadurnado de leche agria, un rápido goteo de pétalos escarlata sobre las sábanas por el desgarro perineal, los alaridos rancios de su madre, que ahogaban las campanas de la iglesia medieval y la corriente del río y los temblores de los manzanos.

Marie es la primogénita de Nicolas y Judith, y el parto es largo y difícil, ya que el joven cuerpo de su madre aún no ha tenido tiempo de ensancharse. Para Judith, una mujer ambiciosa a la que le gusta la política, el flirteo, los idiomas y la ópera, es el peor día de su vida, un sufrimiento injusto que la tendrá malhumorada e intratable durante meses, pero por suerte no hay complicaciones y los médicos no tienen que venir con su sucio instrumental y los tarros de sanguijuelas. Cuando le dicen a Nicolas que es niña, da una patada a un lavamanos y maldice su suerte, como es la costumbre.

Judith no tiene ningún interés en amamantar a un bebé —la mera idea le resulta de un bovinismo deprimente—, por lo que, como se solía hacer, los padres de Marie la entregan directamente a un ama de cría, Mimi (cuyo hijo, por suerte para ellos, había nacido muerto). La niña trepa ciega hacia el pezón estriado, marrón y rosado para mordisquearlo y extraer una gota de dulce leche humana. «Muy bien, pequeña», la arrulla Mimi con dulzura, mientras tiernos recuerdos se le amontonan en la cabeza, los pechos y los ojos. Mimi es algo así como el ideal platónico de ama de cría: de movimientos lentos, robusta, amable. «¡Ay, qué niña tan buena!»

Cuando Marie crece sigue siendo una niña buena. Sabe, por ejemplo, no acercarse a su padre cuando bebe vino, lo cual —entre otras muchas aflicciones, como el hecho de que juega fatal al billar y sufre dolorosos ataques de gota, esos pequeños cristales que se le acumulan en las articulaciones— hace que él se sienta aún más desdichado y que a menudo perciba a su hija como un tintineante *memento mori,* un esqueleto vestido de niña pequeña que viene a llevarlo de la mano al abismo. Ella sabe cuándo dar una suave palmadita en la espalda a su madre si la pilla en medio de una breve llantina y decirle «ya pasó, ya pasó», pero también sabe no molestarla nunca con juguetes o preguntas inoportunas, porque Judith ha llegado a la conclusión de que no hay nada más tedioso para una mujer inteligente que su propia hija.

Mimi, el ama de cría, se convierte en la salvación de la pequeña, tan acogedora y con un instinto maternal natural, siempre acariciando la barriga del gato o dejando que le muerda los nudillos, limpiando la baba de la cara de Marie o atusándole el pelo. A veces sus abrazos le producen una sensación de claustrofobia, pero es mejor que la dolorosa distancia de su madre. Mimi llama a Marie *ma puce,* 'mi pulguita'; *mon coco,* 'mi huevecito', o *ma petite crotte,* 'mi caquita'.

Frente al fuego, por la noche, mientras peina los mechones de Marie, le suele contar cuentos, como el de Pulgarcito, aquel niño tierno y callado, no más grande que un pulgar, al que tomaban por tonto. Mimi le habla de los tiempos del hambre, cuando el padre y la madre de Pulgarcito no pueden soportar ver a sus hijos morir de inanición y los abandonan en el bosque. De cómo Pulgarcito va dejando un camino de guijarros la primera vez y consigue volver a casa, pero, cuando sus padres intentan abandonarlo otra vez, esparce migas de pan que los pájaros picotean. «¡El bosque —

susurra Mimi con tono solemne— está lleno de lobos y ogros que huelen la carne de niño!» Y entonces finge mordisquear los deditos de los pies de Marie y las dos se echan a reír. Es una sensación entrañable.

Solo que Mimi no es de la familia; le pagan por sus abrazos. Y, un buen día, Nicolas decide prescindir de sus servicios y enviar a Marie a un colegio de monjas. Al recibir la terrible noticia, Marie se hace un ovillo en el desván y se echa a temblar, como una nuez en su cáscara, mientras espera a que las fieras voces de los adultos dejen de gritar abajo. Mimi, furiosa, desata una lengua sucia como una cloaca: «¿Así me pagáis todo lo que he hecho por vosotros, hijos de la gran puta? ¿De qué va a comer mi familia ahora, borracho asqueroso, ratero de mierda?» Mimi no sube a despedirse de Marie.

El colegio de monjas es la forma de educar a las niñas en estos tiempos, y de nuevo aquí se demuestra que el auténtico objetivo de Marie en esta vida es ser una niña buena. No debe añorar a su familia, ni a Mimi, ni al gato. No debe llorar. No debe esperar que nadie le atuse el pelo nunca más ni que le hagan cosquillas en los pies. En vez de eso tiene Francés, Latín y Matemáticas; tiene que cepillar las cenizas de un vestido de tela basta. Tiene horas de rodillas por delante, rezando en la capilla helada, buscando nuevas formas de pedir perdón por haber nacido con el corazón podrido. Hasta cierto punto, la joven Marie se cree todo aquello y descubre que un poco de autoflagelación puede ser agradable: se da duchas frías, apenas come, se acusa de pecados execrables, reduce sus necesidades casi a la nada hasta que se siente limpia y ligera. Se da cuenta de que tiene facilidad para el dominio de sí misma. Incluso la severa hermana Ruth le dice a veces: «Al menos tú eres una niña buena, Marie», y eso la hace feliz. Pronto se gana la fama de ser

particularmente callada y obediente, aunque en alguna ocasión deslumbra a las otras chicas con un comentario juicioso o agudo que deja entrever ese afilado ingenio que ella esconde con paciencia incluso de sí misma.

Por las noches, las niñas se cuentan historias de Mamá Oca. Marie está segura de que eso está prohibido; nunca lo han dicho explícitamente, pero las historias son demasiado ordinarias y paganas y deliciosas como para ser piadosas. Ella reconoce algunos de los cuentos de Mimi, pero las niñas aplican un tempo erróneo y eliminan momentos esenciales de la trama. Aun así, Marie disfruta escuchando —disfruta del secreto y dulce convencimiento de que ella lo haría mejor— y después, en la oscuridad, los repite para sí una y otra vez, adornándolos, regodeándose en el dolor y en las joyas y en los besos, y luego se siente grotesca, empachada de cuento, y pide la absolución a ese Dios que conoce cada pequeño pensamiento que pasa por su pequeña cabeza.

Pronto —demasiado pronto— cumple trece años, aunque en el colegio no se celebran los cumpleaños. Después de las oraciones, mientras se apresura de un edificio a otro bajo la lluvia, una mano se posa en su hombro. Es su padre, tenso, nervioso, con la peluca chorreando y abombada, que le da el aspecto de un sapo. En silencio, le regala una rosa que ha cortado en los jardines del colegio, de un cálido blanco piel, un poco estropeada y marrón en los bordes, y este se convierte en uno de los momentos más surrealistas de su vida: el silbido húmedo, el olor intenso, el rostro de su padre tan fuera de contexto que tiene que agitar la cabeza para dar con su nombre. Padre. *Mon père.*

—Me he acordado —dice él—. Ha llegado el momento. Tienes que venir conmigo.

Pero ¿el momento de qué? Marie-Catherine se siente atrapada,

como arrastrada por un río, o por la historia, o por la voluntad de Dios; algo que la empuja hacia adelante. Intenta vaciar su mente mientras el cochero empieza a recoger sus cosas; parece que tienen que emprender un viaje urgente.

—¿Sabe mamá que has venido a por mí?

—Pensamos lo mismo.

—¿Y las hermanas?

—Pronto lo sabrán.

—¿Adónde me llevas?

—Pronto lo verás. Un lugar maravilloso.

—¿Por mi cumpleaños? —pregunta, ilusionada.

—Por… por más tiempo.

Ya en el carruaje, ella aún sostiene la rosa con cuidado de que no se le enganche al vestido y se la acerca a la nariz cerrando los ojos, intentando perderse en el dulce aroma, el único pequeño gesto de amabilidad de su padre. Pero la lluvia tamborilea en el techo y los caminos empapados y llenos de baches se vuelven más oscuros y accidentados; los árboles se retuercen como manos. El galope de los caballos resuena como su corazón acelerado. En su golpeteo cree distinguir las palabras *terrible, terrible, terrible.*

Cae la tarde. Su padre, que siempre ha tenido una voz débil y zalamera, apenas habla en la hora que dura el viaje, como si supiera que está a punto de romper algo entre ellos dos. Encorvado de vergüenza junto a su sombra arqueada, enseguida esconde la cara entre las manos, como un hombre que ha perdido mucho dinero en una sola apuesta.

—Es por tu bien —dice por fin, con los ojos horriblemente húmedos, cuando paran junto a un edificio reluciente—. La del convento no es la vida real, tú lo sabes. Y el dinero es el dinero. Ha sido un año duro incluso para los nobles, tu madre ha tenido que

devolver algunas de sus joyas. Debemos aprovechar nuestras oportunidades. Alegra esa cara, cielo.

—Pero ¿qué pensará la hermana Ruth cuando vea que me he ido? —pregunta ella.

La idea de decepcionarla horroriza a Marie. La idea de ser la niña mala del cuento.

—¿Qué más da?

—Pensará que he renegado de mi fe.

—No seas tonta, hija. Solo Dios puede juzgarnos.

Cuando llegan a la residencia del duque de Vendôme, le da un último beso en la cabeza y le huele el pelo, como si fuese una flor. Luego suben los escalones de mármol grueso por encima del vestíbulo dorado, atraviesan una larga estancia y llegan a un gran salón —muy concurrido, lleno de velas, música y borrachos vociferantes— donde le presenta a su futuro esposo.

El barón d'Aulnoy le ha comprado el título hace poco a su amigo el duque. Cuando este se ausenta puntualmente, interpreta encantado su papel, una especie de segundo de a bordo que se encarga de que no pare la fiesta. Lo primero que ve Marie cuando levanta la cabeza son sus dientes largos y amarillentos, cubiertos de baba, que sobresalen de su barba veteada de gris.

—Ah, así que tú vas a ser mi mujercita —dice el barón d'Aulnoy, dejando las cartas suave y voluptuosamente sobre la mesa—. ¡Bienvenida!

Abre los brazos como ofreciéndose entero, con la entrepierna en el centro de la ofrenda. Es muy alto, robusto, y gesticula mucho, como un barón de una obra de teatro. Otros elementos van cobrando nitidez: el pelo blanqueado con polvos de arroz, la nariz fina, las arrugas junto a la boca, los pequeños parches en la piel para ocultar las marcas de la sífilis.

—Querida Marie-Catherine. *Mon poussin.* Un placer conocerte, puedes llamarme François.

Toma su mano y la araña ligeramente con sus dientes húmedos, como saboreando la piel. Las risitas de los cortesanos, las llamas de cien mil velas. Los pequeños dedos de ella en la zarpa de él.

Y vivieron felices para siempre.

O eso dirían algunos, los que se benefician —política y económicamente— de casar a las jóvenes con quien ellos consideran oportuno, pero que prefieren no pensar en qué ocurre después. En realidad, incluso a Marie le cuesta recordar los siguientes años de su vida, cuyos detalles entierra tan profundamente en su interior que es como si nunca los hubiese vivido. Solo a veces, cuando ve bayas rojas en la nieve o una joven con labios rojos como la sangre y la piel blanca como una sábana, siente vértigo, como si se hubiese asomado al mismísimo fin del mundo.

Años más tarde, se niega a recordar el pene grueso y lúbrico del barón. Esa boca húmeda que jadea «Ahora eres mía» en su pelo mientras la viola. La sensación de que la están machacando por dentro; lascas de vidrios rotos restregados en sus partes más sensibles.

O su primera menstruación, esa maldición que no comprende: sentada en una bonita silla dorada y tapizada en beis, paralizada de vergüenza y horror, ve la mancha roja filtrarse por su falda. La sonrisa de comemierda del barón cuando lo ve; cómo se relame y dice «Mmmm, rico, rico» y sus primos se ríen.

Se niega a recordar la imagen de la cama roja donde implora clemencia, torturada como una traidora, hasta que por fin expulsa a su bebé, gracias a Dios, berreando y cubierto de baba y porquería. Su corderito. O la del bebé muerto en su cuna, como una muñeca para la que ella es ya demasiado mayor. Hielo al tacto; gris como

nieve antigua. Con qué fuerza aúlla y se golpea la cabeza contra la pared, como si quisiera romperla.

Rosa roja. Blanca nieve. Rosa roja. Blanca nieve.
Rosa roja,
blanca nieve,
rosa roja,
blanca nieve,
rosa roja blanca nieve rosa roja blanca nieve
rosa roja blanca nieve rosa roja blanca nieve

Pero le quedan las historias. Empieza a darse cuenta de que las historias anestesian el mundo: la gente se emborracha con historias y desprecia la verdad. Historias que cuentan que el matrimonio es un contrato con Dios, que sangrar entre las piernas te hace mujer, que un marido no puede violar a su esposa, que el matrimonio es un final feliz. La historia de que un barón es mejor que un sirviente. Que si un bebé muere es porque ha sido llamado al Cielo por el Creador. Que las niñas buenas tienen su recompensa. Historias como vidrieras, a través de las cuales la gente tan solo acierta a atisbar débilmente la verdadera forma del mundo.

Pero ella también puede contar historias. Tal vez Marie no sea muy querida, pero es lista y valiente, y se convertirá en la heroína de su propia historia, limitándose a omitir las partes que no puede soportar. En sus largos días vacíos, mientras el barón bebe con sus amigos, ella se refugia en los libros de la biblioteca del duque; lee un poco de todo, se instruye. Empieza a escribir cartas a sus padres todos los días sobre su maravillosa nueva vida como Dame d'Aulnoy —usándolos para probar una voz literaria y segura de sí misma—, pero como ellos casi nunca responden, se entretiene escribiendo sus

propios cuentos. Los cuentos de Mamá Oca. La pluma es una varita mágica: un gesto y hace aparecer una puerta a otro lugar.

Aquí —en un libro que empezó poco después de su boda— verán claramente escrito en la primera página:

> Marie-Catherine Le Jumel de Barneville-La-Bertran, Dame d'Aulnoy, escribió esto a la edad de catorce años y ocho meses. Quien encuentre este libro debe saber que es mío. *Adieu,* lector; si has abierto este libro y no te conozco, te deseo tiña, sarna, fiebres, peste, sarampión y que te rompas el cuello. Que Dios te proteja de mi maldición.

¡Dios mío, qué colmillos le salen cuando escribe! Y debajo de eso hay un cuento corto. Lo ha titulado «La Niña Buena»:

> Cuando oyó a sus padres susurrar «No podemos verla morir de hambre sin hacer nada», la niña buena se llenó los bolsillos de piedras blancas. Luego la llevaron a lo más profundo del bosque, pero ella iba dejando caer las piedras de los bolsillos. Cuando la abandonaron en la oscura maleza, la niña buena esperó un tiempo prudencial y siguió el rastro de las piedras hasta su casa. Las piedras formaban un camino brillante hasta ese hogar donde no había nada que comer y donde nadie la quería.

3. EL CUENTO DE PIEL DE ASNO, SEGUNDA PARTE

—La princesa, mientras tanto… —dice Charles Perrault, ahora más deprisa, deseando acabar, consciente de que una energía oscura sobrevuela la habitación desde que mencionó la huida de Piel de Asno e intentando valorar si madame d'Aulnoy está enojada o emocionada o enfadada sin mirarla a los ojos, lo cual es difícil, pero consciente también de que la Princesse de Conti ha levantado una ceja rubia, expectante, mientras da una profunda calada a su pipa—. La princesa viajó cuatro días y cuatro noches. Se moría de hambre y le sangraban los pies. Por fin, ya en otro reino, llegó a una granja donde necesitaban a algún infeliz que enjuagase los paños y limpiase las pocilgas.

»Los domingos, a Piel de Asno le permitían descansar una hora, así que se iba a su habitación y se daba un baño. Entonces agitaba la varita mágica, abría el baúl y se probaba uno de sus maravillosos vestidos delante del espejo. A pesar de que le recordaban a su padre, a veces sentía un destello de felicidad, o quizá la palabra sea orgullo, al verse joven de nuevo. ¿Y por qué no? Necesitaba este momento robado. Pues bien, resulta que un príncipe solía detenerse en esa granja cuando regresaba de cazar. Un día, perdido por los patios, llegó a la puerta de la pequeña habitación de Piel de Asno y,

por pura casualidad, miró por el ojo de la cerradura.

Se oye una risilla, la del joven alto, como un borboteo de agua en una fuente. Madame Angélique Tiquet, una mujer que colecciona jóvenes apuestos y quizá lo considere a él digno del apelativo, esboza una sonrisa cariñosa y apura su taza de chocolate. El salón se ha relajado de nuevo.

—Era domingo —continúa Perrault con un deje juguetón en la voz—, y Piel de Asno se estaba probando el vestido de joyas que resplandecía como el sol. El príncipe sintió un desvanecimiento al contemplar su belleza. Tres veces levantó la mano para llamar a la puerta, pero algo lo detuvo.

—Será que le dio vergüenza —susurra Henriette a la Princesse de Conti, que le sonríe con la mirada.

—Esa noche, de vuelta en el palacio de su padre, el príncipe estaba ensimismado y no quiso comer nada. Al día siguiente se sumió en una horrible melancolía. Cuando le preguntaron qué le pasaba, habló enajenado de una joven hermosa que vivía en la miseria, pero solo podía estar refiriéndose a Piel de Asno, que era la criatura más infame que cabía imaginar y que difícilmente podría ser objeto de amor cuando, como todos dijeron con una risita, más bien era un antídoto garantizado. Pese a ello, cuando su madre, la reina, le preguntó qué podía hacer para ayudarle, el príncipe balbuceó incoherentemente algo así como que Piel de Asno le preparase una tarta.

»"Dios nos libre", dijo un cortesano. "Piel de Asno es una sirvienta sucia y repulsiva."

»"No importa", contestó la reina, con una expresión dura. "Haz lo que te dice."

»De modo que Piel de Asno cogió harina (que había molido especialmente fina), azúcar, mantequilla y huevos frescos, y se

encerró sola en su habitación para hacer la tarta. Se lavó la cara y las manos y se puso su vestido de luz de luna en honor al encargo. Y cuenta la leyenda que, tal vez por la premura con la que acometió la tarea, el anillo de Piel de Asno cayó en la masa. Algunos, conocedores del final de la historia, dicen que lo dejó caer a propósito, pero ¿quién sabe?

»Fueran cuales fueran sus intenciones, al príncipe le gustó tanto la tarta y tenía tanta hambre que casi se tragó el anillo. Pero entonces vio la pieza de oro con la forma del dedo de Piel de Asno y guardó la sortija bajo su almohada. Su enfermedad se agravaba día tras día hasta que, finalmente, los médicos, incapaces de curarlo, llegaron a la sombría conclusión de que estaba enfermo de amor. Y el matrimonio, pese a todo lo que podamos decir en su contra, es un excelente remedio para el mal de amores…

Con esto Perrault consigue una sonora carcajada. Se siente aliviado: sí, definitivamente ha logrado deshacer la tensión, y sabe que en los salones gustan mucho estos chistes sarcásticos y fáciles, aunque, en realidad, no está de acuerdo con lo que ha dicho. Él amaba a su esposa profundamente. Todos los días, al despertarse y ver su cabeza junto él, en la almohada cálida y arrugada, sentía un arrebato de placer porque ella existía y porque era suya. Ahora se despierta cada día y vuelve a recordar que ella se ha ido —una pequeña punzada de oscuridad, una cucharada de amargura—, y ya solo ve su cabeza en la almohada con una mueca tensa y un brillo de miedo en la mirada, y él es Orfeo contemplando su rostro, que se aleja con un grito hacia la oscuridad infinita… No, no, no. No va a pensar en eso.

De repente le duele que este frívolo grupo de personas pueda imaginarse que él no cree en el matrimonio o que había dejado de amar a su mujer. ¿Ha vuelto a cometer una pequeña traición? Cada

día que está vivo sin ella, cada vez que saborea distraídamente un bocado de queso o tararea una canción, cada chiste que cuenta, todo lo siente como una pequeña traición. *Es* una pequeña traición. Quizá eso ha sido su perdición, esa tristeza: ha perdido el entusiasmo, el optimismo que era su gran atractivo en Versalles, donde todos deben creer que les rodea lo mejor de lo mejor, que todo está bien y es para bien de todos.

¿Por dónde iba?

—Así que se decidió que el príncipe había de casarse —continúa Perrault, advirtiendo que ha perdido el ritmo, que ha perdido el vigor en su acceso de melancolía. Pero continúa, eso es lo hermoso de los cuentos aprendidos de memoria, la forma en que la historia sale de su boca casi sin pensar—: «Pero insisto», dijo el príncipe: «Solo me casaré con la persona a la que le encaje este anillo». Esta extraña condición sorprendió al rey y a la reina, pero ¿quién se opone cuando un ser querido se está consumiendo?

»Comenzó la búsqueda de la mujer a la que le quedara bien el anillo. Se corrió la voz de que para conseguir al príncipe había que tener un dedo muy fino. Enseguida, los charlatanes desarrollaron métodos secretos y patentados para adelgazar los dedos: amputando un trocito, pelándolo como un nabo, quemando la piel con ciertos líquidos.

»Por fin, las pruebas empezaron por las princesas, marquesas y duquesas, pero sus dedos (aunque delicados por naturaleza) eran demasiado gordos. Luego vinieron las condesas, las baronesas y el resto de la nobleza. Forzados por la sombría necesidad, recurrieron después a las sirvientas, las ayudantes de cocina, las esclavas y, finalmente, a las mozas de los corrales, de manos sucias y enrojecidas. Poner el pequeño anillo en sus dedos gruesos era como tratar de enhebrar una aguja con una soga. No había manera.

Probaron con todo el mundo salvo con Piel de Asno, acurrucada en el último rincón de la cocina de la granja. Pero ¿quién se iba a imaginar que ella había de ser reina?

»"¿Por qué no?", clamó el príncipe con las fuerzas que le quedaban. "Por favor, traed a Piel de Asno." Algunos rieron; otros se oponían a llevar a aquella criatura horrible y maloliente a un salón tan espléndido. Pero cuando sacó de debajo de la piel de asno una mano pálida como de porcelana y el anillo se deslizó perfectamente en el dedo, todos se quedaron atónitos. El príncipe y la princesa se dieron un beso de amor verdadero.

»Se dispusieron a llevarla ante el rey inmediatamente, y ella pidió que la dejaran cambiarse de ropa. A decir verdad, su petición les hizo reír, pero cuando llegó a palacio con su hermoso vestido del color del cielo en verano, el mismo azul de sus ojos, y una cintura tan delgada que se podría abarcar con las dos manos, incluso las damas de la corte perdían su encanto por comparación. El rey no apartaba la mirada de su futura nuera, y la reina estaba exultante. El propio príncipe apenas podía soportar tanta felicidad.

»Los preparativos de la boda comenzaron enseguida e invitaron a los reyes de todos los países vecinos, incluso a los del Este, que tenían un aspecto temible sobre sus pesados elefantes. Y entonces llegó él: el padre de la novia. "Alabado sea Dios misericordioso, que me permite verte otra vez", dijo. Llorando de alegría, la abrazó con ternura. Todos compartían su felicidad, y el futuro marido quedó encantado al ver que su suegro era un poderoso rey.

Al oír esto, Henriette de Murat soltó una carcajada despectiva, rompiendo el hechizo de la historia.

—¡Encantado! ¡Cómo no! Monsieur, su príncipe es un auténtico canalla. Un cobarde asqueroso. Todo el lío de la tarta y el anillo era completamente innecesario, ¡le habría bastado con llamar a la

puerta! ¿Qué necesidad tenía de complicarlo todo de esa manera? ¿Y ahora está entusiasmado porque el cochino de su suegro es de buena familia? ¿No será la moraleja de su cuento que los hombres son todos unos hijos de puta?

Siempre habla peligrosamente rápido, como llevada por la fuerza de su pensamiento, sin saber a qué orilla la llevará.

—No exactamente —ríe Perrault con amabilidad.

—¡Haga el favor de dominar su lengua, madame de Murat! —la reprende el abate.

Es un estudioso de las lenguas muertas —latín, griego, hebreo y siríaco— y parece como si cualquier frase pronunciada por la boca cálida y viva de una dama ofendiera su delicada sensibilidad. También es muy aficionado al eufemismo —se refiere al acto sexual, con una sonrisilla tensa y lejana, como «morder una manzana», y a las prostitutas como «ninfas de la calle»—, y la franqueza de Henriette le resulta de mal gusto. Incapaz de sostener la fría mirada de la dama, baja los ojos, pasando fugazmente por su escote.

—¿Y el rey la abrazó «con ternura»? Vaya expresión —continúa Henriette, y el asco se filtra en su voz mientras el hipócrita del abate le mira las tetas—. No menciona cómo se sintió ella. ¿Estaba atenazada por el miedo tal vez, tenía ganas de vomitar? ¿Dónde están los cuentos en los que se castiga a los reyes por sus fechorías?

—Al menos, todo acaba bien. —Perrault intenta sonreír, aparentar despreocupación mientras trata de reafirmar su autoridad sobre el relato; se dirige a ella como a una hija—. Su padre violó el orden natural, pero ahora todo ha vuelto al lugar que le corresponde, como Dios manda —dice esto mirando de soslayo al abate, porque tiene la sensación de que hay que tranquilizarlo continuamente, pero él sigue distraído con otras cosas—. Me gusta pensar que la moraleja de este cuento es que es mejor sufrir las

mayores desgracias antes que faltar a nuestro deber.

—¿Nuestro deber para con quién —pregunta la voz clara de madame d'Aulnoy desde la chimenea— si no el rey?

Charles Perrault se vuelve hacia su anfitriona. Tiene la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás y él detecta el tremor de la adrenalina en su espalda recta. Charles está acostumbrado al paranoico ambiente de Versalles, pero, incluso aquí, hablar tan abiertamente de la corona es, sin duda, arriesgado.

—Para con la bondad —contesta Perrault con cautela—. De la cual nuestro rey, Dios le dé larga vida, es la personificación, aunque no sea el caso de otros. Aun así, debemos respetar que Dios los ha puesto ahí por algún motivo. Esa es, como estoy seguro de que usted ha escuchado en los sermones del abate, la doctrina del derecho divino.

—Pero ¿quién decide lo que es bueno? ¿Qué hombre decide eso?

—Tiene razón. Digamos entonces que la moraleja es que no hay que dejarse llevar por las apariencias, ¿le parece? Estará de acuerdo conmigo en esto al menos.

—Pero son sus dedos delgados los que revelan la nobleza de su carácter, ¿no es así, monsieur Perrault? Los sirvientes de la historia tienen los dedos gruesos. Su moraleja no está muy bien definida.

—Debo admitir que no había imaginado que este salón de cuentos también fuera un foro para la crítica, madame. Quizá me he confundido de camino y le he contado por error el cuento de Piel de Asno a la Academia Francesa.

Algunos ríen. Madame d'Aulnoy no.

—Pero tiene usted razón —admite, inclinándose con elegancia ante la mirada de ella—. Quizá debería darle una vuelta a mi moraleja. En cualquier caso, me gusta acabarlo así: «Puede que el cuento de Piel de Asno sea difícil de creer, pero mientras haya niñas,

madres y abuelas en el mundo, será recordado».

—Ah, no es tan difícil de creer para una mujer —señala Henriette con gesto sombrío—. Verá Pieles de Asno en todas las calles de París si se fija un poco, señor.

—Pero no es la realidad lo que nos ocupa —afirma Perrault, armándose de autoridad—. ¿No es cierto? ¡No es ese el motivo por el que venimos aquí —hace un gesto señalando toda la habitación—, a este faro de civilización, a este Parnaso! ¡Venimos para escapar y adentrarnos en la imaginación humana, que convierte en oro la paja de la vil realidad! Este es el gran placer del arte. Madame d'Aulnoy, si me lo permite, la historia que contó antes, ¡ese pájaro azul que visita cada noche a su amada cautiva con joyas en el pico, el espejo maravilloso donde cada cual se ve como desearía ser, el huevo que contiene un carruaje de oro, la tarta parlante! Me dejó fascinado y me llenó de nostalgia, una palabra griega que significa, como estoy seguro de que usted sabe, «el dolor de una antigua herida». ¡Un anhelo! Un verdadero *conte de fées* (para usar su propio término, madame) nos transporta a ese vívido esplendor de la niñez. Nos devuelve a un yo que creíamos perdido.

Puede que Charles esté exagerando un poco, pues sabe que su historia trata de cosas reales: nobles poderosos, las brutales desigualdades de este mundo, los deseos despreciables de los hombres. Pero sabe también que estos salones se libran de los censores literarios porque se dice que solo hablan de tonterías. ¿Qué dijo aquel crítico, De Villiers? Que estas mujeres «ociosas y banales» se divierten con historias frívolas «igual que podrían entretenerse con una mosca o con un lazo». Perrault había decidido venir aquí para divertirse, para distraerse de las dolorosas ausencias que lo acechan en casa. Había venido para huir de la política.

—Quizá hayamos sido demasiado duras —dice madame d'Aulnoy

por fin; ha decidido zanjar el asunto. No se siente capaz de desairar a Perrault después de tan elocuente alabanza de su salón. Además, se da cuenta de su necesidad de gustar, y eso la ablanda un poco—. Lo que pasa es que su reputación le precede, monsieur Perrault. Ha sido un cuento muy hermoso para ser su primera vez aquí: ingenioso, bello, sin una palabra de más. Bravo.

Los presentes responden a esto último con un aplauso cortés y disperso; su prima Telesila es la que aplaude con más fuerza. La música empieza a sonar. Para facilitar el esparcimiento, hay pequeñas mesas de haya y de ébano, talladas y doradas en parte, en las que se disponen macarrones en pilas de color pastel, o bandejas de licores de frambuesa y de grosella.

—¡Hombre, Charles Perrault! —exclama el abate.

Se acerca a él inevitablemente —de hombre a hombre—, tambaleándose con sus zapatos de tacón. Lleva una peluca del color de las velas de las iglesias y sus ojos asoman por encima de las enormes bolsas de sus ojeras, como si su cara quisiera dejar claro que se pasa la noche componiendo versos—. No lo he visto en mis sermones en la corte desde que su esposa fue a reunirse con nuestro Señor en el Cielo, alabado sea. Pero estaba deseando hablar con usted. Verá, me interesaría mucho que me acogieran, por así decirlo, en la Academia Francesa, cuyos venerados salones usted mencionó hace un momento. Parece el destino natural para un hombre de letras como yo, que he dedicado mi vida al servicio del mundo literario… Y pensaba que usted podría darme algún consejo sobre cómo asegurarme la elección cuando quede un asiento vacante.

El abate considera los salones principalmente como oportunidades de establecer contactos y nunca pierde ocasión de promocionar su propio talento: en su último libro, *Oeuvres galantes,*

intercalaba sus poemas con cartas aduladoras de sus admiradores.

—Bueno, es un puesto vitalicio, y espero que ninguno de nosotros sea llamado ante el Creador hasta dentro de mucho tiempo —dice Perrault con firmeza.

—Naturalmente, pero los caminos del Señor son inescrutables, ¿no es cierto? Se puede tener una humilde esperanza. Bueno, también estoy buscando un editor para mi nuevo poema, *La pastorale sacrée,* y creo que usted conoce a Barbin, que tiene un local cerca de Sainte-Chapelle…

Cómo no, piensa Charles. Los pareados fluyen del abate sin misericordia, como la mierda por las nuevas cloacas de París, siempre buscando una salida.

Tras unos minutos hablando de política por educación, sin perder de vista la posición de madame d'Aulnoy en la sala, Charles consigue deshacerse del abate. Se dirige hacia donde están las bebidas y por fin logra atraer la atención de su anfitriona, atención que solo es vagamente consciente de anhelar.

—Madame d'Aulnoy, no me he presentado como es debido.

—Oh, usted no necesita presentación, toda Francia conoce a Charles Perrault.

—Por favor, llámeme Charles.

—Y usted puede llamarme Marie si lo desea, aunque a veces sospecho que todas las personas en París se llaman Charles o Marie. No sirve más que para distinguir el sexo.

—Es cierto, debo confesar que mi esposa también se llamaba Marie —responde él con una sonrisa.

Esta Marie no es fría exactamente; la impresión que le había dado antes no era correcta: tiene una mirada dulce, una cara tierna enmarcada por la curva perfecta de sus cejas —labios carnosos, barbilla pequeña—, y se aprecia una bondad divertida en sus

amables ojos marrones. Lleva un vestido de mantua azul claro y unas perlas relucientes enmarcan el hueco de la clavícula, que apenas se mueve al tragar. Él calcula que debe de estar al final de la treintena, pero aún parece joven: solo se aprecian un par de arrugas en el entrecejo debajo de los polvos. Al mismo tiempo, Charles percibe de inmediato que su vida ha sido un gran teatro en el que nunca debe mostrar —ni por un momento— un resquicio del yo lacrimoso y desvalido que se aloja en todos nosotros. Se pregunta si su actuación es tan impecable que se ha engañado a sí misma y se cree invulnerable.

—Felicitaciones por su cuento, monsieur —añade ella, con una ambigüedad en su tono que indica que aún está decidiendo qué opina de Perrault.

—No las merece. Es solo un cuento de mi infancia que recuerdo con cariño. El mérito es de mi niñera. Era una excelente narradora. —Perrault espera que su modestia juegue a su favor. A muchas mujeres las desarma.

—¡Qué extraño oír a un hombre dar el mérito a alguien que no sea él mismo! ¡Y una mujer, para colmo! —responde Marie. Pero ¿hay sarcasmo en sus palabras? No está seguro—. De todas formas, usted ha hecho que suene deslumbrante y moderno.

—El incesto nunca pasa de moda, por desgracia —dice él. Pensaba que sonaría chistoso, pero de pronto no se lo parece. Tiene la incómoda sensación de que la conversación se está agriando.

—Nos viene bien escuchar la perspectiva de un hombre, sabemos que está en minoría aquí.

—A mí también me viene bien escuchar la perspectiva de una mujer: en mi casa, la minoría son ellas.

—¿Tiene usted hijos?

—Dos. Desde que mi esposa falleció, yo mismo me he encargado

de supervisar su educación.

—Tienen suerte de contar con un padre entregado. ¿No se ha vuelto a casar?

—No me faltan herederos. Y aún no he encontrado una mujer tan inteligente y hermosa como mi esposa. —Su rápido ingenio no puede resistirse a hacer esta referencia, aunque le suena hueca de inmediato. A quién se le ocurre compararse con aquel rey monstruoso, y a su esposa con aquella reina narcisista—. No es que me hiciera prometerle nada —añade, en una mezcla de risa y susurro.

Los dos se dan cuenta entonces de que esto podría entenderse como una declaración de disponibilidad, y se produce un momento insoportablemente embarazoso. Perrault necesita una copa de vino, no de esos jarabes empalagosos y de colores estridentes que están ofreciendo allí. Es consciente de que gana mucho encanto después de una copa de vino. Querría preguntar: «¿Y usted sigue casada con el barón, madame d'Aulnoy? ¿Ese al que intentó meter en la cárcel?». Pero eso no tendría nada de encantador, así que no pregunta.

4. EL CUENTO DE LOS VENENOS

Para comprender mejor a Charles Perrault quizá deberíamos dar unas pinceladas del camino laberíntico que lo ha llevado a este salón.

Por ejemplo: nace en el seno de una familia burguesa y deja el colegio a los quince años; se considera, por lo tanto, un hombre hecho a sí mismo, aunque, como todos los hombres hechos a sí mismos, si lo pones bocabajo y lo zarandeas un poco, las monedas del privilegio no tardan en caer de sus bolsillos. En su caso, un costoso diploma en Derecho y un trabajo como secretario de su hermano, el recaudador de impuestos de París.

En su juventud, su gusto por la moraleja se manifiesta a través de la rebelión, y se entrega apasionadamente al jansenismo y a la oposición a la monarquía, pero la edad y el miedo lo convierten al pragmatismo: se da cuenta de que su carrera literaria no termina de despegar hasta que escribe unos poemas bastante banales y sensibleros con ocasión del matrimonio de Luis XIV y el nacimiento del Delfín, y aprende la lección. Luego, el destino quiere que su querido amigo Jean-Baptiste Colbert vea algo especial en él y decida convertirlo en su *protégé.* Gracias a su benevolencia, en 1671 —¡él, Charles Perrault!— ingresa en la Academia Francesa y es nombrado

supervisor de los edificios reales en Versalles.

¡Versalles! Es difícil explicar cuánto poder alberga esa palabra. En otro tiempo fue un humilde pabellón de caza, pero Luis lo ha transformado en una residencia real enorme y bulliciosa, como ninguna otra en el mundo entero. En 1682, el rey ya la ha convertido incluso en la sede del Gobierno, la capital *de facto* de Francia. Es una ciudad de ricos, un cuento de hadas hecho realidad, el sueño febril de Luis XIV. ¡Y todo ello abierto al público, para que cualquier turista pueda recorrerla boquiabierto! Pues bien, unámonos a los turistas en su deambular.

Todo gira en torno a Luis XIV, por supuesto, el Rey Sol con sus ropajes espléndidos como las estrellas, cuyas ceremonias de despertarse y acostarse marcan el principio y el fin de cada día, y cuya predilección por los naranjos significa que están por todas partes, en macetas de plata; su aroma de azahar se mezcla con el hedor de la orina (no hay retretes, solo orinales y rincones) y el de los nobles que solo se bañan una vez al año. También hay por doquier fuentes llenas de pétalos para endulzar el aire, y se rocía con perfume tanto el mobiliario como a los visitantes; se la suele llamar la «corte perfumada», aunque nada termina de camuflar el tufo úrico de los concurridos pasillos.

Aventurémonos a cruzar el intenso tráfico de sillas de mano, bajo ménsulas doradas y estucadas. El rey se siente más seguro con todo su séquito aquí, bajo su constante vigilancia, como si Versalles fuera un primer prototipo del panóptico. No pueden escapar a su mirada, si no literalmente, al menos sí en sentido figurado, pues Luis pasa gran parte de su tiempo posando para artistas, y su retrato adorna cada muro; su rostro, rodeado de rayos de sol, está tallado en oro sobre cada puerta que cierras en busca de intimidad; su cabeza asoma por cada plinto. Se pasea y galopa por los techos. (Ya se han

hecho grabados de estas imágenes y se han distribuido a lo largo y ancho del reino junto con moldes de estatuas, para complacer el deseo del rey de estar «en todas partes».)

Esas mujeres tan altas que ven ustedes caminan sobre zancos llamados «chapines» para que sus zapatos de seda no se hundan en el barro. A esa altura se sienten a veces como diosas que contemplan las nubes desde el Olimpo, tal es la abundancia de atusadas madejas de cabellos canosos. Las vacas y los asnos campan a sus anchas, proveedores de leche fresca para los muchos hijos del rey; hunden sus húmedos hocicos en las cortinas de terciopelo bordadas y frotan las ancas bajo Tizianos y Rafaeles.

Ahí está el cuentacuentos sirio Hanna Diyab, que presenta a la corte la maravillosa historia de Alí Babá, con sus pantalones bombachos, una daga prendida del cinturón y un jerbo bajo el brazo. La mismísima reina lo escucha a medias, sus dientes grises por abusar del ajo y del chocolate, rodeada de sus amigas y sus perros chillones. Se rumorea que una de sus hijas con el rey nació negra como el tizón, así que la metieron en un convento cerca de Melun.

Por supuesto, hay que acostumbrarse al constante martilleo de las obras, al polvo, a los andamios. Eso es cosa de Charles. Versalles crece cada día, como si un mago hubiese hechizado las herramientas y nadie las pudiera parar. El ala sur es para los príncipes de sangre (la familia legítima del rey); el ala norte, para los cientos de nobles. Aquí se alojan también más de mil quinientos sirvientes, cuyos cargos suelen ser hereditarios y defendidos con celo: los Liard son cazadores de topos, por ejemplo; los Francine se ocupan de las fuentes; varias generaciones de Bontemps han sido criados de cámara, y los Mouthier son cocineros.

Después de ser vestido y peinado en presencia de cien hombres,

la procesión del rey se abre camino ahora, bajo lámparas de araña, a través de la Galería de los Espejos, un prodigio para cuya construcción la Corona tuvo que fundar su propia fábrica de vidrio y robarle a los venecianos a sus mejores artesanos y sus secretos profesionales. Está inundada de la luz que entra por las enormes ventanas y se refleja en las otras, los espejos, con sus marcos dorados. ¿Lográis ver al monarca a través de la bobalicona muchedumbre que lo atruena con sus peticiones, que le desliza notas entre las manos? Le encantan los zapatos y lleva un par que añade diez centímetros a su modesta estatura, con hebillas de diamantes, cuero del tono crema de la vieira, cintas color corzo y tacones. Medias de un blanco marfil que exhiben sus musculosos muslos de bailarín. Una leve barriga asoma por encima, señal de fortuna y estilo (algunos hombres de la corte usan relleno en el vientre para parecerse a él). La túnica del rey está adornada con lirios dorados y ribetes de armiño, y cubre su cabeza una peluca de su vasta colección, una auténtica colmena de rizos negros, diseñada para hacerlo parecer más alto y varonil. Perdida en esta inmensidad, una cara pequeña de rasgos delicados: labios como capullos de rosa, discretas marcas de viruela. Un rostro que se podría confundir con el de una adorable institutriz si no viniera enmarcada por tanta pompa viril.

Y detrás de él, entre los cortesanos, vemos al hermano del rey —Monsieur, lo llaman—, maquillado y empolvado, con las pestañas emplastadas; una visión deslumbrante. A su primera mujer la envenenaron dos de sus amiguitos. El hijo del rey, el Gran Delfín, también está presente: alto, ancho y apuesto, obsesionado con la caza. En general, el Delfín es considerado un zoquete inofensivo, aunque ha matado a todos los lobos de Île-de-France —una vez, a seis en un día— y, sin duda, antes de morir habrá garantizado su

extinción. El duque de Saint-Simon, famoso por sus *Memorias,* lo describió como alguien «completamente exento de vicio, virtud, conocimiento o raciocinio».

Tras su visita a la capilla real, el rey pasa la tarde cazando por el bosque o paseando por los jardines. ¡Vamos, salgamos nosotros también a visitarlos! Al rey le gustan tanto los tulipanes que manda traer de Holanda cuatro millones de bulbos al año, y abundan también los nardos, los alhelíes, los narcisos y los jazmines. Hay cientos de árboles frutales y miles de fuentes que eyaculan su agua espumosa en miles de coreografiados chorritos. Y la Orangerie, con sus infinitos universos de soles maduros.

¡Qué vistas al salir! La Grande Perspective. Creación del jardinero Le Nôtre, revisada hasta el último detalle por el mismísimo rey. Es una perspectiva divina: se abre ante ti un vasto y complejo diseño, invisible para todos esos mortales que, allá abajo, forman parte de él. Los estanques simétricos rectangulares orientados para reflejar los rayos del sol en el palacio. La fuente de Latona, con sus ranas doradas que escupen agua. Los caminos y jardines que se entrelazan, los setos de boj, las filas paralelas de estatuas a ambos lados de la pradera central, que se despliega como una alfombra verde rodeada de tupidas arboledas, y mucho más allá, al final del todo, la fuente de Apolo, en la que el dios del sol conduce su carruaje para alumbrar el cielo. A lo lejos se atisba el Gran Canal, donde se dice que representan batallas navales y donde el rey y sus amigos navegan en góndolas que, junto con sus cantarines gondoleros uniformados, fueron un regalo de Venecia.

Acompáñenme al laberinto con sus setos de cinco metros de alto, diseñado por el propio Perrault, que le sugirió a Luis XIV construir treinta y nueve fuentes, cada una de las cuales representa una fábula de Esopo. Los chorros de agua que salen de las bocas de

los animales, gracias a ruedas hidráulicas instaladas en el Sena, dan la deliciosa impresión de que conversan entre ellos. Aquí se encuentran la Lechuza y las Palomas, el Águila y la Zorra, el Grajo y el Pavo Real, el Lobo y la Garza, la Liebre y la Tortuga, la Asamblea de Ratones. Al joven Delfín le entusiasmaban las fábulas, y este lugar fue diseñado para su instrucción y deleite. De hecho, junto a cada fuente hay una placa de bronce con una leyenda y cuatro versos, con los que aprendió a leer el hijo del rey. Ahora es un lugar de moda para encuentros románticos, y los jóvenes se adentran en él con sus pequeñas guías encuadernadas en cuero rojo de Marruecos, lo cual llena a Charles de un cálido orgullo.

Ya que hemos salido, a veinte minutos andando del palacio está la Real Casa de las Fieras, con su mirador de hierro en el centro, del que irradian los distintos jardines como rayos de sol. La armadura del rinoceronte cobra vida; los puercoespines son ruecas erizadas. El león, ese príncipe maldito, se lame las zarpas. Al rey le gustan los animales porque no tienen intereses políticos, y siempre se asegura de llevar los bolsillos llenos de galletas para perros horneadas por el pastelero real. Sus perros tienen su propio *cabinet des chiens,* con camas chapadas en nogal y tapizadas de terciopelo carmesí.

Todas las noches, después de cenar, ¡más placeres, más prodigios! Las lámparas de araña parpadean con cien mil velas medio consumidas en los Grandes Aposentos, donde se juega y se apuesta. Partidas de cartas como el reversis o el hoca (una versión endiablada de la ruleta, prohibida por el Papa), aristócratas sollozando acurrucados en los rincones, despojados de sus joyas como si los hubieran atracado unos salteadores de caminos. Hay un teatro lleno de lámparas de cristal y tapices donde se representan funciones fabulosas: obras con actores franceses e italianos, operas y *ballet,* el favorito del rey. En uno de los espectáculos, *Las cuatro*

estaciones, participan algunas de sus bestias salvajes: el Verano entra subido a un elefante; el Otoño, a lomos de un camello; el Invierno, precariamente sujeto a hombros del oso. Si al rey no le ha dejado su secretario demasiadas cartas para firmar, a veces se une al público o incluso participa en la obra: hace poco ha representado al dios Neptuno en un *ballet* cómico. Otras noches se organizan bailes de disfraces o de máscaras.

De vez en cuando, un puñado de fuegos artificiales se zambullen en el cielo: un ramo de rosas blancas en manos de un gigante. Huevos dorados arrojados contra una pared negra.

Por último, la corte se reúne cada noche en la antecámara del rey para cenar en la mesa real. Otro ritual grandioso: cuatro sopas —su favorita es la de cangrejo en vajilla de plata—, lenguado en un plato pequeño, huevos fritos, un faisán entero con confitura de grosellas, una perdiz o un pato trufado (según la temporada), ensalada, cordero, jamón, hojaldres, fruta, compota, mermeladas, pasteles. Todo lo cual ha de comerse frío —la cocina está tan lejos que el rey no ha probado un plato caliente en su vida— y casi siempre con las manos, pues tampoco han tocado sus dedos ese moderno artilugio que llaman tenedor. En ocasiones especiales se disponen auténticas pirámides de postres escalonados en la mesa: frutas exóticas en precario equilibrio, gelatinas y pastas; sorbetes perfumados con ámbar y almizcle; las maravillas del mundo antiguo reconstruidas con azúcar hilado y *pâte morte;* palacios de jengibre.

El rey goza de un apetito legendario. En su autopsia, años después, verán que sus intestinos son dos veces más largos de lo normal. Esto es especialmente llamativo porque, hace años, cuando le sacaron los dientes, extrajeron sin querer parte de su maxilar superior, de modo que ahora tarda más en masticar y se le escapan trocitos de comida por la nariz mientras come, ante lo cual ha

decidido mantener una actitud de estricta indiferencia. Estos banquetes han adquirido tal importancia en la corte que cuando un chef, Vatel, mandó tarde el pescado, a nadie le pareció una reacción desproporcionada que se clavara un cuchillo en el corazón de pura vergüenza.

Pobre Vatel, a Perrault le caía bien. Siempre inclinado sobre una manga pastelera o probando, removiendo, correteando de un lado a otro de la cocina con la energía de un saltamontes. ¡Y qué perfeccionismo con las masas! Ojalá le hubiera dicho: Vatel, no tiene importancia. Al fin y al cabo, todo acaba machacado por dientes y tripas, cagado en orinales. Combustible para el buche real. Incluso después de semejantes festines, al rey le gusta llevarse un puñado de fruta escarchada para la ceremonia de acostarse, *le coucher du roi.* Es su talento, su defecto trágico y su razón de ser: siempre quiere más.

Y hablando de camas y de querer más, es preciso mencionar cuánto se folla aquí. ¿Han visto a esa doncella ponerles ojitos a través de su máscara mientras se recoloca los pechos? ¿Aquel otro le ha restregado la entrepierna por el pasillo? Follan como conejos, no dan tregua; cuerpos pegajosos, cuerpos chorreantes de tanto follar. El matrimonio es una cuestión política, del todo independiente del amor, y está mal visto no permitirse aventuras extramatrimoniales. Este es un Paraíso de los Penes, un Cónclave de Coños. No hay rameras vulgares, por supuesto —se ha dado la orden de que, si se encuentra alguna a menos de dos leguas de Versalles, se le corten la nariz y las orejas—, pero las cortesanas son un tema muy distinto. Después de todo, el rey tiene muchas amantes. Desde que perdió la virginidad a los quince años a manos de la cuarentona «Catherine la Tuerta», ninguna doncella está a salvo, ya sea noble o humilde. Sacia su apetito por todo Versalles: en camas y divanes, contra los

marcos de las puertas… Uno de sus sitios favoritos es la Galería de los Espejos, claro. ¡Hasta tiene amantes oficiales y extraoficiales! La amante oficial del rey ahora mismo es madame de Montespan —o Athénaïs, como prefiere que la llamen, deseo que acataremos debido a la abundancia de madames—, una mujer increíblemente poderosa, una diva a la vez fabulosa y aterradora, según a quién le preguntes.

Pero hoy no veremos a Athénaïs: ha invitado a sus amigas íntimas a los baños de mármol. Mientras que el rey solo se ha bañado tres veces en su vida, y por motivos de salud, a Athénaïs le encanta chapotear en aguas perfumadas con vainilla, de modo que siempre anuncia su llegada una temible oleada de aroma dulzón y asfixiante, como si meara glaseado y cagara natillas.

¿Ha existido jamás un lugar semejante en la faz de la Tierra? ¿No es acaso el apogeo de la civilización, tan rebuscadamente antinatural, puro artificio, el mismísimo castillo en las nubes con el que la humanidad siempre ha soñado? ¿El final perfecto para cualquier cuento de hadas?

Y aquí está Charles Perrault —lo hemos encontrado—, en el Gabinete del Consejo, debatiendo detalles arquitectónicos, en el meollo de todo: adulando a ciertos hombres, comprando favores, estrechando manos, haciendo comentarios ingeniosos, granjeándose la simpatía de los jardineros, trabando alianzas, siempre buscando fortalecer su posición, aprovechar el que sabe que es su momento, su hora, su fortuna.

Pero la rueda de la Fortuna está girando.

Charles empieza a notar que ha llegado a la cumbre y está iniciando el descenso cuando su mujer muere dando a luz, pero ese hundimiento es privado y pasa desapercibido en la corte, donde quizá ni siquiera se percatan de que sus ojos ya no brillan con la misma alegría, sus chistes no fluyen con igual rapidez. Pero ahora la

caída se precipita, se hace visible. Y es que se oyen rumores sobre Athénaïs, íntima amiga del protector de Charles, Colbert.

A Charles no le resulta fácil cuestionar a su amigo, Jean-Baptiste Colbert, Controlador General de las Finanzas, ministro principal de Francia, fundador de la marina mercante, la mente que alumbró la Compañía Francesa de las Indias Orientales, que importa café, pieles y azúcar. Colbert, que prohibió el vidrio veneciano y los tapices flamencos en Versalles, donde ahora se ven obligados a comprar productos franceses; que se trajo a Bernini; que concedió pensiones a Molière, Racine y Corneille. Le Grand Colbert. El que alza las cejas ante un nuevo y carísimo plan y luego lo hace realidad de todas formas, e incluso lo lleva más allá de lo que el rey había soñado, con la mayor gracia y eficiencia posible y siempre con un ojo en el mercado. «Si este castillo ha de ser el más espléndido del mundo —le dice siempre a Charles—, debe servir de escaparate.»

Dado que es hijo de un comerciante de lana y no duda en castigar a los privilegiados que pagan menos de lo que les corresponde con impuestos indirectos, algunos ven en su destreza financiera la marca del plebeyo. Otros se burlan de su ademán adusto, sobre todo debido a los rumores sobre su ascendencia escocesa. Pero, aunque su humor es mordaz y rara vez sale a la luz, está ahí. Colbert suele llevar consigo un trozo de pan para tirarlo a la otra orilla del canal; si la alcanza, Luis XIV estará de buen humor, pero si cae al agua, se avecina un día tormentoso. «Otra vez no», suspira con una sonrisa irónica.

Cuando Charles le pregunta, como de costumbre, «¿Qué tal está hoy, señor?», Colbert responde con su voz monocorde y un brillo en los ojos:

—No me quejo.

—¿Y la gallina de los huevos de oro?

—Ahí sigue, atareada.

Él y Colbert bromean mucho con lo de la gallina. «El arte de los impuestos, querido Charles, consiste en conseguir todos los huevos que puedas sin llevarte demasiados picotazos.»

¿Pero cómo se ha enredado su inexpresivo amigo con Athénaïs? ¿Por dónde empezar? Su belleza se considera una de las glorias de Francia: ojos grandes y fríos; cabellos rubios como la escarcha que le caen en bucles sobre los hombros; un cuerpo con curvas de porcelana; venas que brillan azules como témpanos en sus muñecas. Para algunos es la auténtica reina de Francia, pero otros, entre quienes Charles se cuenta discretamente, la consideran algo mucho menos benigno: una reina diabólica. Una reina malvada.

Colbert admira su ingenio y su elocuencia, por no mencionar que es una gran imitadora: sus parodias exactas de todos los nobles irritantes con los que Colbert se ve obligado a lidiar lo hacen reír a carcajadas y con cierto alivio. También admira su arrojo: se rumorea que sedujo a Luis dejando caer la toalla cuando se dio cuenta de que la estaba espiando mientras se bañaba, como si ella fuera Betsabé y él, el rey David. Al principio, Luis la tenía en una habitación conectada con la de su otra amante, Louise de La Vallière, de modo que podía acceder a cualquiera de ellas o a ambas en la misma noche. Pero Athénaïs le ganó la partida a su contrincante hasta tal punto que esta pronto fue enviada a un convento. Tanto éxito han tenido las maquinaciones de Athénaïs desde entonces que sus hijos ilegítimos con Luis han sido legitimados y se les ha dado el apellido de Borbón, cosa que a Colbert le resulta digna del más ojiplático respeto.

Pero un adulterio tan descarado pasa factura, algunos dirían que al alma: los curas se niegan a darle la absolución y no le permiten tomar la comunión. Se dice que el padre Lécuyer exclamó un día,

indignado: «¿Es esta la madame que escandaliza a toda Francia? Abandona tus deplorables costumbres y ven luego a lanzarte a los pies de los ministros de Nuestro Señor». Y es peligroso dejar que una criatura como ella se sienta imperdonable.

Las sospechas en torno a su persona empezaron cuando el rey tomó como amante a la duquesa de Fontanges, una pobre inocente que se recogía el pelo con un lacito y de la que se decía que era más simple que el asa de un cubo. La muchacha hacía que el rey se sintiera joven de nuevo, y él le regaló una carroza de color perla tirada por ocho ponis, como un padre entregado.

Ese mismo mes, dos osos que Athénaïs tenía por mascotas «se escaparon» y se las apañaron para destruir los aposentos de la duquesa de Fontanges. Una lástima. Imaginen el panorama: ¡aquellos osos desgarrando el damasco verde manzana con sus torpes zarpas, mordisqueando los tapices, peleándose en la cama de dosel dorado, alzándose sobre sus patas traseras para levantar y arrojar contra el suelo las mesas de mármol con floreros y todo, enganchándose con las lágrimas de cristal de las lámparas! Este incidente convirtió a ambas mujeres en el hazmerreír de la corte, y la furia de Athénaïs no hizo más que crecer.

Entonces empezaron a oírse historias más oscuras. Los rumores de envenenamiento comenzaron con el infame caso de madame de Brinvilliers, que fue castigada con la tortura conocida como la «cura de agua» —la obligaron a beber ocho litros de agua— y posteriormente fue decapitada y quemada en la hoguera por el presunto asesinato de su padre y hermanos con lo que se conocía eufemísticamente como «polvos de herencia». Después de este episodio se puso de moda llevar cachorros pequeños bajo el brazo a las cenas en Versalles, para darles a probar bocaditos de la comida y así cerciorarse de que no había peligro. Reynie, el jefe de policía de

París, recibió órdenes de detener a las pitonisas que vendían este tipo de venenos. ¿Pero no es cierto que la mismísima Athénaïs a menudo visita a una de estas brujas, conocida como La Voisin, una borracha empedernida que viste una túnica de terciopelo con águilas bordadas, proveedora de afrodisíacos y abortivos?

Sea como fuere, la duquesa de Fontanges murió poco después. Algunos dicen que Athénaïs le envenenó la comida. Le envenenó los guantes. Le envenenó la leche. Athénaïs también ha sido acusada de intentar asesinar al rey con una carta envenenada, aunque eso ya es pasarse; su devoción es sin duda más valiosa para ella que su muerte.

Todos los días nuevos rumores cubren el castillo como puntos negros. La gente lo llama el Caso de los Venenos. Dicen las malas lenguas que la semana pasada Athénaïs se cruzó con la otra amante del rey, madame de Maintenon, por las escaleras, y Maintenon le dijo: «¿Baja usted, madame? Yo subo».

Athénaïs sabe que cuenta con el apoyo de Colbert. ¿Cree que puede contar también con su silencio? Tal vez él sepa más de lo que deja ver de sus viajes, de sus gastos. Siempre ha llevado cuentas muy exactas de todo.

Poco después, Colbert empieza a enfermar.

Es cierto que trabaja demasiado, todo el mundo lo sabe: se levanta temprano y termina su jornada muy tarde. Desde hace un tiempo, dolorosas úlceras torturaban su estómago, de modo que a menudo no comía más que pan migado en caldo de pollo. Pero Perrault no puede sacudirse la sospecha de que hay algo más al ver cómo la vida abandona a su amigo.

—¿Ha mandado catar la comida, señor, por si está envenenada? —le pregunta junto a su lecho, tras llevarle a Colbert documentos para firmar sobre el primer diccionario de la lengua francesa, pues él

sigue empeñado en trabajar.

—Charles, por favor, no digas tonterías.

Charles aprieta los dientes y, con cierto esfuerzo, susurra:

—Solo digo que… Athénaïs, ya sabe, estos rumores la someten a una enorme presión, y temo que, si se ve acorralada, será capaz de casi cualquier cosa con tal de conservar el favor del rey.

—Que no digas tonterías —dice Colbert, obstinado—. No escuches los lloriqueos de esa panda de… fantoches vengativos. Es la madre de los hijos legitimados del rey. Yo le ayudé a luchar por esa legitimidad. ¿Por qué iba a hacerle daño a su aliado?

—Porque sabe usted demasiado, señor —prueba Charles—. Porque lleva cuentas de todo escrupulosamente.

—Y también soy discreto, Charles. ¿Alguna vez he sido desleal? Se ha ganado el corazón de nuestro divino e infalible monarca. ¿Lo tomas a él por tonto? ¿Crees que a todos se nos da tan mal juzgar a las personas?

La siguiente vez que Perrault ve a Colbert, es un cadáver.

En Versalles, la muerte es un espectáculo sangriento. Al oír la terrible noticia, Perrault corre a los aposentos de Colbert solo para descubrir que Fagon, el doctor, ya ha certificado la muerte de su amigo y ha convertido la estancia en una carnicería. Los señores y las señoras de la aristocracia rodean la cama mientras el médico despedaza el cuerpo y abre por la mitad la cabeza de Colbert para examinar su contenido, ese cerebro húmedo como un cúmulo de lombrices, como algo que ha crecido en la más absoluta oscuridad. Aparta el hígado y los pulmones, deposita el cálido corazón en una bandeja de plata que sujeta una duquesa, sus entrañas forman una sopa grotesca en un cuenco de plata. A veces Colbert decía, como en broma: «Menuda farsa absurda. Ni un solo médico ha dicho todavía "Causa de la muerte: mi propia incompetencia"». Pero ahora

ya no es ninguna broma.

A Charles le dan ganas de vomitar. Fagon, con su túnica negra, es un hombre desagradable de una forma muy particular: del color del jamón cocido, sudoroso, campechano; siempre deja la boca abierta cuando está concentrado, con la lengua colgando. El doctor le acerca una enorme piedra, lisa como un guijarro, en la palma de su mano.

—En el tracto urinario —dice—. Creo que esta es nuestra causa probable. Bien por mí. Debía de doler. Uf.

—Veneno, sin duda —sugiere Perrault.

—El rey no quiere que se pronuncie esa palabra en Versalles ahora mismo, Perrault, como bien sabe. Y sus amigas tampoco, desde luego. ¡Yo en su lugar me ahorraba esa palabra! ¿Cómo dice? ¿Sereno? ¿Que si murió sereno? Esperemos que sí, hombre, esperemos que sí, je, je. —Saca la pluma—. Pero lo ha matado esta piedra, que quede por escrito. Tracto urinario.

La moda de Versalles dicta que hay que llorar al difunto de la forma más escandalosa posible. Cuando, más tarde, salen en masa al pasillo, una de las duquesas se pone a gritar y gemir como si estuviera de parto. Otros no tardan en seguir su ejemplo, un atajo de pelotas y lameculos que fingen el pesar como en una obra de teatro, frotándose los ojos, berreando y balbuciendo. Un luto grandioso para el Grand Colbert. Todos esos fantoches vengativos a los que tanto odiaba echan mano de sus pañuelos para secarse las lágrimas, se dejan caer de rodillas, lamentan, fingen. Ay qué pena más grande.

Charles siente que un sonido horrible sale de su propia garganta. Este sitio… ¿Será verdad que desde hace tanto tiempo ha estado construyendo, con toda su energía y su talento, con todo su ser, este octavo anillo del infierno? De pronto le resuena en la mente algo que

le dijo el obispo Bossuet cuando él acababa de llegar a Versalles: la ciudad de los ricos no precisa de enemigos, pues contiene las semillas de su propia destrucción. ¡Ay, su amigo Colbert, su buen amigo! Lágrimas de verdad le salan los labios.

Entonces una risa tintinea a su espalda, y oye el repiqueteo de zapatos de tacón.

—Qué curioso —dice una voz de mujer—. ¿Quién iba a pensar que llorarían tantísimo a su recaudador de impuestos?

Le llega a la nariz un hedor denso y dulzón a vainilla.

5. LOS CUENTOS DE ANGUILITA Y CAPERUCITA ROJA

La moda de los salones literarios en París empieza, según se cuenta, con la marquesa de Rambouillet, que opina que la corte de Luis XIII es demasiado rústica para ella, y que, por otro lado, es una mujer tremendamente ociosa que sabe divertirse. Así pues, adopta la costumbre de recibir a sus amigos cercanos en su refugio más íntimo —el famoso salón azul, *la chambre bleue,* revestido de terciopelo azul y con un cielo sin nubes pintado en el techo—, donde ella se tumba en una opulenta meridiana mordisqueando dulces, leyendo libros y aguardando los últimos cotilleos.

Estos encuentros sociales, que desdibujan la línea entre lo público y lo privado, se convierten en una oportunidad para practicar el sagrado arte de la conversación trivial. Al principio, las reuniones reciben varios nombres según los lugares donde tienen lugar —*cabinet, ruelle, alcove—,* pero el término «salón», de origen italiano, no tarda en imponerse. Las nobles ilustradas, sin acceso a una educación formal más allá de los colegios de monjas, rápidamente se percatan de que esos espacios también pueden funcionar como universidades, como lugares para pensar y aprender. Se fomentan «conferencias» sobre temas filosóficos y literarios, se leen en voz

alta poemas y extractos de novelas, se practican juegos de ingenio.

Para cuando Luis XIV ascendió al trono, ya habían surgido innumerables salones entre los intelectuales de París. Esto es en parte una moda, pero también, cada vez más, una cuestión de autoprotección: Luis XIV entiende la narración de historias como un acto político y tiene a los literatos bajo estricta vigilancia. Una de las tareas principales del nuevo jefe de policía de París, Gabriel de La Reynie, es reprimir cualquier oposición o crítica contra el rey; así, todo aquel que distribuya panfletos o pasquines contrarios al monarca es latigado, desterrado o condenado a galeras, dependiendo del humor de Reynie. Asiste al teatro con frecuencia y debe de gustarle la ironía dramática, pues aplaude con entusiasmo las obras que prohíbe al día siguiente. Si se interpreta que has parodiado a una de las cortesanas del rey, no debe extrañarte que todos tus actores sean desterrados, y hay dramaturgos que han tenido que afrontar la censura de sus obras o incluso su propio encarcelamiento por puro capricho. Los escritores franceses aún gozan de cierta libertad: rara vez se censura el sexo, la violencia o el lenguaje soez, ya que el pecado primordial en el reinado de Luis XIV es la deslealtad. Pero, aun así, saber que Reynie va a escudriñar cada metáfora o juego de palabras que se imprima hace que publicar cualquier cosa parezca una empresa arriesgada.

Por ello, muchos autores han acabado adoptando un método más discreto para hacer circular sus escritos e ideas: tomando unas copas privadas en sus salones privados. No es que esto los libre de las críticas: a las mujeres que asisten a esos actos, especialmente, se las llama *les précieuses,* 'las preciosas', lo que puede ser un elogio de su elegancia o un insulto, y es esta última interpretación, tal vez, la que ha quedado grabada en el imaginario colectivo gracias a la sátira de Molière *Las preciosas ridículas.*

La historia del salón de Marie d'Aulnoy empieza en uno de los también renombrados almuerzos literarios de los martes de madame Lambert. Todos murmuran sobre el regreso de Marie a París —no les sorprendería que fuese detenida, o que apareciera el bruto de su marido, el barón d'Aulnoy, recién liberado de su condena por deudas, y demandase sus derechos conyugales—, pero con qué donaire entra ella en la sala a pesar de todo: erguida y serena, con perlas alrededor del blanco cuello. A Henriette de Murat, también presente, le recuerda a Odiseo amarrado al mástil, por el valor con el que esta misteriosa mujer afronta los cantos de sirena de los rumores sobre ella.

La suerte quiere que las dos se sienten juntas, y empiezan a conversar, una charla ligera sobre las novelas que les han gustado últimamente. Después de la sopa y el plato de pescado, se presenta la cuestión filosófica del día a los comensales. El autor Antoine de la Motte lanza esta provocativa pregunta: ¿no es el poeta clásico Homero un poco aburrido? Esto produce alguna que otra exclamación sofocada y muchas risas antes de que comience el debate en serio.

—Y digo yo: ¿no será culpa de los traductores? —dice Henriette en su turno para opinar—. Sin duda son ellos quienes han dejado que se pierda la belleza y la majestuosidad de Homero. Todo lo que producen tiene el mismo efecto, como si hubieran tragado demasiado polvo y lo eructaran en forma de alejandrinos.

Estas palabras irritan al hombre con el que acaba de casarse, el conde de Murat.

—Deben disculpar a mi esposa —dice a los caballeros para apaciguarlos—. No hay hombre que esté a salvo de su lengua, ni siquiera los eruditos. Parece que un anillo de boda convierte el ingenio en reproches.

Durante unos instantes, Henriette está tan impactada que, por una vez, guarda silencio. Su agudo ingenio es considerado una de las principales atracciones de París, y esas palabras del hombre a quien ha jurado lealtad eterna caen como un jarro de agua fría. No lo entiende, ¿qué es lo que ha querido decir? Es como si deseara humillarla, dejarle claro quién manda aquí. Es como si ella fuese una esposa corriente. ¿Tenía acaso una idea equivocada de su relación? A Henriette la va invadiendo un pánico escalofriante. Pero Marie acude rauda en su defensa.

—Quizá debamos preguntarnos más bien por qué los hombres pierden todo el sentido del humor en cuanto se casan —replica, pasándose la servilleta por los labios mientras todos los ojos se vuelven de repente hacia ella—. Es muy duro para las esposas que sus amantes les resulten tan aburridos de repente, como si un escritor de segunda y hasta arriba de brandy los hubiese traducido mal.

Las miradas de las dos mujeres se encuentran, e intercambian una sonrisa cómplice.

Poco después, cuando quedan en un café elegante —beben café arábica, denso de tanta azúcar, en tazas diminutas bajo un grabado del rey—, Marie comenta tímidamente que está acariciando la idea de montar su propio salón. Como pasa tanto tiempo con sus hijas, echa de menos la compañía apasionante de los adultos, aunque no puede evitar pensar que los salones serían más amenos si no estuvieran tomados por los mismos poetastros de siempre. ¿Qué hay más agradable que hablar de literatura con amigas mientras tomas tarta y bebes champán? Su nueva casa de Rue Saint-Benoît tiene el salón perfecto para ello. Henriette apoya la idea fervientemente. Han de elegir a las invitadas con cuidado, algunas de las mujeres que más admiran… Angélique Tiquet, una antigua amiga de Marie de su

anterior matrimonio, le dará un toque de glamur. Henriette ha conocido a la Princesse de Conti, una gran valedora del arte que tal vez se digne a ser mecenas del salón. Invitarán a la vieja e imponente estudiosa Philis y a la amiga de la infancia de Henriette, Amarante (por desgracia, ambas morirán en un plazo de dos años, una de vieja y la otra de sarampión).

Al principio pretendían que fuese un lugar solo para mujeres. Cuando Henriette comenta de broma que eso suena a una reunión de viejas, Marie replica que quizá deberían celebrar este hecho contando historias de viejas. O cuentos de Mamá Oca, como se los conoce; con ogros, encantamientos y criaturas parlantes. Desde que era pequeña le encantan esas historias. Podrían convertirlo en un juego nuevo, turnarse para darles un giro más moderno.

—¿No se suele pintar a las Mamás Oca como campesinas con narices de pato? —pregunta Henriette, dubitativa—. Quizá el grupo resulte demasiado refinado.

—Al contrario, escuchar esos cuentos me hará sentirme como una niña otra vez, y la vida adulta no será más que un terrible sueño —apunta Marie, y hay tanta verdad en lo que dice que le tiembla la voz; quizás a causa de una especie de superstición, hace tiempo que no expresa sus anhelos en voz alta.

—Bueno —contesta Henriette, comprometida con esta amiga, con este plan—, reconozco que esos cuentos, como tratan sobre el matrimonio, son una manera perfecta de quejarse de los maridos. Y ahora que me he casado, debo admitir que estoy deseando agregar epílogos a los finales felices.

Está decidido: lo van a pasar en grande.

Angélique les pregunta si puede invitar a Charlotte-Rose, la ahijada de una buena amiga suya. Es por hacerle un favor a su amiga, que cree que la muchacha necesita más modelos de

conducta femeninos, pues está loca por los chicos pero también por los libros. («Por desgracia, ambas cosas distan mucho de ser incompatibles», observa Henriette. «De no haberlo leído en un libro, ¿quién querría besar a un hombre?»)

Más tarde, Telesila —una de esas fieras de la correspondencia tan propias de esta época, que escupe dos docenas de cartas antes del desayuno— toma nota de la existencia del nuevo salón y empieza a enviar misivas entusiastas y a dejar tarjetas de visita en casa de Marie cada dos días, ganándose su favor hasta que también la invitan a formar parte del grupo.

Durante un año el salón sigue siendo muy íntimo y exclusivamente femenino. Pero después, cuando Marie acuña el término *contes de fées,* o cuentos de hadas, la fama de estas Hadas Modernas comienza a extenderse demasiado rápido (lo que, por otra parte, resulta halagador). Saint-Évremond quiere presentarles sus respetos cuando pase por la ciudad. El abate, que acaba de publicar una obra, acorrala a Marie en el funeral de Philis armado con una carta de presentación y se autoinvita a leer extractos del volumen a la concurrencia. Es difícil inventarse motivos amables con la rapidez necesaria para rechazar a la duquesa de tal o a monsieur cual.

Ahora puede llegar a haber dos docenas de asistentes, pero, aunque la lista no para de crecer, madame d'Aulnoy sigue disfrutando enormemente de estas tardes. Todavía se cree segura y entre amigas.

Acaba de cerrar la puerta que da al resto de la casa —sus tres hijas, el ama de llaves, la cocinera, Mimi, los galgos, el reloj de carillón, todo el ajetreo feliz y estrepitoso de esta historia que ha escrito para sí misma— y respira hondo. Los candelabros están encendidos, suena la música y se oye un suave murmullo de rumores sobre madame Henriette de Murat, como probablemente

pretendía Henriette cuando se puso una capa roja para ir a la iglesia el domingo, porque una sabe perfectamente lo que está haciendo si se pone una capa roja en tales ocasiones.

Marie se asegura de que todas las *précieuses* tienen bebida y escucha retazos de la conversación al pasar: «… dijo que estaba enfadada con el cura porque dio dos sermones seguidos sobre el papel de la mujer. ¿Puede que fuera la primera epístola a Timoteo? "La mujer debe recibir instrucciones en silencio con total sumisión"…»; «… su suegro parecía furioso»; «… en el arte de montar una *mise en scène,* desde luego, no hay quien le…»

Por fin llega el sujeto de debate, tranquila, sin reparar en la hora que es ni en el repentino silencio. Quizá deberíamos detenernos a observar a Henriette un poco más de cerca cuando se quita la capucha: la cara muy blanca, empolvada, con la barbilla triangular y la piel aún estremecida por el frío de fuera; las cejas y pestañas negras que presagian una melena de ébano bajo la peluca; los ojos largos y alegres que ya parecen buscar la menor provocación, aunque su agrio humor es deliberadamente artificial, como el de un niño que acepta un reto; un lunar de terciopelo negro con forma de luna junto al cuidado gesto desdeñoso de sus labios.

Henriette nació en Bretaña. Abundan los rumores sobre su pasado, al parecer colmado de breves amoríos antes de su llegada a la corte, donde al principio escandalizó a toda Versalles por vestir como una campesina bretona. Henriette de Murat fomenta sutilmente todos estos rumores, citando la máxima de La Rochefoucauld que dice: «Muchas mujeres no tienen aventuras amorosas, pero muy pocas tienen solo una». Lleva meses insinuando la publicación de un libro llamado *Memorias de la condesa de M***,* una colección de dos volúmenes planteada como respuesta a las inminentes *Memorias de la vida del conde D***

antes de su retiro, de Saint-Évremond, algunos de cuyos párrafos describen a las mujeres como volubles e incapaces de ser virtuosas. «¡Como si los hombres no fuesen la causa de todo mal!», exclama indignada. «Aunque, por supuesto —añade siempre en un tono de complicidad—, ¡comprenderán que he tenido que mentir en todo! Se lo aseguro, nadie quiere leer historias reales sobre mi matrimonio, y mucho menos yo».

Ahora que Henriette ha llegado, puede dar comienzo la velada, ya que es su turno para empezar con un nuevo cuento; madame d'Aulnoy siempre hace una programación para asegurarse de que todo fluye bien. Pero, primero, la anfitriona le ofrece a su amiga un vaso de licor de uva espinosa, un refrigerio después del viaje.

—Ah, maravilloso —dice Charles Perrault cuando anuncian que es hora de empezar, porque adora con toda su alma los recitales, y no le cabe duda de que va a presenciar un espectáculo muy divertido. Esta es su segunda visita al salón, así que nunca ha escuchado un cuento de Henriette—. He oído maravillas sobre la calidad de sus historias, madame —añade.

Al parecer, en su cuento «El amor perfecto» aparecía una ingeniosa versión submarina de Versalles: hermosas grutas en forma de concha que recuerdan a la propia Gruta de Tetis con su impresionante ingeniería hidráulica; un palacio custodiado por cien delfines; *ballets* de náyades con vestidos hechos de centelleantes escamas de peces…

—Espero que no de boca de otros hombres —replica Henriette, con su habitual rapidez—. Mi único objetivo es incomodar al macho de la especie. Vosotros ya tenéis suficientes cuentos.

—Bien dicho —dice la Princesse de Conti con una buena copa de vino en la mano, observando a Henriette como si fuese un elegante halcón a punto de posarse en su puño.

Henriette le dedica una fugaz sonrisa a la princesa, que sí parece ser su público objetivo, y se pone en pie.

—Este es el cuento de Anguilita —comienza Henriette de Murat, con seguridad y fluidez—. Sea cual sea la grandeza a la que el destino eleve a aquellos a los que favorece, creo que estaremos de acuerdo en que en este mundo no se puede escapar de la tristeza. Incluso las hadas tienen que soportar una carga. ¿Sabían que estas pobres criaturas se ven obligadas a cambiar de forma varios días de cada mes lunar? Así es, y se convierten en su ser animal, ya sea celestial, terrestre o acuático. Pues bien, cuando llegaba su momento del mes, el hada Anguilita se transformaba en una anguila gruesa, reluciente y musculosa, en cuya piel brillaba un arcoíris…

Ahora Charles comprende lo que decía Henriette sobre su público: hay un brillo de comprensión en la mirada de todas las mujeres de la sala, mientras que él siente una punzada incómoda, como si alguien le hubiese clavado un dedo en la piel. De todos modos, admira su originalidad y su forma de expresarse: ¡un prado «esmaltado» de flores! Maravilloso. Es un cuento largo —a ella nunca le faltan las palabras, que brotan de su boca como un torrente—, pero hay mucho que disfrutar. El cuento, además, incluye un guiño de agradecimiento a la mismísima madame d'Aulnoy («un hada moderna, más sabia y avezada que las de épocas pasadas») y, en contra de lo que suele ocurrir, termina en tragedia. El hada, salvada de convertirse en el pescado de la cena del rey, le concede a una niña inteligencia, encanto y riquezas, pero no es suficiente; ella quiere una vida de pasión. Después de que los dos príncipes rivales a los que ama se enfrenten en un duelo fatal, se lanza sobre la punta de una espada, hundiéndola profundamente en su pecho.

—La pobre Anguilita no podía resucitar a los necios mortales —concluye Henriette de Murat—, tan solo tocar sus cadáveres con la

varita y transformarlos en preciosos árboles que llamamos olmos.

Comienzan los aplausos. Henriette hace una pequeña reverencia y va a sentarse en el brazo del asiento de la Princesse de Conti, que le da unas suaves palmaditas de felicitación en la espalda.

—Qué triste, pero qué triste —exclama Telesila, secándose los ojos. Parece que se ha tomado el cuento más en serio que su autora.

—¡Es verdad, no puedo creer que los hayas dejado morir a todos, Henriette! —exclama Charlotte-Rose Caumont de La Force, tocando con sus guantes de encaje sus bellos labios como para callarse a sí misma—. ¡Dios mío, mira que eres malvada! —añade, con una sonrisa avergonzada.

¿Bastará con eso? Se siente en la obligación de hacer algún comentario, porque nunca dice nada y todos los presentes deben de preguntarse qué pinta ella entre gente tan culta. ¡Qué poco contribuye al debate! Seguro que la consideran tonta de remate. Todas estas escritoras, que han escrito libros de verdad —sus heroínas—, mirándola a ella, que no es más que una dama de compañía (aunque al menos hoy le han quedado bonitos los tirabuzones).

—Estoy de acuerdo, Charlotte-Rose —dice Angélique, que de vez en cuando recuerda que ha prometido apoyar a la chica—. Preciosos tirabuzones, por cierto.

—¡Pero nadie se come a la anguila! —le dice Henriette a Charlotte—. Da gracias por mis pequeñas muestras de clemencia.

—No es para niños la historia —dice Charles con una sonrisa burlona.

—Desde luego, espero que no —contesta Henriette—. Porque no hay niños en este salón, que yo sepa, monsieur. —Señala con la cabeza al joven apuesto, Charles Briou, que se ha sentado de nuevo

junto a Angélique, mucho mayor que él—. Aunque sí podría parecer que monsieur Briou precisa de los cuidados de una madre.

—¡Henriette, por favor! —exclama Angélique, intentando seguirle el juego, aunque Henriette se pasa un poco a veces; es bien sabido que con la edad de una mujer no se bromea—. ¡Yo no tengo ni pizca de instinto maternal, como tú sabes de sobra!

—Pero usted tiene hijos, monsieur Perrault —dice Henriette, lanzando una mirada inteligente a Charles, como si quisiera iniciar una batalla dialéctica—. Estoy segura de que juegan con sus soldaditos y matan continuamente a sus muñecos en combates complicados y sangrientos, ¿y no voy a poder yo matar a los míos?

—Ellos aprenden que los hombres deben luchar por su nación y su fe. ¿Y su moraleja? —pregunta él—. ¿Cuál es, no enamorarse?

—No enamorarse de hombres al menos —replica ella.

Perrault ríe.

—Bueno, eso tiene cierto sentido, lo admito. Mi próximo cuento tiene una moraleja parecida.

¿He mencionado que el marido de Henriette, el conde de Murat, le pega? El grosor del maquillaje no es solo una cuestión de estilo; sirve para enmascarar los moratones. Bajo el vestido, le cruza las costillas una mancha veteada, un suave arcoíris verde pálido cual panza de anguila. El conde detesta cada vez más la afilada lengua de su esposa, pero ella parece incapaz de resistirse a emplearla para provocarlo.

Henriette, sin embargo, ha establecido sus propios métodos de venganza; bueno, no venganza exactamente, porque él no sospecha nada, sino formas de satisfacer su sentido de la justicia. Esta tarde, por ejemplo, la Princesse de Conti se ha ofrecido a llevarla de regreso a casa en su carruaje; la Princesse de Conti, que, como ella, es amante de las mujeres. La primera vez que hicieron ese viaje, ella

iba rígida de pánico, tragando bocanadas de la traqueteante oscuridad mientras los dedos de la princesa, que olían a humo, la tocaban donde ella estaba seca y cerrada por el miedo; no sabía cómo hacerse vulnerable, cómo permitir que sucediera algo, dejarse llevar, no hablar atropelladamente. Con inmensa paciencia, la princesa utilizó los dedos y la lengua para deslizarse dentro de ella, guiándose por su respiración, extrayendo de su interior rocío, sal y perlas, hasta que la arrollaron olas de espuma blanca que la dejaron sin aliento, atrapada, jadeante…

Dos veces desde entonces han disfrutado de esos encuentros secretos.

Sin embargo, cuando Henriette lo recuerda ahora —entre estas hermosas e ilustradas amigas en el luminoso salón—, el deseo parece haberse convertido en un amargo odio hacia sí misma, y esa fría baba que siente entre las piernas le revuelve el estómago. Una ola más oscura rompe en ella, con un poso de náusea. Porque si Dios ha visto esas perversiones —y seguro que las ha visto, a través de los ojos de ella y de la princesa, tomando nota, como de costumbre, del menor temblor o gemido en su libro del Juicio Final —, está condenada.

Por supuesto, desde una perspectiva moderna, es fácil aceptar que apenas existen personas en el mundo que no hayan sentido deseo por su propio sexo, al menos en sus momentos más íntimos —dada la inabarcable y hermosa variedad de la sexualidad humana —, y que ella debería amar a quien ama, sin más. Pero la religión institucional era y es un sistema de lavado de cerebro cuya intención es imponer, con una arbitrariedad intolerable, un juego con reglas estrictas y un dado trucado cuyos ganadores están decididos de antemano. Declararse ateo en aquella época requería un nivel de arrojo intelectual prácticamente inimaginable, significaba salir

completamente de la realidad en la que vivían todos tus conocidos y adentrarte en una nueva, apenas explorada.

Soy escoria, piensa, con un ímpetu tan salvaje que se habría cortado las venas en ese mismo instante de haber tenido un cuchillo a mano. *Tengo al diablo dentro.* Quizá también sabe que es más fácil oír esas crueles palabras de su voz interior que del conde, que tal vez podría mostrarse comprensivo —teniendo en cuenta sus propios deslices— ante una aventura con un hombre, pero que sin duda la mataría si llegara a enterarse de esto, movido por lo que él considera su gran sentido del honor.

Tiene que encontrar una excusa para regresar del salón ella sola, aunque la Princesse de Conti se sentirá dolida y frustrada, lo sabe; sigue sintiendo su mano grande y cálida en la parte baja de la espalda. ¿Por qué es tan malvada? ¿Lleva razón su esposo cuando dice que es mala? Aunque él también es malo. Su hogar es una miniatura del infierno en la que los dos idean formas crueles de atormentarse mutuamente.

—Me resulta fascinante su decisión de convertirlos en olmos —está comentando Perrault, dejándose llevar por la emoción de poder mantener una conversación adulta después de una semana en barbecho—. ¿De dónde sale esa idea? Me ha recordado a Dafne perseguida por Apolo, que se convirtió en laurel. O también puede ser Mirra, ¿no?, que engaña a su padre para que se acueste con ella y luego él la persigue por toda Arabia con su espada cuando lo descubre… Se dice que sus amargas lágrimas son las que forman la resina de ese árbol. Pero el olmo… Si no me equivoco, Aquiles se agarró a uno para evitar ahogarse, ¿verdad?

—Por supuesto, ningún suicida se convertiría en olmo, madame —apunta el abate con gesto triste, como si lamentara tener que darle la mala noticia, y aprovechando para bajar los ojos de nuevo al

escote de Henriette—. Su heroína, la verdad sea dicha, ardería toda la eternidad en el infierno bajo la mirada de Satanás.

Tal vez ella no responda a esto. No recuerda haber respondido.

—¿Henriette? —le está diciendo ahora madame d'Aulnoy. Marie, tan atenta y sagaz, a la que venera como a una hermana mayor—. Pareces distraída de repente. ¿Te encuentras bien? ¿Henriette?

—Sí —contesta débilmente, intentando salir a nado de las sucias aguas de la repulsión.

—Pues a mí me ha gustado el final trágico —dice Marie d'Aulnoy —. Como argumenta Aristóteles, las historias así son catárticas, ¿no crees? Creo que eres la mejor de todas nosotras; en comparación, nuestros cuentos son como sopa recalentada.

—No —dice madame de Murat con afilada tristeza—. No, Marie, no digas eso.

—Ten —le dice Marie, ofreciéndole a Henriette un pequeño bizcocho de almendra con una capa de crema de pétalos de rosa—. Tienes que probar esto, es una receta secreta de nuestra cocinera. Dicen que todo el que prueba uno se da cuenta de que es amado. — Y la observa hasta asegurarse de que Henriette ha dado un bocado esponjoso y fragante y la magia está empezando a surtir efecto.

Marie oye a Perrault preguntar «¿Me toca a mí ahora?», y le irrita bastante cómo retumba esa fuerte voz masculina en su íntimo salón de coral. Imagina que lo hace con buena intención, y es evidente que está entusiasmado; al parecer, ha pasado buena parte de la semana ensayando con innecesaria diligencia en su casa, por costumbre y porque le aterroriza aburrir, como si se tratara de una mascarada real en vez de cinco minutos en el salón de una mujer a la que apenas conoce, e incluso ha pedido ayuda a madame Tiquet para la actuación. Pero le enfurece que, después de todos estos meses, aparezca un hombre y acapare el foco de inmediato sin

pararse a pensarlo. Además, parece que ha elegido la historia de la Caperuza Roja, que esta semana más que nunca tiene una excesiva carga de significado y ni siquiera puede ampararse en la originalidad.

En cualquier caso, Perrault está empezando, después de aclararse la garganta y dar unos toquecitos en la copa:

—Había una vez una niña que vivía en cierto pueblecito de Francia. Era la criatura más linda que nadie hubiera visto. Tenía una madre que la adoraba, y su abuela, también excesivamente cariñosa con ella, le hizo una capa roja con caperuza. Le quedaba tan bien que muy pronto todos la llamaban Caperucita Roja. —Madame Tiquet imita la capucha y hace un gesto que pretende ser de «inocencia infantil», aunque, como la mayoría de sus expresiones, acaba teniendo un matiz más sexual de lo que ella pretendía.

Todos miran a Henriette, que consigue esbozar una tensa sonrisa de tolerancia.

—Un día —continúa Perrault—, su madre horneó unos dulces y le dijo: «Hija mía, ve a ver cómo está la abuela, llévale esta tarta y este trozo de mantequilla…».

Angélique simula que marcha sin avanzar, balanceando sus brazos y silbando, y el muchacho apuesto, Briou —que se está acostumbrando a su papel de único joven gallardo en este salón de mujeres—, la ovaciona.

Y todo lo que sigue. No me cabe duda de que conocen este cuento; lo conocen por su madre, por su abuela, quizá por su niñera. Cada detalle: la cama de la abuela, las orejas, los ojos, los dientes. Porque es una de las historias que Perrault recogerá en su famosísima antología, *Contes de ma mère l'Oye (Los cuentos de Mamá Oca),* publicada en 1697. La portada o el frontispicio de muchas ediciones solía mostrar a la propia Mamá Oca, la narradora

arquetípica —una vieja campesina de rasgos marcados—, sentada junto al fuego con el gato o con la rueca, y los niños absortos escuchando sus cuentos. Pero, como es la versión de Perrault la que todas estas mujeres se saben de memoria, ¿para qué repetirla aquí? Salvo que ustedes crean que la salva un leñador…

Madame Tiquet finge que la están devorando con mucho dramatismo, para regocijo de todos, y suelta un alarido de agonía antes de desvanecerse, probablemente por la pérdida de sangre.

Entonces, al final, llega la ingeniosa moraleja en verso, y se nota que Perrault la ha pulido minuciosamente. La lee con su mejor voz de poeta:

Los niños, niñas sobre todo,
lindas, protegidas del lodo,
no deben hablar con extraños,
pues pueden hacer mucho daño.
Hay lobos de hocico y colmillos
que harían sospechar a un chiquillo.
Pero otros parecen amables
cuando te sonríen por la calle.
Al verlos tan guapos y atentos
muy pocas se dan cuenta a tiempo,
y el lobo no deja ni huesos.
¿Quizá tenga en casa uno de esos?
Esta es mi enseñanza y mi admonición:
la lengua del lobo fue su perdición.

Naturalmente, su Caperucita Roja, Angélique Tiquet, ajena a las moralejas, hace una reverencia antes incluso de que haya terminado el último pareado, disfrutando su momento; las palabras fluyen a través de ella sin dejar rastro, como algo que se bebe y se mea.

¿Pero habrá prestado atención Briou?, se pregunta madame d'Aulnoy mientras él se levanta y abraza, unos segundos más de lo necesario, a la actriz del momento. ¿Se reconoce en esta descripción?

—Maravilloso, Charles —dice Angélique una vez que los elogios se van apagando, su rostro iluminado por los halagos, sacudiéndose la capa roja de sus brazos regordetes y sedosos—. ¡Pero ojalá hubiese durado más!

—Como siempre, admiro su brevedad, monsieur —dice madame d'Aulnoy—. Es una virtud destilar un cuento y dejarnos con ganas de más.

—Aunque también es verdad —apunta Henriette de Murat, que ha resucitado lo suficiente como para no dejar pasar semejante oportunidad de réplica— que los hombres siempre nos dejan con ganas de más, mientras que nosotras hemos de dejarlos totalmente satisfechos.

—He contado el cuento como mi abuela materna me lo contaba a mí —aclara Perrault—. Era una mujer dulce y entusiasta. Siempre me decía que «levantase el pestillo y entrase» cuando yo era niño, y al final me devoraba, y yo me ponía a chillar y dar alaridos como loco.

—Pero entonces nos está estafando, Perrault —replica Marie—. Es usted uno de los inmortales de la Academia Francesa. En su *Critique de l'Opéra* aboga por la superioridad artística de nuestra era, ¿y nos trae cuentos de viejas, de abuelas o niñeras? Nosotras aquí aspiramos a escribir el equivalente de *El cuento de los cuentos* de Basile y *Noches de placer* de Straparola, y así hacer por Francia lo que ellos hicieron por el cuento tradicional italiano. Yo preferiría escuchar obras suyas.

A Charles, esto le resulta desagradable y se encoge de vergüenza al ver que le devuelven de esta forma su falsa modestia;

después de todo, no es el único que ha heredado estas estructuras narrativas con su sabiduría profunda y antigua, y él ha trabajado mucho para darles una voz contemporánea y fresca. Sin duda, le habrá gustado la ingeniosa moraleja en verso, que es una innovación estilística de su propia cosecha.

Pero madame d'Aulnoy está sonriendo sin mezquindad. Charles se recuerda a sí mismo que este juego de esgrima es de esperar en un salón y no entraña maldad. Como hombre, él no tiene que preocuparse por que lo tomen por una campesina, pero ellas sí.

—*¡Touché!* —contesta con buen talante—. ¡De acuerdo, acepto el reto!

Perrault recibe más felicitaciones, y el grupo empieza a dispersarse. Algunas *salonnières* se quedan a tomar una copa de vino primero, otras llaman a su cochero, abrazan a las demás y dan las gracias, comparan el trayecto hasta sus respectivos hogares y salen a la helada Rue Saint-Benoît, cuyas farolas modernas están envueltas en un halo de neblina. Una vez más, la velada ha sido un éxito.

Pero esperen, quédense aquí bajo las escaleras y verán a las dos últimas en salir de la fiesta, que ahora están en el vestíbulo, interpretando una especie de baile de cortejo. Henriette, que ya se ha puesto de nuevo la capa roja, le dice a la Princesse de Conti que ha cambiado de idea y no volverá a casa con ella: ha decidido ir en el carruaje de Perrault y Telesila, que ya está esperando fuera. Pero la princesa aprisiona a Henriette contra la pared con un beso y le desliza en la boca su lengua tierna y deliciosa, como una anguila. Henriette la aparta suave y dolorosamente, con una exclamación ahogada —«No, no podemos»— que suena, la verdad sea dicha, más a súplica que a rechazo.

Alguien más las observa en la penumbra, deseando que llegue el

momento de contar esta historia, porque sabe de una persona que pagará bien por escucharla.

Ahora díganme, queridos lectores, ¿quién es el lobo?

6. EL CUENTO DEL PRÍNCIPE ENCANTADOR

El siguiente salón es un mes más tarde. La tarde antes de que empiece, Angélique Tiquet está en la cama con Charles Briou.

Fuera, el invierno arrecia.

Antes se me olvidó mencionarlo, o tal vez obviase esta información a propósito, pues ¿cómo simpatizar con estas damas y marqueses, estos pocos privilegiados, cuando estás a la intemperie con los pobres, como sin duda habríamos estado ustedes y yo? Las condiciones de vida han empezado a empeorar. Luis ha librado costosas guerras, los impuestos se han vuelto desorbitados, van varios años de malas cosechas debido al mal tiempo. Y luego está el frío. Hasta la aristocracia lo siente, en sus mansiones llenas de corrientes de aire, y algunos tratan de protegerse embadurnándose la piel con grasa. En sus bodegas, el vino se congela en las botellas.

Fuera de las mansiones, los conejos se congelan en sus madrigueras. Las manzanas se pegan a las gargantas de las niñas. La nieve cae tan copiosa que apenas queda aire entre los copos; los lagos son ataúdes de vidrio. Toda Francia se ha convertido en un palacio abandonado con titilantes lámparas de araña, escaleras de cristal y jardines llenos de estatuas de mármol de ovejas y vacas.

Los pobres se comen a los gatos o se alimentan de la sangre que

brota de los mataderos. Los pobres comen sopa de piedras. Los pobres abandonan a sus hijos en el bosque, donde los petirrojos cubren sus cadáveres con hojas, y así son hallados al amanecer. O, si sencillamente mueren de hambre, sus madrastras se comen sus pulmones e hígados, hervidos con sal.

Lo que intento decir es que hace frío. Intento transmitir el sufrimiento.

¿Odiamos entonces a Angélique, que entrelaza sus piernas rosadas y mullidas con las de Briou en las sábanas de seda bajo las pesadas cortinas de la cama con dosel? El fuego arde con fuerza en la chimenea; sobre la mesa, en una bandeja de plata, hay una tetera y un plato de magdalenas recién salidas del horno; su consentida gata, Madame Miau, duerme hecha un ovillo sobre un cojín tras darse un banquete de nata y pichón; no falta un solo detalle. ¿Por qué le tengo cariño pese a todo?

Últimamente está muy de moda entre las clases altas eso de viajar de incógnito por París para visitar a los amantes; las mujeres suelen llevar una máscara de terciopelo negro conocida como *loup* (que significa 'lobo', así llamada porque asusta a los niños), que sujetan sobre el rostro mordiendo un pequeño botón; los hombres se cubren la parte inferior de la cara con una capa ostentosa. En esta ocasión es Briou el que se ha escabullido a casa de Angélique sin ser visto.

Ahora su barbilla, ya descubierta y perfectamente afeitada, asoma chorreando de entre sus piernas. Ella sigue jadeando un poco; sus grandes pechos, con enormes pezones rosados, caen a ambos lados de su adorable barriguita. Han estado representando la versión de «*Caperucita Roja*» en la que ella comenta: «Abuelita, abuelita, ¡qué polla tan grande tienes!», y él le come el coño.

—Debería irme —dice él, sin salir de la pesada manta. Cuesta

mucho enfrentarse a los remolinos de nieve, incluso con una capa ostentosa.

—No te vayas —dice Angélique, embutiéndose una magdalena en la boca y despachándola en dos mordiscos.

Tiene los dientes débiles, así que intenta no masticar mucho, pero follar le da hambre. Mejor dicho, follar la pone nerviosa, como si, una vez roto el hechizo de la lujuria, su amante fuese a ver su verdadera forma: la de un lechoncillo ruborizado. Desde que era pequeña y su madre la apaciguaba con bombones, siempre ha buscado consuelo en el azúcar.

—Debería irme —dice él.

—En cuanto salgas por la puerta, todos los pobres irán detrás de ti, muertos de hambre. ¡Esta mañana me he encontrado el perfume congelado en el aparador! ¿Te lo puedes creer? ¿Te veré luego al menos en el salón de Marie d'Aulnoy?

—Puede. Antes tengo que pasar por casa de mi padre. Me llegó un retrato ayer —añade.

Dirige la mirada al espejo, en el que se refleja una pareja atractiva: ella con los labios cubiertos de besos y el pelo revuelto, él con sus brazos musculosos. Al parecer, el apodo de Angélique en su día era la Obra Maestra, aunque de eso hace ya un par de temporadas. Si la mira de cerca, se ven más las arrugas.

—¿De quién? —pregunta Angélique—. Bueno, en realidad no sé si quiero saberlo si es una posible esposa. Me pongo celosa solo de pensarlo.

—Desgraciadamente sí, la hija de no sé qué financiero español. Su padre y su enorme dote han seducido a mi padre, al parecer. Al pintor se le dan fatal las manos, o eso espero, porque una de ellas es enorme y plana como una *crêpe.*

—Pero, aparte de las manos, ¿cómo es? ¿Crees que podría

gustarte?

—Si el pintor español ha pillado su lado bueno, no quiero ni pensarlo. Cetrina, cejijunta, con bigote… ¡Bigotes, diría yo! Mi padre siempre me ha dicho que las esposas son para los negocios, no para el placer, pero al menos mi madre no estaba mal del todo. No puedo dejar de pensar que los demás hombres se reirían de mí si tuviera que acostarme con semejante gato con botas. Incluso si pariese un hijo varón detrás de otro, seguiría siendo humillante…, habría pruebas de dónde he ido a meter la polla.

—Mira que eres bruto —dice Angélique, negando con la cabeza.

A lo cual él responde con un pedo estrepitoso.

—Por Dios, ¿en serio?

—Tú lo has querido, me lo estaba aguantando. —Suelta una risita. Tiene una risa aguda y atolondrada.

—Tienes un *derrière* estupendo, tan apretadito —observa Angélique con tristeza. Se da cuenta de que se le ha caído uno de sus lunares postizos en la almohada, le da un lametón y se lo pone de nuevo en la mejilla.

—Pero tan bruto no soy, en realidad. Me gustaría casarme por amor.

—Ay, pero entonces tendrías que ser fiel. Qué aburrimiento, ¿no? Suena fatal.

—Bueno, tú no has tardado mucho en ser infiel. ¿Cómo está tu segundo esposo?

—Yo qué sé. ¿Claude? Lleva de viaje prácticamente desde que nos casamos. ¡Esta cama se enfría tanto que tengo todo el derecho a buscarme la vida para entrar en calor! Pero no debes decir nada a nadie, por supuesto, porque estoy casi segura de que me asesinaría; es muy orgulloso, ¿sabes? De todas formas —añade, forzando el tema aunque no debería, quizá con la esperanza de que él diga algo

romántico que le sirva para arroparse luego—, ¿qué sabrás tú del amor? Me suena haberte oído decir que no es más que un invento de los poetas. —Esas palabras crueles se le habían quedado grabadas en la mente.

—Tal vez me haga poeta —replica Briou, que se distrae fácilmente con imágenes atractivas de su futuro.

—Te pega más ser musa —declara Angélique y, en un torpe intento de mostrar su afecto, le da un toquecito en su adorable nariz chata.

Sin embargo, solo consigue que él se aparte, molesto. A veces lo trata como si fuera su perrito.

—Quizá me gustaría ser el cortejador por una vez, no el cortejado —dice—. Tú dices que soy muy atractivo. ¿Por qué no iba a conseguir a una mujer hermosa yo solito? Un trofeo para adornar mi brazo. Estoy seguro de que podría seducir a Charlotte-Rose, por ejemplo, que volvía locos a todos los muchachos en la cacería.

—¿Charlotte-Rose? —pregunta Angélique, que de pronto se siente atontada de pura envidia. No, por favor, ¡la Rosita Presumida no, no doña Perfecta, a quien ella misma había introducido en el salón y prácticamente acogido bajo su ala! Pero era de su edad, claro, ¿por qué no iba a querer eso? A Angélique se le da fatal ocultar sus sentimientos: hace pucheros como una niña pequeña a la que se le ha negado un caramelo—. Ah, pero tu padre no lo permitiría, no tiene ni de lejos el estatus necesario. Y es la ahijada de mi amiga, así que me sentiría perversa si folláramos a sus espaldas… —Alarga la mano hacia su grueso pene, que ya está erecto otra vez y se agita como el rabo de un perro, como si quisiera transmitirle la confianza de un buen apretón de manos—. Espero que cuando te cases sigas viniendo a verme por las tardes. —Le sale un deje lisonjero en la voz.

—Es difícil resistirse.

—Gracias —dice, aún con cierto desánimo—. Eres un cielo.

—Ah, ¿sí? —dice él, metiendo toda la mano en su denso matojo rubio, como a ella le gusta, cortándole el aliento.

Viendo que tiene la oportunidad de retenerlo donde está un rato más, ella se balancea sobre sus dedos y comienza a perderse de nuevo en el placer, que la lleva al filo de la *petite mort.*

—Suplica —dice él.

—¿Disculpa?

—Suplica.

Esto es nuevo. Angélique es obediente por naturaleza, no cuestiona las órdenes, así que prueba a ver.

—Por favor, por favor, Dios, sí, quiero tu polla, sí, sí, por favor —dice y, viendo cómo la lujuria dibuja media sonrisa en la cara de su amante mientras ella habla, añade en voz más alta, metiéndose en el personaje—: Por favor, ten piedad, necesito tu polla dentro de mí.

—Puta vieja loca —dice él—. Te gustan las guarradas, ¿eh? Le voy a decir cómo te mojas. Le voy a decir a tu marido que me he corrido en tus tetas y las he refregado bien, que te la he metido por el culo hasta que he tocado tu mierda con la punta del nabo. Puta zorra asquerosa. Quieres que te destroce, ¿a que sí?

—Por favor —jadea ella.

—¡Vamos! ¡Suplica!

—¡Oh, Dios, destrózame! ¡Destrózame! ¡DESTRÓZAME!

Aunque entonces sí se lanza dentro de ella, aunque la deja al mismísimo borde, no la lleva al orgasmo. Tal vez sea porque capta la mirada de Madame Miau, que se ha despertado y se está lamiendo las patas como si quisiera transmitirles su más firme desdén.

Mientras tanto, treinta kilómetros al oeste de París, en Versalles, Charlotte-Rose se imagina a Briou en un contexto muy diferente. Es

dama de compañía de la mujer del Delfín, María Ana Cristina Victoria de Baviera, conocida como la Gran Delfina, que en estos momentos se está probando un vestido para el próximo baile. La modista está haciendo pequeños ajustes con alfileres en la boca.

—¿Terciopelo rosa con encajes dorados o celeste con encajes plateados? —pregunta la Delfina, a quien toda la corte considera un personaje bastante patético debido a su desmedida fealdad y a esa tos constante que le arranca al Delfín visibles muecas de irritación—. Ay, qué aburrido es todo esto. Probarme vestidos siempre me da dolor de cabeza. Tratar de adivinar la impresión que le vas a causar a la gente más superficial del mundo, que solo se interesa por tu apariencia.

—El rosa, realza su color —dice Charlotte-Rose. Le corroe la envidia de pensar que a ella le quedaría mucho mejor. ¡Qué desperdicio de buenos vestidos es la Delfina!—. Y deberían ponerle perlas al canesú —añade, con razón, pues tiene muy buen ojo.

Le gustaría ir ella misma al baile, pero su madre dice que no se pueden permitir un vestido nuevo este mes, y sería absolutamente inaceptable repetir; Luis XIV insiste mucho en que los nobles apoyen la industria francesa de artículos de lujo, aunque sea a costa de arruinarse.

A Charlotte-Rose le gusta la moda: manguitos, gorros de terciopelo con plumas rojo fuego, tafetán con brocados de violetas, botones de azabache, abanicos, velos, guantes suaves, brazaletes calados con incrustaciones de ópalo, arrulladoras enaguas de muaré, mangas abullonadas, puños de todo tipo. Le gusta echar un vistazo a los últimos grabados de moda y leer en el periódico, *Le Mercure galant,* qué colores «se llevan» esta temporada. Pero ella nunca va a la última. Invierte muchísima energía en peinar su largo, brillante y sumiso cabello en estilos modernos —trenzado, enrollado, recogido

con lazos o espadillas, o bien en largos tirabuzones que llaman *moustaches*—, porque esto requiere tiempo, y eso a ella sí le sobra, no como el dinero. Su reputación de presumida es un poquito injusta. Dada su pequeña dote, su madre le ha metido en la cabeza que la belleza y la juventud son su único capital, así que le preocupa muchísimo la impresión que causa en los demás. Odia su nariz de perfil y cree que sus ojos pequeños, con sus cejas ralas, parecen más grandes vistos desde arriba. Odia un lunar pequeño que tiene en la barbilla, y a menudo lo cubre con la mano o se tapa la boca para que no se vea. A veces usa carmín, o lleva consigo un limón dulce para morderlo y así reforzar el rojo de sus labios. Cuando pasea por los jardines, mete barriga y va girando la sombrilla para que todo el mundo se fije en sus delgados dedos. Pero toda esta atención que Charlotte-Rose le presta a su apariencia no es narcisismo, sino un hábito ansioso, y sus complejos rituales de aseo tienen un único objetivo real: lograr que alguien se enamore de ella.

Charlotte-Rose, como ven, es una romántica. A su madre siempre le ha encantado pasar tardes enteras en la cama leyendo romances y comiendo *petits fours,* y, desde que era pequeña, Charlotte-Rose se encontraba esos libros por ahí tirados y los devoraba. Sus favoritos son las «historias secretas» de personas famosas relacionadas con intrigas amorosas. Esos primeros encuentros reticentes, los labios que apenas rozan el guante, el anhelo, los obstáculos, el beso. ¡Oh, ese beso! ¡Ese alivio exquisito! Nunca piensa en lo que viene después, solo en ese momento, en el que toda la vida de una joven tiembla como el mundo que se refleja en una gota de rocío.

Ha practicado con su mano. Con el espejo. Y ayer se dio cuenta de que se estaba imaginando a Briou, su cara hermosa y tierna. Perdidos en lo más profundo del laberinto al atardecer mientras

canta el ruiseñor, de pronto se encuentran ante la estatua del Amor sujetando una madeja de hilo.

—Ah, qué bella estatua —dice él—. Me conmueve, pues creo que yo podría salir airoso de esta vida si tan solo… —Se interrumpe.

—¿Qué?

—No, ¡es demasiado doloroso, no es posible! —Briou se seca una lágrima como un diamante fugitivo de sus largas pestañas.

—Tal vez pueda satisfacer el deseo de su corazón, señor —replica ella con timidez.

—Imposible. Jamás podría esperar que alguien tan bella como usted pudiera rebajarse a…

Un ataque de tos interrumpe el ensueño. La Delfina señala la mesa.

—¿Me podrías acercar el pañuelo, Charlotte-Rose? ¿Y han llegado mis cartas? Creo que hay una de Alemania, léemelas en voz alta, por favor. —Le da un escalofrío—. Qué frío hace en este palacio con las dichosas corrientes. ¡Y Luis empeñado en que las mujeres vistamos seda en invierno! ¿Es que no se da cuenta de que estamos amoratadas de frío, o es una especie de castigo? Prepárame un *posset.* ¿Y no se puede avivar este fuego? De verdad os digo que este tiempo es malísimo para mi salud.

Charlotte-Rose todavía no se ha decidido por Briou, claro está. Hay un sinnúmero de jóvenes apuestos en la corte a los que se ha imaginado de esta manera, pero ¿cómo se van a enamorar de ella si no está allí para que puedan sacarla a bailar? A menudo se siente como una violeta oculta entre la hierba, que cualquiera podría pisar antes de que nadie llegue a fijarse en ella.

Al menos el salón de madame d'Aulnoy le da una oportunidad para entablar conversación con Briou. Tal vez incluso pueda actuar ante él, si algún día se atreve a representar la historia que ha estado

escribiendo. Y, como Briou también se disfraza de vez en cuando, Charlotte-Rose no ha podido evitar darse cuenta de lo bien que le sienta el papel de Príncipe Encantador. Es el joven con el que más le conviene obsesionarse, y, como dice Madeleine de Scudéry en su novela *Clélie,* «el río de la atracción desemboca demasiado deprisa en un mar de peligros».

En su cuento, una princesa está prisionera en una torre de plata en mitad de un bosque, y el príncipe enamorado usa sus preciosos y larguísimos cabellos para trepar los muros. ¿No es una idea de lo más romántica? Tal vez representen juntos la escena. «Charlotte-Rose, Charlotte-Rose —dirá Briou—, deja caer tus cabellos.» ¡Y ella los dejará caer de golpe! Aunque quizá debería darle una vuelta al nombre del personaje.

En cualquier caso, él dirá: «¿Quieres casarte conmigo, amor mío? ¿Me concederías el honor de ser mi esposa?». O, sencillamente: «Cásate conmigo».

Cásate conmigo cásate conmigo cásate conmigo.

7. EL CUENTO DEL ZAPATITO DE CRISTAL

Llega la noche con sus faroleros. En la Rue Saint-Benoît comienzan a aparecer carruajes de los que se apean hombres y mujeres nobles —bajo capas de bufandas, manguitos y pieles de conejo y castor— frente a los escalones de entrada a la casa de Marie.

Ella los observa llegar a través de los fractales de hielo; el cristal de la ventana es un revoltijo de plumas de cisne. Siente un escalofrío. Hoy está de un humor extraño, exaltado. Antes se ha aventurado al exterior para ir a misa en Sainte-Chapelle, donde las resplandecientes vidrieras lo moteaban todo de rojo y azul, como hace también el frío, y los témpanos de hielo formaban colmillos en las fauces de las gárgolas. ¡Con esta temperatura el cuerpo le vibra como una campana! Después se puso su máscara de terciopelo negro y repartió comida entre los pobres en alcobas diminutas convertidas en tumbas de mármol por la escarcha. Niños pequeños con la tripa llena de nieve hervida. Un gorrión cayó a plomo a sus pies. ¡Cómo le dolía el corazón de ver a mendigos sin guantes, con dedos reducidos a muñones por el frío! Marie terminó dándole los suyos a una mujer, y tuvo que ir sentada sobre las manos en el carruaje de vuelta, escuchando los resoplidos quejumbrosos de los caballos. A través del traqueteo de las ventanas vio cementerios

donde la tierra debía de estar demasiado dura para cavar; cadáveres apilados como lotes de ángeles.

Toda París parece cubierta por una mortaja. En las calles se respira una atmósfera horrible: una especie de entumecimiento infecto, un estupor catatónico que en cualquier momento podría convertirse en un estallido de violencia. Se oyen rumores de ataques a carretas de grano. Rumores de lobos que acechan tras las esquinas, atraídos desde los bosques por el hambre. Nadie le ha dicho nada al rey, claro. Su nueva amante, madame de Maintenon, le dice a la gente que a su majestad no le gusta oír hablar de los pobres, que lo desanima. De vez en cuando, un pensamiento traicionero pasa por la cabeza de madame d'Aulnoy: si ella es aquel camello que no ha de pasar por el ojo de una aguja, ¿qué será entonces el Rey Sol, el hombre más rico y consentido sobre la faz de la tierra?

Sea como sea, aquí estoy. Viva. Ahora. ¡Qué absurda cantidad de riquezas! Siente que sería un pecado desperdiciar su suerte. Debe exprimir toda la felicidad posible de esta casa, de sus preciadas posesiones, de esta alegre reunión de seres queridos. ¿No se le perdonó a María Magdalena untar perfume en los pies de Jesús?

—Champán —proclama—. ¡Que traigan champán!

Una vez que todos se han descongelado junto al fuego, empiezan con un juego de salón por insistencia del abate; le encantan los *bouts-rimés,* en los que las *salonnières* gritan al azar parejas de palabras que riman y él debe improvisar un poema que las conecte. El abate sospecha que su inquebrantable piedad cristiana le impide lucirse con los cuentos de hadas; sin embargo, es un maestro incuestionable de este otro pasatiempo, que premia el talento para regurgitar ripios sin sentido. A los pocos segundos de haber recibido las rimas (razón/estación, copa/sopa), ha

garabateado con gran pompa un poema titulado «Festín poético para una amiga necesitada de distracciones tras una fiebre terciana», que luego procede a declamar sonoramente con los ojos llenos de sentimiento:

Un buen plato de razón
para cualquier estación.
De epigramas varias copas,
y pathos hasta en la sopa…

(Les ahorraré el resto.) Cuando termina, recibe un aplauso cortés y Telesila exclama, hablando por sí misma y nadie más, «¡Bendito sea! ¡Qué erudición!», a lo que añade: «¡Qué afortunadas somos de que nos bendiga con su presencia!». El abate acepta el cumplido con su acostumbrada modestia y baja humildemente los ojos a su escote. Luego se pasea un rato por la sala, luciendo su chaquetita morada con ribetes dorados y reconociendo que Dios le ha otorgado un don fuera de lo común.

Tras un poco de charla y picoteo, le toca a Charles Perrault saciar el apetito de los presentes. Tras los últimos comentarios de madame d'Aulnoy, ha trabajado sin descanso para ofrecerles un cuento de hadas contemporáneo, con la esperanza de ganarse su respeto.

—Se titula «Cenicienta, o el zapatito de cristal» —anuncia alegremente.

—¿De cristal? —pregunta madame d'Aulnoy, intrigada—. Querrá usted decir *vair,* no *verre.*

(En estas historias, el zapato suele ser de *vair,* es decir, de piel, que suena parecido a «cristal» en francés.)

—El zapato de piel siempre me ha parecido una metáfora muy vulgar —replica Charles—. El cristal, sin embargo, es un material moderno: delicado, puro, reluciente.

—Incómodo para bailar, eso sí —señala madame de Murat.

—Solo una auténtica princesa puede bailar de forma tan liviana.

El público acoge esta respuesta con agrado. Charles sonríe entusiasmado y se frota las manos, deseando empezar.

—Veamos, Briou, no le importará ser mi Príncipe Encantador, ¿verdad? ¿Y quién querría ser mi Cenicienta?

Briou se levanta expectante, sonriente, para dirigirse al baúl de los disfraces. No se le escapa que esta noche ha sido objeto de miradas furtivas y coquetas, que el aire vibra con una tensión nueva. Está seguro de que Charlotte-Rose no dejaba de contemplarlo con ojos amorosos y soñadores durante los *bouts-rimés,* con la barbilla apoyada en la palma de la mano, y Angélique parecía tensa como una gata a punto de bufar. Es una sensación gloriosa.

—¡YO! —dicen Angélique y Charlotte-Rose a la vez, sin perder un segundo. Por un momento incómodo, sus dos voces flotan en el aire.

—Esto… ¿Charlotte-Rose, tal vez? —dice Perrault con tono conciliador—. Ya que usted fue mi Caperucita Roja, Angélique.

Y así comienza Perrault su famoso cuento de «Cenicienta», una historia que nadie que la escuche olvidará jamás. Mientras él habla, hasta Marie se ve obligada a reconocerse a sí misma que el cuento es una maravilla; tal vez el más hermoso que se haya contado hasta ese momento en su salón, incluyendo los suyos propios. Como todo gran artista que reconoce a un igual, escucha entusiasmada, con un brillo de interés en la mirada y la creciente sensación de que ha dado comienzo una batalla. ¡Qué imágenes! La muchacha limpiando las sucias cenizas de la chimenea. La gloriosa escena en la que el hada madrina convierte una calabaza en una carroza dorada, seis ratones de una ratonera en caballos rodados de tiro, una rata rechoncha en cochero y lagartijas en lacayos. El zapato de cristal sobre un pequeño cojín. Charles es un genio de las imágenes, eso es

innegable: conjura símbolos que brillan en tu mente, ricos y rebosantes de significado. Y la historia fluye con tal naturalidad, de un modo tan agradable… Marie llega a cerrar los ojos unos segundos, deja que su voz la lleve a un reino muy lejano y, por un momento, se siente como si no fuera responsable de nada de lo que pasa. Como si pudiera abandonarse a aquella voz.

Cuando envejezca y sus largos cabellos se vuelvan grises, Charlotte-Rose también recordará esos breves minutos como uno de los momentos más felices de su vida. Siente que ha nacido para interpretar a Cenicienta. Aunque no es una sirvienta, por supuesto, siempre se ha identificado con la pastorcita de ocas del cuento, cuyas cualidades pasan desapercibidas. ¿Y no es acaso dama de compañía, siempre correteando tras la Delfina? ¿Acaso no se le está negando la oportunidad de ir al baile? Es deliciosamente consciente de la conmovedora imagen que presenta con su disfraz de harapos, descalza, restregando el suelo, y adora ese momento en el que, con un toque de la varita mágica (se esconde tras un biombo), esos ropajes se transforman en un lujoso vestido para el baile y el público exclama boquiabierto mientras ella gira sobre sí misma.

Y el baile con Briou. ¡Oh! La expresión de su rostro, como si estuviera profundamente conmovido, casi trémulo de emoción. El caballeroso roce de su mano en la cintura. Cómo cae de rodillas cuando las campanas dan las doce, aferrando el zapato, con el corazón roto. Esa descarga eléctrica cuando su mano le acaricia la planta del pie al probárselo —¡le queda bien!—, que hace que ella se estremezca de gozo.

Cásate conmigo cásate conmigo cásate conmigo.

Tal vez ustedes no fueran tan distintos de ella. La mayoría de nosotros comenzamos nuestra carrera amorosa enamorándonos perdidamente del amor.

—¡Bravo! ¡Bravo! —grita el público, y el aplauso los cubre cual confeti.

El recuerdo de Briou de esta velada será distinto: lo que recordará es la cálida intuición de un poder creciente. Eso y la moraleja de Perrault, que se le quedará grabada palabra por palabra en la mente y lo acompañará siempre, como un lema vital: «El encanto es el auténtico don de las hadas. Sin él, nada lograrás; con él, todo».

8. EL CUENTO DEL CARNERO

¡Qué privilegio asistir a este salón! Esta noche seremos testigos no solo de la «Cenicienta» de Perrault, sino también de la primera lectura de otro cuento de hadas, quizá incluso más original, de la propia madame Marie d'Aulnoy. Esta nueva historia ha hecho crecer su extraña burbuja de felicidad. Salió a borbotones de su pluma esta semana, como siempre hacen los mejores cuentos, y ella adora la sensación de ser un medio, una vasija de la que se vierte la historia. He utilizado la expresión «a borbotones» de forma metafórica, porque en verdad la tinta se había congelado y tuvo que ir calentándola de vez en cuando con una vela para poder escribir. Ahora se pregunta si su cuento será tan bueno como el de Charles. Anhela que él lo escuche, que lo saboree, frenar su golpe y mostrarse como su igual.

—¿Tienes uno nuevo? —pregunta Telesila, entrelazando las manos sobre el corazón—. ¡Dichosas nosotras!

Es una admiradora acérrima y está convencida de que asistir a la lectura de un nuevo cuento de madame d'Aulnoy la convertirá en la envidia de toda Francia. Casi da saltitos de entusiasmo solo de pensar en las muchas cartas en las que mencionará sutilmente, como de pasada, su presencia en este acontecimiento literario.

—Sí, tengo uno nuevo —dice madame d'Aulnoy—. Se titula «El carnero».

Telesila manda callar a todos y se hace el silencio. La historia —intentaré repetirla tan fielmente como pueda, pero ciñéndome a lo esencial— es en cierto modo una versión previa de «La bella y la bestia», aunque la que ustedes conocen, con la rosaleda y los sirvientes hechizados, la escribió unos cincuenta años más tarde Gabrielle-Suzanne Barbot de Villeneuve.

«El carnero» es la historia de tres princesas. La más joven, Maravillosa, es la favorita de su padre hasta que un día ella le cuenta un sueño que ha tenido: el día de la boda de sus hermanas, él le ofrecía un jarro de agua y le pedía que se lavara. Su padre, un hombre violento, considera que el sueño es insultante y un mal augurio, por lo que ordena que la lleven al bosque para matarla y que le lleven su lengua como prueba de que la orden se ha cumplido.

Naturalmente, el guardia no es capaz de matarla; ningún guardia es capaz de algo así en este tipo de historias. Maravillosa tiene como acompañantes a una sirvienta, un mono y un perro que habla, y todos se apresuran a sacrificarse en su lugar en una escena grotesca y sensiblera. Después de enterrarlos, ella se queda sola. Avanza tambaleándose entre matorrales que le arañan la piel, hasta que de repente oye un balido. Para sorpresa de Maravillosa, se encuentra con un gran carnero en un claro del bosque, con cuernos dorados y una guirnalda alrededor del cuello, descansando en una cama de flores bajo un baldaquino de paño dorado. Pero no deja de ser un carnero, con su nariz como un manchón de tinta negra, moscas en las blancas pestañas y lana del color de la cuajada. A su alrededor pastan cien ovejas adornadas con colores alegres, pero no comen hierba, sino café, sorbetes, helados y dulces, mientras juegan

partidas de naipes.

Pronto el carnero la lleva a una caverna, la entrada a su reino subterráneo. Allí hay prados con miles de flores diferentes, un río ancho de agua de azahar, fuentes de vino y licor español. Hay avenidas enteras de árboles, abarrotados de perdices mejor aderezadas y condimentadas que las que se encuentran en los restaurantes más famosos de París; codornices, conejos pequeños y escribanos. En ciertos lugares, donde el ambiente parece más brumoso, llueve crema de cangrejo, *foie gras* y ragú de mollejas. El palacio está formado por naranjos enmarañados, jazmines, madreselva y rosas de Alejandría, cuyas ramas entrelazadas forman alcobas, armarios y salones, todos cubiertos de una gasa dorada y revestidos con grandes espejos y hermosas pinturas.

El carnero le cuenta la historia de cómo se convirtió en carnero. Una hada vieja y fea llamada Regordeta se enamoró de él y le tendió una trampa cuando estaba cazando. «¡Tienes que amarme!», exigió cuando lo hubo atrapado, poniendo morritos, parpadeando y mirando hacia arriba con gesto inocente. «Seré tu pequeña Regordeta. Te regalaré veinte reinos, cien torres de oro, todo lo que puedas desear. Piensa en lo bajo que he caído. ¡Estoy confesando mi debilidad ante ti, ante ti! Tú, que eres menos que una hormiga comparado con un hada como yo. Tienes que entregarme tu corazón. ¡Exijo que me entregues tu corazón!»

Cuando él le explicó que eso no era posible, porque los corazones no funcionan así, ella le mostró a su rebaño, formado por todos los mortales que la habían ofendido, y le dirigió una sonrisa irónica diciendo: «Te crees que eres un león, pero no eres más que una oveja». Pronunció un conjuro y lo condenó a ser un carnero durante cinco años.

«Desde entonces —dice el carnero— he vagado por el bosque y

os he visto pasar, princesa, junto con vuestras hermanas. Pero no soy más que un carnero, ¿cómo había de acercarme? Me siento muy afortunado de tener esta oportunidad de hablar con vos. He estado muy solo. Reinad conmigo en esta tierra.»

El carnero parece querer tan apasionadamente a Maravillosa que ella acepta quedarse, al menos durante un tiempo. Todos los días él se acerca a ella saltando y brincando y se tumba a sus pies; le acaricia las manos con el hocico. Es un buen conversador. Ella empieza a tomarle cariño y, con el tiempo, a amarlo.

—Una oveja bonita, amable y cariñosa no está mal —comenta madame d'Aulnoy—. Sobre todo si sabes que es un príncipe y que va a recuperar su verdadera forma muy pronto. La princesa pasa los días en paz, esperando su final feliz.

Pero la historia de «El carnero» no tiene un final feliz.

Un día, Maravillosa se entera de que sus hermanas van a casarse y decide asistir a sus bodas. Al oír este deseo, el carnero no puede evitar sentir una punzada, un íntimo presentimiento de infortunio. Pero el mal es inevitable y él no es capaz de retenerla. «Si queréis dejarme —dice—, lo acepto, aunque nunca podré hacer un sacrificio mayor.»

Ella promete regresar pronto. Para ayudarla, el carnero le ofrece un carro de nácar tirado por hipogrifos. Maravillosa llega a la corte de su padre con un vestido espléndido en el momento en que se están celebrando las bodas, y deslumbra a todos los presentes con su belleza. El rey está tan impresionado por esta extraña invitada que la conduce personalmente al salón y le ofrece un jarro de agua para que se lave las preciosas manos.

«¡Mi sueño se ha hecho realidad!», exclama ella. «¡Mirad, soy vuestra hija!»

El rey, que lleva mucho tiempo soportando la carga de la orden

insensata que dio años atrás, llora de alegría al ver que está viva. Sus dos hermanas se lanzan a sus brazos y la besan mil veces. Maravillosa ríe y llora de alegría y les cuenta su historia.

Mientras ella es agasajada por el rey y por sus hermanas, el carnero ve que la hora fijada para su regreso pasa. «Nunca volverá conmigo», bala. «Mi triste cara de oveja le repugna.» Al caer la noche, corre hasta la ciudad. Cuando llega al palacio, pide ver a Maravillosa, pero los guardias están al tanto de sus aventuras y no quieren que vuelva al reino del carnero. No le permiten entrar. Él lanza gritos horribles, amargos lamentos. Al final, se tira al suelo y el corazón se le rompe en el pecho.

Entretanto, Maravillosa y su padre no se han enterado de la tragedia. El rey y su recién recuperada hija suben a la carroza triunfal; él quiere mostrarla a toda la ciudad enfervorecida, a la luz de las miles de antorchas que iluminan las ventanas. Y, sin embargo, ¡qué espectáculo tan horrible les espera a las puertas del palacio! ¡Su carnero muerto en mitad del camino! Ella corre hacia él con un gemido, sabiendo que su tardanza le ha costado la vida. Desearía estar muerta ella también.

Ante esto, Telesila no puede evitar que un débil gemido escape de su garganta.

—Así pues, quedó claro —dice madame d'Aulnoy, terminando su historia con la voz temblorosa de emoción, mientras todo el salón contiene el aliento— que las personas del más alto rango están sujetas, como todas las demás, a los golpes de la Fortuna. Cuántas veces nos sobreviene la mayor desgracia justo cuando creemos haber alcanzado todos los deseos de nuestro corazón.

La acogida es atronadora. Se oyen gritos como «¡Qué maravilla!», «¡Fantástico!», «¡Te has superado!». Marie inclina la cabeza ligeramente ante este aluvión de elogios. Toma un trago de

champán para calmarse y deja que las burbujas se mezclen con su sangre.

—Su cuento más maravilloso hasta ahora —le dice Charles.

—Oh, en absoluto. Dejó usted el listón muy alto.

—¿No fue François de La Rochefoucauld quien dijo en sus máximas —replica él, con la esperanza de resultar ingenioso— que «solo rechaza un halago quien desea ser halagado dos veces»?

—Ah —responde ella—. Pero creo que también dijo: «Solo halagamos de corazón a aquellos que nos admiran».

Charles se ríe con ganas, admirando su admiración.

—El carnero no era muy cristiano, ¿no? —interrumpe Telesila, intentando comprender el final—. Con esos cuernos en la cabeza como Satanás y ese submundo tan hedonista.

—Desde luego —asiente el abate con gesto de aprobación—. Su muerte fue una bendición.

—Yo estaba segura de que se convertiría en un apuesto príncipe y se besarían —comenta Charlotte-Rose. No puede evitar lanzar una mirada a Briou cuando menciona el beso, y los ojos de él se cruzan con los suyos—. Ay, pobre carnero. Creo que el cuento demuestra que no todos los hombres son lobos; ¡algunos son románticos!

—Sí, algunos hombres son corderos —contesta Henriette de Murat—. Como mejor están es asados con romero y ajo y servidos con patatas gratinadas.

—Querida Henriette —se interpone abiertamente la Princesse de Conti—, ¿siempre tienes que ser tan cruel?

—Sí —responde Henriette. Tiene todo el costado amoratado y magullado desde que su marido la tiró por las escaleras y no está para galanteos, si esa ha sido su intención—. Lo considero mi deber moral.

Más tarde, cuando la música empieza otra vez y los invitados

forman corrillos, reticentes todavía a echarse a las calles heladas, Perrault se dirige a Marie, deseoso de seguir hablando sobre el cuento. Estaba guapísima mientras lo contaba, como iluminada por dentro. Es guapísima, piensa. Aunque no es para él, desde luego.

Sin embargo, el cuento ha removido algo en su interior: tenía lágrimas en los ojos al final. Algunos días se siente como un carnero viejo y maltratado, siente que el corazón se le rompe en el pecho. Todo el oro y la flor de azahar de Versalles no significan nada cuando no puedes acariciar un cuerpo cálido. Nunca más. Su cabeza contra la de ella. Dios mío, su boca, la boca de su esposa.

—Maravilloso —le dice a madame d'Aulnoy—. ¡Qué final! Y la moraleja. Es tan… Verá, mi esposa, Dios bendiga su alma, murió dando a luz. ¿Qué fue lo que usted dijo? Cuántas veces nos sobreviene la mayor desgracia justo cuando creemos haber alcanzado todos los deseos de nuestro corazón. Muy cierto, madame. Muy cierto. Cómo desearía haberme dado por satisfecho con lo que ya tenía y no poner en riesgo su vida de ese modo.

—Lo siento mucho —dice ella.

—Debería haberla dejado en paz —añade él, con una voz dura y extraña—. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Los hombres somos bestias. Bestias horribles y lascivas. —Se produce un momento de silencio. Ha mostrado demasiado de sí mismo, y ahora se siente indefenso. Da otro trago de champán y a madame d'Aulnoy le sobreviene una profunda lástima por él—. Aunque no termino de creerme —añade, tratando de recuperar su voz de crítico leído e indiferente, aunque ahora suena horriblemente falsa— que Maravillosa olvidara su promesa. Creo que las mujeres son más fieles en el amor que los hombres.

—Oh, me temo que discrepo —dice madame d'Aulnoy y, bajando la voz hasta un susurro íntimo por una repentina necesidad de

confesar algo, de ofrecer una confidencia propia a cambio de la de él, añade—: ¿Usted conoce mi historia, monsieur? Quizá haya oído que un hombre murió de amor por mí. Lo más terrible es que, con el paso de los años, me he dado cuenta de que apenas pienso en él.

Se quedan un segundo en silencio, unidos de algún modo por la sorpresa, como si se hubieran enseñado el uno al otro las manos manchadas de sangre.

9. EL CUENTO DE LA ISLA DE LOS PLACERES SILENCIOSOS

El salón no se limpia solo. No hay escobas mágicas que barran las cenizas. Los candelabros no se llevan sus manos llameantes a los labios para apagarlas, ni las copas de champán bajan la escalera bailando para meterse en el fregadero. Marie tiene tres hijas, una criada, una cocinera y Mimi, la niñera, y ahora que la fiesta ha acabado se ponen manos a la obra.

Si conocen la historia de D'Aulnoy «El príncipe duende», recordarán un hada que vive en una isla remota solo para mujeres, protegida por amazonas, llamada «La isla de los placeres silenciosos». Últimamente, su casa le recuerda a aquella isla.

Han sobrado petisús rellenos de crema pastelera de castañas y glaseados con *fondant.* Marie permite a Judith, Thérèse y Françoise comer sin platos, de la bandeja a la boca. La pequeña Françoise, de nueve años, siempre empieza lamiendo la capa de glaseado, una imagen bastante repugnante. Françoise es bajita y morena, y tiene la cara más expresiva que se pueda imaginar, como la de un duende. Es un encanto cuando está tranquila, y normalmente lleva su mascota en el hombro, una tití llamada Belle-Belle, regalo del arzobispo de Burgos.

—¡Estos pasteles son como de un sueño! —dice Françoise, propensa a la exageración poética—. ¡Imaginad que nos despertamos ahora y estamos comiendo porquerías!

—Sí, querida Anna —le dice Marie a su siempre atareada cocinera de cabellos grises, que nunca se sienta y siempre tiene al menos dos ollas borboteando en los fogones de la nebulosa cocina —, te has vuelto a superar. Empiezo a creer que eres un ángel de carne y hueso.

—¿Te gustan de castaña? —pregunta Anne, curiosa—. No estaba segura de si sería mejor hacerlos de naranja, pero no había mucho donde elegir hoy en el mercado, y eso que he ido al amanecer.

La niñera, Mimi, tiene ahora un cuerpo como hecho de almohadas blandas. Pelo canoso en la cabeza más uno o dos en la barbilla. Aún tiene buen carácter y es muy efusiva; siempre está repartiendo cosquillas, masajes en los pies y algún que otro azote. Se dedica a apurar el champán de la botella.

—Aquí no se tira nada —dice—. ¡Salud, queridas! —Completa el brindis con un trago—. Tu cuento es el que más me ha gustado, pulguita —le dice a Marie.

—¿Estabas escuchando, Mimi?

—Es posible que haya acercado la oreja a la cerradura. No puedo negar que me gustan los cuentos. Siempre que una mira a un hombre se lo imagina convertido en una bestia, ¿o no? Un duende, un jabalí, una serpiente. Pero esta vez una oveja, ¡eso no me lo esperaba! No sé de dónde sacas esas ideas.

—¿Has escuchado también el cuento de «Cenicienta», de monsieur Perrault? Me ha parecido fantástico.

—Bueno, ya sabemos de dónde saca sus ideas, de las mujeres trabajadoras, y nos tiene en muy poca estima. En fin, tenía algunas florituras bonitas, pero ya sabes que yo estoy un poco anticuada;

creo que el hada tendría que vivir en un fresno al lado de la tumba de su madre, es mucho más poético. Y a las hermanas habría que castigarlas. ¡Él las deja irse de rositas! ¡Y no hay palomas! Tendría que haber palomas en la boda de Cenicienta, ¿no creéis, queridas?

—¡Sí! —asiente Françoise, brillante y voluble—. ¡Los pájaros deberían sacarles los ojos!

—Seguro que su niñera no se lo ha contado bien —dice Mimi, haciendo de su mano un pico y picoteando la cintura de Françoise, que se retuerce con gritos de alegría.

Marie está encantada de haber podido emplear a Mimi al regresar a París. Sabía que la vieja niñera les daría a sus hijas los abrazos que necesitan y que a ella le cuesta dar. Su cuerpo todavía se contrae al contacto cuando recuerda lo que su mente oculta. A veces siente que un trozo de hielo se ha alojado en su corazón.

—Creo que monsieur Perrault intentaba darle un toque refinado a la historia —apunta Marie.

—Pomposo es lo que es —responde Mimi, enemiga declarada del refinamiento.

Belle-Belle, la tití, ha cogido un petisú y se lo está comiendo encaramada a un candelabro.

—Por cierto, ha llegado el correo —dice Berthe, la doncella, con varias cartas en la mano.

Tiene veinte años y es nueva, llegó cuando se casó la última chica. Es muy musical, se pasa el día canturreando para sí. Al entrar, los perros se le lanzan a los tobillos y casi la hacen caer. Una de las cartas tiene el sello real, la flor de lis dorada, y madame d'Aulnoy está a punto de dejarla a un lado para leerla más tarde, pero entonces suelta un débil «¡oh!». Pues, para su sorpresa —y para su horror, aunque lo oculte—, la carta no está dirigida a ella, sino a sus tres hijas.

—Déjame que la abra, déjame —grita Françoise, cuyos ojos veloces ya han localizado su nombre.

Rasga el sobre con torpeza mientras sus hermanas miran con curiosidad por encima de sus hombros.

Dentro hay una invitación para un baile en un grueso papel oficial.

Françoise grita entusiasmada y arrastra a su hermana mayor Judith, la pelirroja, a bailar un vals espontáneo.

—¿Me concede este baile, madame? —dice juguetona, impostando una voz grave y poniendo morritos.

—¿Cree que debemos ir, madre? —pregunta Thérèse, la hija mediana, de nariz solemne y voz apagada, tan pálida que siempre tiene sombras bajo los ojos—. Si el rey quiere…

¿Qué debería decir Marie?

No, hijas, no puedo protegeros en Versalles. Prometedme que nunca saldréis de esta isla.

—No es fácil rechazar a Su Majestad —responde tímidamente.

A un kilómetro, en ese globo de nieve recién agitado que es París, Charles Perrault y Telesila aún están intentando llegar a casa de vuelta del salón y esperan en el helado carruaje a que un lacayo lo saque de la ventisca. Telesila está cada vez más impaciente, porque esa docena de cartas no se van a escribir solas antes de la hora de acostarse.

—Creía que ibas a leer tu cuento esta noche —le dice Charles. Esta semana le ha ayudado con algunas notas sobre el primer borrador de «La diestra princesa».

—¡De ningún modo! ¡No podía ir después de madame d'Aulnoy! —declara Telesila, sonrojándose—. ¿Cómo podría yo suceder a una escritora de fama internacional? ¿Te lo imaginas? ¡Después de la

mismísima Clío, la musa de la historia! —Este es el «nombre de salón» de Marie, que ya ha aparecido en la dedicatoria de varios libros de poesía, aunque a ella nunca se le ha oído usarlo—. ¡Antes me trague la tierra! —añade.

—Eres demasiado modesta.

—No es modestia tener una medida de tu valía en presencia de la más grande, primo. —Tiene la nariz atascada y se la limpia con un pañuelo de encaje genovés, liberando una cascada de esmeraldas—. *Pardonne-moi.* Por no hablar de tu talento, claro. Has estado extraordinario. ¡La calabaza y los ratones! Adorable. Creo que solo el Club de los Sábados de mi gran amiga Safo es mejor que este salón.

Como Telesila acude a todos los salones de París, su veredicto se puede considerar de experta. Safo es el nombre de *salonnière* de la famosa escritora mademoiselle de Scudéry, autora de *Artamène ou le Grand Cyrus*, publicado en diez volúmenes, que con sus 1 954 300 palabras ostenta el dudoso honor de ser la novela más larga jamás escrita. Mademoiselle de Scudéry también es, como Telesila se encarga de recordar a todo el mundo, su más íntima amiga.

—El cuento de «El carnero» ha sido magnífico, estoy de acuerdo —dice Charles. Siempre evita hablar sobre la amiga de Telesila, mademoiselle de Scudéry, por la simple razón de que no ha tenido tiempo de leer su novela.

Siente el vino en sus venas como el brillo de coral del salón, aún dentro de él. No deja de mover los dedos enfundados en los guantes de piel.

—Prima, quería preguntarte… Bueno, es un poco delicado, pero yo sé que las mujeres, entre vosotras, habláis de cosas que no nombráis cuando hay hombres delante. Tengo que reconocer que me intriga nuestra anfitriona. Los años posteriores a la detención de madame d'Aulnoy, esos años perdidos… ¿Tienes idea de qué le

ocurrió?

—Creo que pasó un tiempo en Holanda, Inglaterra y España —dice Telesila—. ¿Su madre no se fue a Inglaterra? Y es muy amiga de Saint-Évremond, ¿no es así? Él estuvo exiliado allí en esa época. Creo que en Madrid asistió a corridas de toros y una vez contó que los españoles tienen cerditos como mascotas, como nosotros tenemos perros, con collares y lacitos, y que todo está tan sazonado con ajo, azafrán y pimienta que apenas podía probar bocado. Me dan escalofríos de pensarlo. Es una mujer de mundo.

—Sus hijas… Al preguntarme qué edad tendrían, no pude por menos que especular.

—Se rumorea que ha tenido grandes y trágicas aventuras amorosas —admite Telesila.

—¿Y cómo habrá acabado regresando a París, pese a la orden de arresto contra ella?

Telesila alza las cejas, que se arquean como si su cara fuese una tetera llenándose. Por fin la tapadera salta.

—Bueno, la gran dama Philis, que solía venir al salón, el Señor la tenga en su gloria, me dijo una vez que habían retirado todos los cargos contra ella por «servicios a la Corona» —susurra con vehemencia—. ¡Ella pensaba que madame d'Aulnoy debió de ser espía!

—¿Espía?

—Al parecer, se rumorea que su madre también fue espía. He de admitir que resulta apasionante.

Pero a Perrault no le agrada oír esto, no sabe bien por qué. Después de todo, quizá Marie haya sido espía de Francia, y el país necesita de hombres y mujeres así de valientes. Eso explicaría cómo se le permitió volver a París sin que la detuviesen: cambió información por libertad. Pero es consciente de que él le ha revelado

detalles muy íntimos, ha mostrado sus debilidades. ¿Lo ha incitado ella a hablar? Perrault ha sido un hombre poderoso. Conoce muchos secretos. Hablar con madame d'Aulnoy con tanta franqueza fue importante para él —a sus ojos, un momento de comprensión mutua —, pero a partir de ahora tendrá que ser más cauto y reservado.

De repente, el carruaje da una sacudida y empieza a moverse de nuevo.

—Gracias al cielo —dice Telesila—. La verdad es que se ha hecho tardísimo y este viaje ya roza los límites de mi paciencia. ¡Imagina viajar a Madrid! No, yo no soy una mujer de mundo, primo. Después de tantas emociones no se me ocurre nada mejor que estar en casa, acurrucada en mi camita y escribiendo mi correspondencia. Sábanas de lino limpias perfumadas con lavanda y un ladrillo caliente envuelto en franela: ¡eso sí que es vida!

10. EL CUENTO DE LA PERA

Debido a su reducido tamaño y a su sabor decepcionante, en Francia llaman a las peras silvestres *poires d'angoisse,* 'peras de la angustia'. Sin embargo, en Versalles, en el huerto de las cocinas, se cultivan, más bien, peras del placer. De los quinientos perales, los mejores suelen dar fruto en enero; los favoritos del rey, una variedad llamada Bon Chrétien d'Hiver, 'buen cristiano de invierno'. Los frutos son grandes, con la parte inferior abultada, el ojo muy hundido y una piel poco rugosa y de un amarillo pálido, con un rubor rojo en la zona donde les da el sol. Se caracterizan por su pulpa blanda, ligeramente aromática y casi traslúcida, que rezuma un jugo azucarado que inunda la boca cuando las muerdes. El jardinero, Jean-Baptiste de La Quintinie, dice que cuando una pera está madura, el cuello cede al tacto y desprende un leve aroma a rosas mojadas.

Pero este invierno no han madurado, sino que se han helado hasta quedar rígidas como oro macizo. Bandadas de cuervos se posan en las ramas de los perales, picoteando la escarcha que se forma sobre ellas. Se han convertido en fruta de hadas, en prodigiosos pendientes. ¿Qué darían ustedes por probar una?

11. EL CUENTO DEL SAPO

Pese a todo, siempre llega la primavera. ¿No es mágico? La magia insondable del mundo.

Marzo trae consigo el inmenso alivio del deshielo, esa liberación de todas las cargas, esa suavización: los colmillos y los puñales del invierno se tornan blandos y romos; pequeños trozos de hielo se deslizan al vacío sobre resbaladizos charquitos de sí mismos; todo gotea y rezuma y forma pequeños riachuelos y arroyuelos, suaves dedos cristalinos que se abren paso a tientas hacia el mar; un pequeño universo bulle atareado.

Vuelve el sol y, con él, el sexo. Los tulipanes, que en origen eran flores silvestres de Asia Central (en persa, *tulipan* significa 'turbante'), crecen y hacen reverencias en la cálida tierra de Versalles, con sus pétalos «rotos» por llamas carmesí. Los pájaros madrugadores comienzan su canción, un cortejo matutino de tordos y alondras. Los amentos cuelgan como suaves y diminutas medias de elfo. Los sauces se cubren de pelucas de hadas. El espino y el endrino se empolvan y se ponen sus lunares para llamar la atención de las abejas.

El corazón de una rana congelada puede dejar de latir y volver a la vida cuando se descongela. Una pareja de ranas hace la cucharita

en el estanque, el macho agarra las patas delanteras de la hembra con la vista nublada por el instinto, rociando esperma sobre los huevos que se deslizan al agua, un amasijo gelatinoso de bolas de cristal.

Un sapo se planta de un salto en el camino y la Princesse de Conti lo recoge. Está cubierto de un moco resbaladizo.

—Puaj —dice ella—. Menudo príncipe pringoso estás hecho. Tú te quedas sin beso. —Lo devuelve a la charca—. Anda, córrete ahí.

La Princesse de Conti está en celo. Esta mañana ha salido de caza a caballo —deslumbrante con su chaqueta de hombre y sus pantalones de seda negros— y la fricción de la montura entre las piernas le ha resultado casi insoportable; sentía que corría el riesgo de desmayarse de placer, de tan lábil y sensible como tiene esa zona. No hay escasez de penes a su disposición, por supuesto, pero su celo no va por ahí. El baboso de su marido ha sido un desastre en la cama desde su noche de bodas y no tienen descendencia.

De un tiempo a esta parte, los hombres le revuelven el estómago, no siente el más mínimo apetito por ellos. La culpa es de sus padres, lo tiene claro. Y eso que no se han molestado en pasar mucho tiempo con ella. La princesa creció a una distancia prudencial de Versalles. Madame de Maintenon, que por aquel entonces era institutriz, la crio junto con sus otros hermanos bastardos en la casa secreta de la Rue de Vaugirard. Aunque ahora ha sido legitimada oficialmente, esa vergüenza no termina de desaparecer, y tiene la sospecha de que su presencia en la corte se tolera, nada más. Athénaïs solo se dirige a ella en privado de vez en cuando para decirle que haga algo con su vida y que deje de fumar. Aun así, en estos momentos es imposible abstraerse del drama grotesco que es la relación de Luis con Athénaïs; se han escrito baladas sobre el tema a lo largo y ancho del continente. La princesa ha construido

toda su personalidad sobre unos cimientos opuestos a los de su madre biológica, que le repugna: tan necesitada de atención, tan maquillada, tan femenina, tan empalagosa. Uf. ¡Ese sinfín de tretas desesperadas para arrastrar al monarca a sus aposentos! ¡Qué interminable sucesión de viles artimañas requieren últimamente las erecciones del rey!

Tampoco ayuda que al rey, tras mucho tiempo sufriendo dolor de esfínter —y después de que Fagon tratara de sanarlo con métodos agónicos, todos los cuales requerían el uso de un hurgón al rojo vivo y pétalos de rosa empapados en vino de Borgoña—, finalmente le diagnosticaran una fístula anal. El cirujano, Felix, tuvo que desarrollar un instrumento nuevo, la sonda real, y matar a varios pacientes de sangre menos noble en las sucesivas pruebas, hasta que finalmente operó con éxito al monarca, un acontecimiento por el que, al parecer, toda Francia está de enhorabuena. Según el periódico *Le Mercure galant,* este ha sido declarado el Año de la Fístula. La mitad de los cortesanos han empezado a pasearse por ahí con el trasero vendado a modo de homenaje. Menuda panda de bufones. Hasta qué punto son capaces de rebajarse los hombres.

Recuerda un cuento de hadas que contaron en el salón: había una vez un príncipe que tenía una nariz enorme, y los cortesanos les tiraban de la nariz a sus hijos todas las mañanas para alargárselas.

A quien ella quiere es a madame de Murat. A Henriette. Cómo la ha evitado estas últimas semanas, y solo ha logrado acrecentar su hambre. Está famélica de Henriette. Quiere morderle el cuello. Saborear su coño en la punta de sus dedos. ¡Dios!

Normalmente, beber le alivia un poco. Decide volver dentro, jugar un par de partidas de naipes, tomar un poco de vino. Una buena copa de tinto. Ayer bebió demasiado y —como sin duda escribirán más adelante los cronistas de palacio— terminó

devolviendo en todas direcciones los diversos vinos que había ingerido. No, tiene que solucionar lo de Henriette, ¿pero cómo? Esta semana hay otro salón en casa de Marie; si pudiera hacerle llegar una nota… Eso es, le escribirá una carta. El tipo de carta que escriben los libertinos en las novelas, un instrumento de seducción.

La Princesse de Conti se dirige a sus aposentos, dejando atrás las esfinges y el emparrado y los innumerables jardineros, y se adentra en la fresca sombra del palacio. Pasa por delante de la capilla, de la cabra a la que están ordeñando junto a un cuadro de Juno. Por fin escancia el vino, enciende la pipa y se sienta ante su escritorio. Moja la pluma en la tinta.

Querida Henriette:

Hay quien dice que se levanta con Dios, pero yo me he levantado hoy, como cada día, pensando en el objeto de mi amor, pues en ella pienso sin cesar. Pensé en ti en la cacería, porque matar no entraña emoción alguna cuando la única criatura a la que deseo cazar es a ti, mi cierva blanca, y sentir los espasmos de tu pequeña muerte apresando mis dedos. Cuando me doy placer, imagino tus ojos volviéndose al interior de tu cabeza, tu suspiro como un estertor.

Te escribo, cruel hermana mía, porque aunque esta tarde te tendré tan cerca como para tocar ese tierno y blanco cuello, esa cintura, esos dedos cuyo mero recuerdo me hace estremecer —el puño que formaron dentro de mí—, no podré tocarte, y eso es una agonía. No soporto seguir en vilo: he de conocer mi destino, he de saber si he sido desterrada para siempre del edén de tus brazos. ¿Tienes miedo? ¿Temes por tu alma acaso? ¿Has leído la teoría del amor del filósofo griego Platón? Él cree que el amor es el resultado de que una sola

alma habita dos cuerpos. Zeus nos cortó por la mitad, nos abrió en canal. Pues bien, yo siento que tu alma y la mía han sido una. He vagado por la tierra muchas vidas para volver a encontrarte, Henriette, ¡no puedo perderte ahora! Es mi destino, estoy convencida, entrelazar mis piernas con las tuyas, besarte sin descanso, por todas partes, para siempre.

Querida mía, solo sé que estoy profundamente enamorada de ti. Si lo sabes y aun así me rechazas, eres tan cruel que no debería amarte, pero no puedo evitarlo. Por favor, vuelve en mi carruaje o promete reunirte conmigo —envíame una señal —, pues eres a la vez la fiebre que me consume y su remedio.

Siempre,

Tu princesa

Buena carta, sí señora. Considera que ha sabido sacar a su Lothario interior. Muy erótica. Romántica, incluso. Y tal vez hasta sea cierto, piensa mientras se seca la tinta —verlo escrito es como una revelación—, ¡tal vez de verdad la ame! La cera deja caer una sola gota derretida para sellar el sobre, roja como un labio mordido. Hecho lo cual, la Princesse de Conti se va a la cama a masturbarse, y luego busca a su ayuda de cámara y le pregunta dónde podría conseguir un consolador sin que nadie se entere.

12. EL CUENTO DE LA DIESTRA PRINCESA

Angélique llega al salón la primera, con Madame Miau bajo el brazo.

Madame d'Aulnoy está colocando flores por toda la sala: brazadas de lirios, peonías y narcisos, heraldos de la primavera, en jarrones de porcelana. Sus hijas la ayudan. Fueron al baile el mes pasado y todo fue bien, todo fue de maravilla. Estaban preciosas con sus vestidos —dorado, plateado y azul celeste para Françoise— y solo bailaron con niños pequeños y bebieron limonada. «El rey le dijo a Thérèse que le recordaba a alguien», informó Françoise, y las niñas lo interpretaron como un cumplido, pero más allá de eso no pasó gran cosa, para alivio de Marie.

Las niñas le hacen arrumacos a la gata. Madame Miau tiene carita de aristócrata, con ojos lechosos como ópalos azulados, bigotes finos que se agitan en sus mejillas, cejas en las que parecen engancharse hebras de sol y una lengua pulcra como un retal de seda rosa. Es más suave que el visón cuando la acaricias. Y, ahora que lo piensa, a Marie d'Aulnoy la propia Angélique también le recuerda a una hermosa gata blanca que solo quiere tenderse en un rincón soleado o mordisquear galletitas de la palma de tu mano y que la acaricies hasta que empiece a ronronear.

—Me alegro de verte, Angélique —dice Marie—. Berthe, por favor, pídele a Anne que prepare un chocolate caliente y la cajita violeta de confites; nos los tomaremos en el jardín antes de pasar al salón.

—Sí, señora.

—¿No te importa? —pregunta Angélique—. No quería molestarte, pero…

—No es molestia, por supuesto, ya casi he terminado aquí. Ven, vamos a sentarnos bajo el magnolio, se está muy bien.

Una vez que se han instalado bajo las flores, Marie le ofrece la cajita violeta y pregunta:

—Veamos, ¿qué te aflige?

Angélique toma un bombón, muerde el chocolate y siente cómo el licor le inunda la boca.

—Mi marido, Claude —dice, tragando—. Ay, Marie, creo que he cometido un terrible error con él. Ha estado viajando, ya sabes, así que yo he seguido con mi vida como siempre, tratando de no pensar mucho en él, pero tengo mis necesidades, claro… Las mujeres queremos que nos digan que estamos guapas cuando nos ponemos un vestido nuevo, que nos lo diga un hombre, quiero decir. Y las mujeres necesitamos contacto físico, ¿no es cierto? A mí me hacen falta abrazos, Marie, yo soy así. Tú seguro que los echas de menos, ¿verdad?

La boca de Marie se cierra sin morder nada y luego vuelve a abrirse, como si estuviese esperando su propia reacción. Siempre evita las preguntas sobre sus sentimientos como quien huye del fuego. Pero, por suerte, las dos llegan rápidamente a la conclusión de que Angélique no buscaba una respuesta sincera, sino tan solo un asentimiento reconfortante, que Marie ofrece gustosa. La vida interior de los demás supone un desvío de la atención de todo el

mundo que Angélique nunca ha llevado demasiado bien.

—Pero me las he apañado —continúa—. Y tenía muchas ganas de que él volviera de Venecia esta semana, pensé que quizá me traería algún detallito… Hacen un vidrio precioso en Murano, y está también el encaje de Burano, y las máscaras, y el papel jaspeado, y esas galletitas de mantequilla tan pequeñas… Total, que me puse un vestido nuevo y perfume, y un lunar monísimo con forma de corazón negro junto a la comisura de los labios, *à la coquette,* todo para estar guapa cuando él llegara. Echo de menos a mi madre, ¿sabes? No tenía mucho instinto maternal para según qué cosas, pero siempre me vestía como una muñequita, y yo me sentía la niña más guapa del mundo entero. Bueno, el caso es que volvió a casa y… Ay, Marie. Ni siquiera quería tocarme. Fui a rozarle el brazo y se apartó de golpe, como si no quisiera ni… ni escupirme. —Comienza a sollozar.

—Ay, mi querida Angélique, cuánto lo siento —dice madame d'Aulnoy.

—Como si yo no fuera más que una vieja bruja…

—Eres preciosa, Angélique. Todas lo pensamos.

—Y luego me pidió dinero. ¡De mi asignación! Pero este año es como si se evaporara, ha subido el precio de todo, según me dice Moura, el mayordomo, y es un hombre honesto, confío en él… No sé qué haría sin él, de hecho, es un regalo del cielo. Y el rey pretende que nos gastemos dinero en encaje francés y en vestidos para los bailes, habrá que mantener las apariencias, y además… ¡Claude ni siquiera dijo para qué lo quería!

—¿Pero sabes de qué puede tratarse? ¿Crees que se habrá endeudado?

—Yo creía que era rico, Marie. ¡Por eso me casé con él! Siempre me ha preocupado que los hombres solo me quieran por mi dinero,

¿sabes? Hay tanto arribista… Pero él tenía muchísimo dinero, o eso parecía… Le dijo a mi tía que poseía una gran fortuna. Una vez me trajo el ramo de flores más ostentoso que he visto en mi vida, entreverado con diamantes, y dijo que eso era solo un aperitivo, te lo juro. Y a mí me gustan las joyas. ¿A qué mujer no le gusta darle un poco de brillo a su vida? Además… ¿Quién no quiere que la mimen, sabes? Pero también pensé: no va a por mi dinero. No lo necesita. Me quiere a mí. Siempre me decía lo adorable que era mi hoyuelo. Y ahora me siento estúpida, Marie. Dice que soy…

—No hace falta…

—Una vieja borracha —concluye, hipando—. ¡Ni siquiera bebo vino antes de la comida, Marie!

—Pues no le des el dinero. Esas no son formas de pedir un favor. ¿Dices que confías en Moura? Tenlo cerca. Pídele que monte guardia en tu puerta si es necesario. ¿Crees que podrías conseguir la nulidad matrimonial?

—El caso es que he encontrado consuelo en un hombre estos últimos meses —dice Angélique con los labios temblorosos, acariciando el vientre de su gata con sus ocho pezones como brotes de cerezo—. Bueno, en dos, mejor dicho. Uno era un capitán de la guardia real, guapísimo, y luego había otro joven al que quizá conozcas… Pero últimamente ha perdido interés, hace días que no viene a verme, y eso ha hecho que de pronto me sienta viejísima. Me miré en el espejo esta mañana y pensé: Dios mío, tu piel parece un trozo de papel con el que haya estado jugando un niño.

—Versalles está lleno de jóvenes como ese, Angélique, no eres tú la que es desechable.

Marie reconforta a su amiga, dando por hecho que está hablando de Briou, aunque siente, por un brevísimo instante, una punzada de compasión por Claude; la intuición de que él también

tendrá su versión de la historia. Después de todo, la herencia de Angélique no es una cualidad moral innata, y la fortuna de Claude puede haberse visto alterada por motivos aún desconocidos, como suele ocurrir con las fortunas.

—En fin, el caso es que Claude dice que va a pedir una *lettre de cachet* por mis infidelidades. ¡Dice que, si no le doy el dinero, me encerrará, Marie! Y no sé cómo se ha enterado.

Esto ya es más serio, y todo rastro de empatía con el punto de vista de Claude se desvanece de inmediato. En la Francia de esta época, a las mujeres ricas se las suele encerrar por conveniencia de los hombres; las mandan a un convento, a la cárcel o al exilio. Una *lettre de cachet* es una orden secreta del rey, que está hecho todo un carcelero. Madame d'Aulnoy recuerda con un escalofrío el clic del candado tantos años atrás, cómo intentó calmar el llanto de su recién nacida paseándola en círculos sin cesar por la estrecha habitación de piedra de esa torre.

—Me arrancó las joyas del cuello para empeñarlas, te lo juro. Mira…

Angélique tiene una marca roja en el cuello por el tirón que le ha dado Claude. Madame d'Aulnoy se queda helada al verla; la invade una especie de clarividencia:

Blanca nieve rosa roja blanca nieve

—Intenta protegerte, Angélique. Tal vez sea mejor renunciar a esos *affaires* por el momento…

Aunque tienen mucho de que hablar, se anuncia la llegada de los demás invitados y se ven obligadas a regresar al salón. Angélique pasa por el dormitorio de Marie para empolvarse el rostro y retocarse el colorete, surcado ahora por lágrimas.

Charles y Telesila han llegado los primeros, y los han recibido las

hijas de Marie —Charles insiste en presentarse a cada una de ellas y memoriza sus nombres («¿Y alguna de vosotras quiere ser un hada de mayor, como vuestra madre?»)— y la mona, enseñando los dientes. Después llega la Princesse de Conti, con sus andares arrogantes y la carta para Henriette enrollada en la faltriquera.

Para regocijo de Marie, un viejo amigo suyo, Saint-Évremond, está en París y ha llevado consigo a la anciana autora y cortesana Ninon de l'Enclos. Saint-Évremond tiene un extraño bulto en la cabeza, como un cuerno incipiente entre las cejas, que lo hace parecer una bestia con camisa de seda.

—¡Cuánto tiempo! —le dice a Marie—. Pero es un placer verte en el corazón de la vida literaria de París, donde te corresponde. Estos *contes de fées* no dejan de causar sensación en la ciudad.

—Los años vuelan —responde ella—. Pero tú estás igual, querido amigo.

—No sé si eso es un cumplido, Marie, pero me lo tomaré como tal. Últimamente me duele todo, pero no me quejo. Lo mejor que puede hacer un hombre que ya no es joven es olvidar que alguna vez lo fue.

Hay otros que vienen por primera vez, prueba de que la reputación del salón va en aumento: la duquesa de Nemours hace su aparición, seguida de Henriette, que llega tarde y ha traído a un primo suyo (una excusa para no estar a solas conmigo, piensa la Princesse de Conti, irritada, aunque no pierde la fe en el poder de su carta).

Anne está repartiendo sorbetes de piña para celebrar el buen tiempo mientras Mimi se pelea con la mona, de rostro viejo y arrugado y pobladas patillas blancas: «¡Belle-Belle! ¡Fuera! ¡Largo de aquí!».

—Mis felicitaciones a la cocinera —le dice Perrault a Anne tras

engullir una tonificante cucharada—. ¡Cómo brotan los manjares de su cocina! ¡Un sueño tropical! Su señora es la envidia de todos nosotros por tener a su servicio a una maravilla como usted, querida.

Anne, que no sabe recibir cumplidos, agacha la cabeza de cabellos plateados y se aleja apresuradamente, como si fuera uno de los galgos.

—¿Empezamos, pues? —pregunta Marie a la bulliciosa sala.

—Pero… ¡falta Briou! —exclama Angélique atropelladamente en su intento de contener tantas emociones a la vez—. ¿Cómo vamos a hacer el príncipe sin él?

—Y Charlotte no ha llegado aún —dice Telesila—. La vi este domingo en Saint-Sulpice con su madre y me dijo que hoy venía seguro. Tiene una historia nueva, sobre una princesa encerrada en una torre, y un príncipe se enamora de ella y…

Todos los presentes saben, por supuesto, cómo funcionan las historias: circunstancias, acciones, consecuencias. No tardan en seguir el hilo narrativo y terminan imaginándose lo mismo: el Sueño del Primer Amor. Charlotte-Rose y Briou, besándose.

—Ah —dice Telesila. Acaba de caer ella misma en la cuenta, y la vergüenza aflora como sendos amaneceres en sus mejillas—. Oh. Pero tal vez se encuentre mal, quién sabe. A mí también me afecta mucho el polen en esta época del año, ¿a vosotras no? *Achís.* Míralo. Disculpadme, no digo más que tonterías.

—Telesila —interviene Marie d'Aulnoy—, nos prometiste que hoy tendríamos la fortuna de asistir a tu debut. Espero que puedas confirmar la buena nueva de que te unes a nuestro grupo de las Hadas Modernas, *¡Les Fées Modernes!* ¿Tendrías la amabilidad de inaugurar la velada?

—Oh, no —dice Telesila—. Me parece un honor demasiado

grande.

—En absoluto, el honor es nuestro. ¡Sin duda, tu debut hará historia! Dinos, amiga mía, ¿cómo se titula tu cuento?

—«La diestra princesa» —admite Telesila.

—Bravo, a mí ya me gusta —comenta la Princesse de Conti, dando una calada a su pipa.

Y así, Marie-Jeanne L'Héritier de Villandon, Telesila para nosotros, comienza su historia de «La diestra princesa» —o «La princesa hábil», como se traduce a veces—, que es ciertamente memorable, tal y como predice su anfitriona. Más tarde la publicará en su colección *Bigarrures ingenieuses* de 1697, poco después de alcanzar el enorme prestigio de ser la primera mujer elegida para formar parte de una de las exclusivas academias francesas, en Toulouse, y de ser nombrada una de las nueve musas por la Academia de los Resguardados. Si comparten mi gusto, tal vez disfruten más con esta historia que con «El vestido de la honestidad», ese otro cuento suyo, enrevesado y mojigato, que parece prefigurar «El traje nuevo del emperador»: habla de un vestido en el que aparecen imágenes de mujeres virtuosas, tales como Penélope, solo si quien lo lleva es virgen. Pero también hay que admitir que, en este momento, el cuento desconcierta bastante a los allí presentes.

Trata sobre una muchacha llamada Finilla que tiene dos hermanas mayores: la indolente Perezosa, que se pasa la vida deambulando en camisón y pantuflas, y Parlanchina, conocida por su incesante parloteo. Su madre ha muerto y su padre, el rey, se ve obligado a partir de viaje. Así que, para proteger la virtud de sus hijas, decide encerrarlas a las tres en un castillo. A cada una de ellas le entrega una rueca de vidrio que se hará añicos si su virtud se quiebra.

Pero he aquí que el hijo de su enemigo, un joven varonil llamado Cauteloso, está al acecho. Disfrazado de mendiga, engaña a Perezosa y a Parlanchina para que lo dejen entrar en el castillo. Hecho esto, les confiesa que es un príncipe y, con agasajos y promesas de matrimonio, inevitablemente logra hacer añicos sus ruecas.

—El mundo está lleno de pobres incautas como ellas —comenta Telesila mientras toda la sala, sin duda, dedica un sombrío pensamiento al estado de la virtud de Charlotte-Rose.

Pero Finilla es diferente. Cuando él se le acerca, se la encuentra jugueteando con un hacha como si fuera un «delicado abanico». Ella le promete una cama mullida y le construye un lecho sobre una precaria estructura que lo hace caer varias decenas de metros hasta aterrizar en las cloacas del castillo, con las aguas fecales.

No obstante, sus hermanas están embarazadas de él, y Cauteloso vuelve al acecho, ávido de venganza. Como sabe que las hermanas anhelan comer fruta, deja una cesta de ciruelas dulces y albaricoques en la puerta. Ellas le ruegan a Finilla que vaya a recogerla, y así es como Cauteloso la atrapa. Le muestra a Finilla un barril lleno de cristales rotos, cuchillas y hojas afiladas y la amenaza con meterla dentro y hacerla rodar por una pendiente. Pero, mientras él se pavonea, ella lo empuja dentro de una patada y lo lanza montaña abajo.

Más tarde, furioso por estar al borde de la muerte a causa de su propio plan malvado, Cauteloso obliga a su hermano Apuesto a prometerle que se casará con Finilla y luego la apuñalará en su noche de bodas. Cuando le llevan a sus dos bebés recién nacidos a sus aposentos, su llanto ensordecedor acaba con la vida del agonizante Cauteloso.

Resulta que Apuesto está sinceramente enamorado de Finilla,

pero las promesas que se hacen a los hermanos son más importantes que las meras mujeres, de modo que se apresta a matarla. Por fortuna, Finilla deja una muñeca en la cama, hecha de paja, entrañas de animales y una vejiga de oveja llena de sangre. Él apuñala la muñeca y, como luego parece profundamente arrepentido por el desastre, todos viven felices y comen perdices.

—Bueno, salvo Perezosa —concluye, Telesila—, a la que ponen a trabajar como castigo y termina muriendo del disgusto, y Parlanchina, que se abre la cabeza tratando de escapar del castillo. Fin.

Sigue un largo silencio.

—Vaya —dice la Princesse de Conti con un suspiro.

—Querida Telesila —dice Henriette, liberando la tensión con una risotada—, eres absolutamente sanguinaria. ¿Quién nos iba a decir que bajo esa fachada afable se ocultaban imágenes tan oscuras y retorcidas? ¡Yo me esperaba algo piadoso, y tú te las has apañado para que el príncipe se precipite sobre un montón de mierda! Me gustaría escuchar más historias sobre hombres que caen a alcantarillas. Tal vez me una a esta nueva moda tuya.

—Bravo —exclama Perrault, comenzando a aplaudir para recordarles a las demás que hagan otro tanto. Al fin vuelven en sí y se unen a él—. ¡Muy dramático, prima! ¡Y el truco de la cama! En la versión de Basile, creo recordar que la muñeca estaba hecha de masa de pastel, y él lloraba arrepentido al oler el dulce aroma de su amada, ¿no es cierto? Pero una vejiga de oveja llena de sangre, vaya, vaya. Desde luego, el efecto es muy distinto.

—¿No me he excedido, primo? —pregunta Telesila, cuestionando de pronto sus decisiones artísticas—. Ay, me he excedido, ¿a que sí? Yo quería dar una sensación de sencillez rústica, y este tipo de historias siempre se llenan de impurezas al pasar por boca del

pueblo llano, como el agua que pasa por una cloaca sucia… ¿Pero te ha parecido demasiado tosco para esta ilustre concurrencia?

—En absoluto —dice madame d'Aulnoy, que tiene por regla tratar con amabilidad a todas las debutantes de su salón—. ¡Estábamos cautivadas! Es un auténtico don dejar a toda una sala sin aliento. ¡Y qué divertido que Cauteloso muera por oír los chillidos de sus propios bebés!

—Más de un hombre ha muerto en circunstancias similares —observa el primo de Henriette, que tiene doce hijos y un aspecto bastante demacrado.

—Yo culpo al padre —comenta la Princesse de Conti—. A quién se le ocurre encerrar a las niñas con ruecas de vidrio. La tragedia era inevitable.

Está pensando en su consolador, que ya ha llegado, pero también en lo absurda que resulta esta agotadora obsesión con la pureza femenina, cuando las impuras son mucho mejores en la cama. ¿A quién beneficia excepto a las frígidas? A la incólume Telesila, que tiene pesadillas sobre noches de bodas y sobre todas esas cuchillas ocultas en el coño, perdón, en el barril.

Continúan las historias. Henriette ha escrito una titulada «El castigo afortunado», en la que aparece un perro llamado Blanc-Blanc y un puente de rosas blancas, pero a la Princesse de Conti le cuesta concentrarse en todo lo que no sea la mejor manera de deslizar su carta entre los dedos de Henriette. Como la persona de más alto rango, es costumbre que ella se siente, pero hasta las princesas tienen que ir al baño de vez en cuando… O tal vez podría acercarse a la ventana una vez que termine la historia, como para admirar el brillo dorado de la luz vespertina sobre París, que ha iluminado el magnolio cual candelabro.

Henriette termina su cuento con una boda.

—Aunque no entraré en detalles —explica, con una sonrisa irónica—. Pues, por agradable que resulten para los dos amantes, las bodas casi siempre son ocasiones de lo más aburridas para el resto de los asistentes.

Esto provoca gran hilaridad.

—Nadie cierra una historia como tú, Henriette —dice Marie—. Eres la más ingeniosa de todas nosotras.

La Princesse de Conti se levanta mareada. Ha bebido bastante vino hoy, más de dos botellas, y piensa seguir bebiendo. Tambaleándose ligeramente, se dispone a cruzar la atestada sala en dirección a Henriette, sus blancos antebrazos, sus alargados ojos marrones en esa carita fiera y afilada. *Seré la diestra princesa,* piensa. *La princesa hábil.* Introduce los dedos con ansia en la faltriquera que lleva prendida del cinturón, pero se percata, alarmada, de que está vacía. No, no es posible, deben de ser los nervios. Hunde la mano en su interior mientras lanza miradas furtivas a la alfombra, al sillón, pero es en vano: su carta de amor ha desaparecido.

13. EL CUENTO DE LA PIEL DE OSO

Cae la noche en Versalles, bajo los farolillos de papel rosa que resplandecen en los jardines. Las fuentes bailan en la arboleda. El aroma de mil nardos, el chapoteo de la gente jugueteando en las góndolas, alguien tocando un arpa. En el cielo, las estrellas forman caminos de migas de pan. Incluso el búho ulula, como para dar ambiente.

Después de mucho champán, Charlotte-Rose de la Force se ha quedado dormida en el regazo de Briou bajo un pabellón de tela dorada. Lo cierto es que no tienen muchos lugares adonde ir. Hay tantos nobles hacinados en el ala norte que han troceado las habitaciones en pequeños espacios sin ventanas o con vistas a lúgubres pozos interiores. Charlotte-Rose ha acabado en uno de los más infames, y su criada duerme en el armario.

No, él prefiere tenderse allí, a su aire. Aspira el aroma de ella.

Han pasado una noche espléndida. Se cuenta que, cuando el monje Dom Pérignon inventó el champán, exclamó: «¡Venid corriendo, estoy saboreando las estrellas!». Esta noche, Briou también ha bebido estrellas. Se han divertido mucho, bailando y jugando a los dados (ella besó los suyos para darle suerte y funcionó). Y Charlotte-Rose es bellísima, lo cual también ayuda;

todos sus amigos le daban palmadas en la espalda («¡Así se hace, Briou!», «¡Bien jugado!»). A medida que avanzaba la velada, especialmente cuando estaban contemplando los fuegos artificiales y ella jugueteaba con su mano, se ha ido sintiendo cada vez más seguro de que va a arrebatarle la virginidad. La va a desflorar, algo que sin duda debería excitarle. Le da la risa tonta solo de pensarlo. Briou recuerda las palabras de Don Juan en la obra de Molière: «La belleza me abraza allí donde la encuentro, y puedo fácilmente dejarme llevar por la dulce furia con la que me arrastra». Así lo imagina él: la dulce furia de un nuevo Don Juan.

Su cabeza es tan hermosa… Perfecta, la verdad. Un levísimo rubor, como el de un pétalo. Esa boca somnolienta con una burbuja en su interior. Un rizo de su cabello en la frente. Estar con ella es completamente distinto de estar con otras mujeres.

A Briou también se le empiezan a cerrar los ojos. La barbilla se inclina buscando el cuello cuando su cabeza se rinde. Empieza a soñar y su miembro se endurece. La cabeza de Charlotte-Rose, su tierno rostro, se desploma inconscientemente contra él como una piedra que cae rodando a las puertas de la cueva del tesoro.

Él empieza a mecerse muy suavemente contra su mejilla, su verga bajo los pantalones tan cerca de esa boca, de esos dientes perfectos. La presión crece, una sensación vaga y mareante que empieza a tomar cuerpo como una tormenta en su interior. Lo vence el animal que lleva dentro, el lobo, la serpiente erguida.

Se despierta de golpe. ¿Dónde está? ¿Charlotte? Ah, está en su regazo. Blancanieves esperando su beso. Sí, debería besarla. O quizá sea la Bella Durmiente y él esté atravesando una maraña de rosales con su machete para alcanzarla, más cerca, más cerca de su cuerpo inmaculado durante cien años; solo suyo, solo él puede poseerlo, acariciarlo. ¡Dios! No puede parar, más cerca, más cerca, va a tener

su final feliz, se va a correr, ¡oh, oh!

En ese momento, ella se despierta.

—¿Briou? —dice, como si no reconociera su mirada de animal y su respiración jadeante—. ¿Briou? ¿Pero qué haces?

Entonces besa a Charlotte-Rose, presa del pánico porque no puede hablar: la toma entre sus brazos e invade su boca con la lengua, al estilo francés, mientras tiene un orgasmo silencioso, casi doloroso. El esperma brota dentro de sus calzones en detestables chorros. Se agita como una carroza en un pedregal.

La boca de Charlotte-Rose sabe a cítricos.

—¡Oh! —exclama ella, confusa. ¿Sería ese el beso de amor verdadero? Ha sido intenso, sin duda, aunque no tan delicado como esperaba, y más húmedo, desde luego—. Dios mío, esto… Oh, Briou, ¿de verdad te gusto?

—Tengo que irme —farfulla él.

El líquido que se va filtrando a través de sus calzones es como el repicar de las doce campanadas de medianoche. Se levanta alarmado.

—¡No puedes irte ahora! —exclama ella. Este es el momento más importante de su vida. ¿Está de broma?

—¿Quieres casarte conmigo? —balbucea Briou impulsivamente, o quizá casi por educación. Porque esto forma parte del guion que los niños, al igual que las niñas, aprenden desde la cuna, ¿no es cierto?

—¡Claro que sí! —exclama ella encantada—. ¡Oh, Charles! ¡Oh, Charles, qué feliz soy!

Ella hace el amago de abrazarlo, pero él toma su rostro con la mano, manteniendo la distancia, y se inclina para darle un beso tierno y cuidadoso. Ella está en una nube. Y, aunque él es consciente de que no ha estado del todo a la altura de un nuevo Don Juan, lo cierto es que no se arrepiente de lo que ha hecho. La temeridad

puede ser una sensación agradable y estimulante. Sabe que la cólera de su padre será infinita, pero Briou también siente que es el comienzo de una historia; lo invade la energía de la destrucción.

De modo que, solo tres días más tarde, se casan. Es una boda sencilla y precipitada, pero Briou es muy impaciente una vez que decide hacer algo, y la espera lo pone de mal humor. Su padre lleva un tiempo presionándolo para que le dé una respuesta sobre la española amargada. Pues bien, esta es su respuesta. ¡A ver qué opina de esta jugada diplomática, a ver cómo responde! También es cierto que ahora mismo él no está en la corte, sino en el castillo familiar, y es mejor zanjar el asunto en su ausencia. Además, para Briou, como para tantas Mamás Oca, esta aventura acaba en el lecho conyugal. No ha pensado más allá, puede que sus hormonas no se lo permitan. Yacer con Charlotte-Rose, la joven, deseable, preciosa, inmaculada Charlotte-Rose, es su objetivo, el fin hacia el que todo su ser se precipita a trompicones.

—¡Pero no puede ser, Briou! Tu familia no lo permitirá. Mi dote es muy escasa, soy demasiado pobre para ti —le dice Charlotte-Rose la noche previa, con sensatez, tapándose el lunar con la mano como si en él se encontrara su pobreza, tratando de apagar a pisotones las ascuas de su propio entusiasmo.

—El amor no entiende de riquezas —replica Briou, sorprendiéndose a sí mismo con su frase. Quién sabe, quizá sí llegue a ser poeta.

Todo sucede con inesperada rapidez. Se pide el permiso real, se consigue la firma, Charlotte hace creer a su familia y a la Delfina que va a asistir al salón de Marie esa noche, hay una pequeña ceremonia en la que se pronuncian juramentos —en una nube, todo en una nube— y al fin llegan a la casa de un amigo de Briou, que él le ha pedido para pasar la noche, y ya no queda más que desnudarla:

blusa, corsé, petillo, medias, liguero. ¡Cuánto tarda, hay tantas prendas…! Pero Briou cree firmemente que ella lo vale, eso hemos de reconocérselo. Está casi histérico de deseo, el rostro reluciente; no puede contener una risita por lo que se le va a permitir hacer. Besa los pezones de su esposa con una adoración reverencial, su cuerpo es la cosa más bella que ha visto en toda su vida.

Charlotte-Rose se tumba con la cabeza inclinada para que él vea su lado izquierdo, desde donde cree que su nariz no se ve tan torcida, y encoge la barriga. Cuando entra en ella, Briou siente exactamente lo que esperaba: la sensación es como la de una exquisita zapatilla de piel que encaja perfectamente.

—Te quiero —gime—. ¡Te quiero, te quiero, te quiero, Charlotte-Rose!

Para Charlotte-Rose, sin embargo, la experiencia es francamente decepcionante.

Esa noche, mientras su saciado esposo duerme junto a ella, se queda mirando el techo, confundida. Una vez que se lo quitó de encima y se lavó con vinagre, según la costumbre, no podía dormir. Hablando con otras mujeres había entendido que no es solo el hombre quien siente placer entre las sábanas. Por eso, dado que su marido nunca ha fingido ser inexperto, esperaba grandes cosas de este momento: el matrimonio debía ser la llave para acceder a una sala repleta de placeres extraordinarios. Creía haber percibido un destello de tales sensaciones cuando Briou rozó el empeine de su pie en el salón de madame d'Aulnoy. Pero el acto sexual no se había parecido en absoluto a ese momento de sensibilidad exquisita; al contrario, las ruidosas maniobras de su esposo no le habían provocado más que una deprimente sensación de indiferencia. Después del primer pinchazo de entrada, Charlotte-Rose ni siquiera habría sabido decir si él estaba dentro o fuera de la sala, por así

decirlo, la mitad del tiempo.

¿Esto es todo?, se pregunta. ¿Para esto tantas gestas heroicas? ¿Tantas maldiciones y husos y ranas y espinas y bailes, para esto?

Pero la historia no acaba aquí. Aún quedan obstáculos en el horizonte. A la mañana siguiente, Charlotte-Rose se levanta una hora antes que él, va de puntillas al tocador, se pone los lunares y se empolva el rostro para que no la vea sin maquillar. Luego, Briou se va a la ceremonia del *lever du roi,* y Charlotte-Rose tiene que atender a la Delfina. Antes de que acabe la tarde, cuando ella va a buscarlo a los lugares de siempre, un amigo de él le dice en el Grand Appartement que el padre de Briou se ha presentado en la corte, ha arrastrado a su hijo al carruaje de malos modos y ha anunciado que se lo llevaba al castillo familiar hasta recibir la confirmación de que el matrimonio había sido anulado.

—¿Podrías besar mi dado? —le pregunta el amigo, sorbiendo un armañac con gesto lascivo—. Parece que con tu esposo ha funcionado, menuda suerte.

—No sé dónde ves la suerte —le espeta Charlotte-Rose—. ¡Ahora está separado de su amada!

Sus palabras son recibidas con una carcajada. Entonces empieza a darse cuenta de que la situación es grave. La han desflorado. Ha perdido su virtud, se ha devaluado, y ha recibido a cambio una parca recompensa. Todas las esperanzas que pudiera tener para su futuro se han esfumado. Nunca será más que una dama de compañía, y además mancillada; objeto de murmuraciones y miradas de lástima. Pues no está dispuesta a aceptarlo. Charlotte-Rose ha leído suficientes historias secretas como para urdir un plan romántico en su mente.

Así es que toma un carruaje para ir al castillo. Y cuando llega —ya sé que esto es difícil de creer, pero confíen en mí, todo lo que les

voy a contar a continuación es verdad— se encuentra con un grupo de artistas ambulantes que ha llegado a la aldea. Hay acróbatas, un bufón, músicos y una casa de fieras rodante con monos y osos. Un hombre hace malabares en la plaza. Cuando Charlotte-Rose le pregunta, él le explica que van a ir al castillo al día siguiente para el baile; habrá una gran fiesta y se encenderán velas en el foso.

—Tengo que entrar como sea —exclama Charlotte.

Su única moneda, por supuesto, son sus lujosas prendas. Le ofrece dos cosas al hombre: su pulsera de filigrana con ópalos y su mejor abanico, aunque le duele desprenderse de ellas. Él se queda mirando el anillo de boda.

—No —dice—, por favor, eso no. —*Todavía no,* piensa.

—Está bien —acepta el malabarista—. Te haré el favor. Pero quizá no te guste mucho el plan que se me ocurre, a ti que te gusta ir guapa. Tendrás que disfrazarte, ¿no? Tenemos una piel de oso que creo que servirá, si no te importa entrar marchando con los osos bailarines, como un pequeño mamífero a dos patas. ¿Qué te parece, angelito?

Charlotte-Rose se adentra en el castillo bajo la piel de oso, con la cabeza gacha y las zarpas levantadas. La piel da mucho calor y pica, y seguramente haya alguna que otra pulga en el espeso pelaje. Está asustada y cansada y sabe, lo tiene claro, que anularán su matrimonio, que Briou la dejará, que algún día, cuando sea mayor y tenga el pelo gris, recordará este momento y agitará la cabeza, llena de dolor por lo que podría haber sido su vida. Pero ahora mismo es la protagonista, joder. Sí señora. Ahora mismo es la chica del puto cuento de hadas.

14. EL CUENTO DE LA BRUJA

El enorme Pont Neuf sobre el Sena es uno de los grandes símbolos de la ciudad. Las gárgolas de piedra contemplan el paso del río bajo el puente mientras una masa de gente se agolpa por encima de ellas: vendedores ambulantes, libreros, peluqueros caninos, sacamuelas, actores, malabaristas. Esta noche hay menos bullicio que de costumbre porque la lluvia silba y aúlla en la ciudad, pero el jefe de policía, Gabriel Nicolas de la Reynie, está allí, escuchando atentamente a una figura enmascarada. El *loup* de terciopelo negro muestra un rostro inquietante, inmóvil a excepción de los ojos brillantes y veloces. Si fuesen ustedes alguno de los carteristas que, como todo el mundo sabe, recorren el puente robando las capas de los caballeros y relojes de bolsillo, quizá podrían acercarse lo suficiente como para oír una extraña historia: un relato jugoso sobre princesas, encantamientos, pájaros parlantes, vasijas llenas de lágrimas, ogros, árboles de los deseos. Un Palacio de la Voluptuosidad y un Palacio de la Venganza. Reynie tuerce el gesto mientras su espía habla; luego le ofrece una pesada bolsa de monedas y se gira bruscamente en dirección a la casa de Charles Perrault.

Luis XIV mandó importar cientos de cisnes blancos carísimos

para darle un toque de elegancia al Sena, pero la mayoría han muerto envenenados por el río sucio y concurrido. Como siempre, Reynie revisa los nidos al pasar; un par de pollos feos de la última nidada han sobrevivido. Luego se adentra en las famosas calles de París, en las que conviven codo con codo la opulencia y la pobreza. En cada esquina hay síntomas de modernidad: obras, buzones, carruajes públicos, peluquerías. Una prostituta está de pie, empapada, frente a una fila de *boutiques* con escaparates relucientes que exhiben productos de lujo: perfumes, flores artificiales, medias, sedas chinas. Un turista extranjero, sorprendido por la lluvia, consulta su guía. Un bebé abandonado en un escalón aúlla al cielo.

Durante la Fronda, cuando los nobles se rebelaron, aquellos días de las mil doscientas barricadas y de las refriegas en las calles, el joven Luis XIV tuvo que huir de París. Desde entonces, el rey desconfía de los parisinos, se acerca a la ciudad lo menos posible y ha nombrado a Reynie su jefe de policía para mantener París bajo control. El puesto le va como anillo al dedo. Impone el orden cada día en esta ciudad caótica: París le debe el alumbrado público, las aceras, las normas de aparcamiento.

Reynie ha hecho suya esta cita del *Tartufo* de Molière: «Somos súbditos de un rey que detesta el engaño / Un rey que mira dentro de nuestros corazones». Ha montado una red de confidentes a sueldo a los que llama sus «moscas» —de todas las clases sociales, desde vagabundos hasta bastardos del rey—, sucios soplones a los que desprecia, pero que le permiten ejercer cierta omnisciencia en nombre de Luis. Como un ángel oscuro, se precia de conocer lo que ocurre tras cada grieta de esta ciudad; tras la cadena de una calle cortada; en cada hogar de un edificio de siete plantas, lóbrego y atestado de gente; en todas las posadas, en el cuchitril de cualquier

buhonero.

«Cuando uno sirve al César, todo es lícito.» Eso decía el dramaturgo Pierre Corneille. A Luis también le gusta esa cita. Y otra: «No me gustaría que mi rey fuera obediente».

Reynie a veces se muestra benévolo; ¿acaso no fue él quien construyó treinta hornos en París este invierno para hacer pan y repartirlo entre los pobres? Claro que ellos seguían dándose empujones y provocando alborotos, llevados por su hambriento egoísmo. Y, en cualquier caso, a él le gusta más el papel de Dios vengativo. En París había un lugar al que llamaban el Patio de los Milagros, pues muchos de sus vecinos «se curaban» milagrosamente de su falsa ceguera o su falsa cojera cuando volvían a casa por la noche. Era una vil ciudad del pecado, medio hundida en el fango, con las tejas torcidas. Olía a mendigos y carteristas meados, a caldo hecho con huesos hervidos. Una ciudad de pequeños fantasmas descalzos y demonios llameantes, cubierta de pústulas de sífilis y ginebra. Pero un día Reynie reunió a ciento cincuenta soldados y, bajo una avalancha de piedras, lo derribaron todo. Lo arrasaron por completo. Los malos espíritus desaparecieron sin dejar rastro. Nunca había tenido tan claro su propósito como aquel día.

Camina deprisa bajo la feroz lluvia de primavera, con la cabeza gacha, y pasa junto a una estatua en bronce de Luis. Quizá debería haber alquilado una silla de manos —el apestoso barrizal de la calle le está salpicando el traje y Reynie es muy escrupuloso—, pero siempre piensa con más claridad mientras camina. Cualquiera que no lo conozca diría que Reynie tiene un rostro sensual, con esos párpados gruesos y esa boca como un lujoso cojín bajo el bigote; sin embargo, lo único que le produce verdadero placer a Reynie es dar malas noticias. Qué bien le sienta soltarlas despacio, gota a gota. Sus labios esbozan una media sonrisa anticipando el goce mientras

llama a la puerta de Perrault con su pesada y barroca aldaba. Es un hombre alto que se ve obligado a inclinarse para entrar por la mayoría de las puertas, y tiene las manos anchas y grandes, pero sus movimientos son medidos y precisos.

—Reynie —dice Perrault, sobresaltado, sin peluca, con un leve estremecimiento. Lleva puesta una *robe de chambre,* una especie de bata—. ¡Qué sorpresa! ¡Cuánto tiempo!

Estaba sentado a la mesa con su hijo Pierre, ayudándole con el latín a la luz de un quinqué. Hace pasar a Reynie y manda a su hijo arriba.

—Siéntate, por favor. ¿Te apetece tomar algo?

—¿Te importa si me lavo las manos? —pregunta Reynie.

—Claro que no, faltaría más.

Perrault lo conduce al lavabo y le ordena al mayordomo que prepare un té. A nadie le entusiasma recibir la visita de Reynie, aunque hay muchas razones por las que podría haber ido a verlo; en la última década han colaborado estrechamente para hacer realidad los planes de Luis de convertir la ciudad en una Nueva Roma. Tienen mucho de lo que hablar.

—Siéntate junto al fuego para secarte, Reynie. Llueve mucho esta noche.

—Has vuelto a París —dice Reynie mientras se quita el sombrero —. Seguro que ya añoras Versalles. El aire puro. La completa ausencia de miseria humana.

—París es… una ciudad fascinante —contesta Perrault—. Y en gran medida es mérito tuyo. ¡La ciudad de la luz la llaman ahora, gracias a tus innovaciones! A mí no me faltan distracciones, desde luego. Tengo a mi hermano cerca; su columnata del Louvre es soberbia, ¿no crees? Tengo la Academia. Y la Comédie Française está a punto de abrir. También siento cierto orgullo al pasear por las

Tullerías, claro. ¡Pensar que el primer globo de hidrógeno tripulado partió de allí! Es un lugar prodigioso.

—Me cuesta creer que tú y yo estemos respirando el mismo aire pestilente —dice Reynie, agitando la cabeza—. Yo tengo un olfato muy fino, Perrault, y París apesta. No puedo quitarme el hedor de encima por la noche, por mucho que me frote: ajo, dientes podridos y orinales.

—Debo de haberme acostumbrado.

Reynie mira alrededor minuciosamente, escrutándolo todo.

—No veo ningún retrato del rey en las paredes, Charles.

—Tengo previsto redecorar muy pronto.

—Anoche fuiste al teatro.

—¿Yo? —replica Perrault.

Fue, sí, pero ¿cómo lo sabe Reynie? Llevó a sus hijos a ver la nueva obra de Molière, *Las mujeres sabias* —que resultó ser otro ataque a las intelectuales, el hombre la tiene tomada con las mujeres que leen—, y le sorprendió darse cuenta de que uno de los personajes, el pomposo Trissotin, estaba inspirado en el abate Cotin con tal exactitud que recitaron el poema sobre el carruaje color lavanda de su *Oeuvres galantes* palabra por palabra. Alguien del público incluso susurró que el actor que representaba a Trissotin había birlado el auténtico abrigo del abate para usarlo en la obra. Era un retrato tan brutal de aquel viejo petulante que Charles se sintió avergonzado de reírse junto con todos los demás. Reynie debía de estar allí en calidad de censor, sentado al fondo, en la oscuridad, juzgando cada detalle.

—La literatura es un nido de víboras —declara Reynie—. Aunque sí es cierto que la obra destacaba algunos aspectos interesantes sobre los peligros de esas mujeres supuestamente sabias, ¿no te parece? Empiezo a sospechar que hemos hecho demasiadas

concesiones por mor de su sexo y que deberíamos corregir nuestro proceder.

El sentido del honor de Charles no le permite dejar pasar el comentario, pero tampoco le conviene provocar a este hombre.

—Sabes lo mucho que admiro lo que has conseguido en París, Reynie, pero sin duda ni siquiera tú puedes fiscalizar la capacidad de raciocinio de las mujeres.

—¡Ja, ja! Puede que tengas razón, pero ya sabes que me gustan los retos. Dime, cuando no estás aplaudiendo la humillación de otros escritores, ¿a qué te dedicas? Un hombre de tu categoría. Debes de aburrirte tan lejos de la verdadera acción. —Hace un gesto hacia los libros de latín que hay en la mesa—. Estás desaprovechado como institutriz.

—Amo profundamente a mis hijos. El tiempo que uno pasa con sus seres queridos nunca es un desperdicio —dice Perrault, decidido a no morder el anzuelo de la ofensa.

Aunque nunca ha tenido a Reynie en alta estima, se obliga a recordar que sí admira su eficacia; desde luego, consigue todo lo que se propone. En general, no cabe duda de que París es mejor gracias a él, pero siempre le llama la atención que este hombre parece carecer de la debida compasión por las personas a su cargo. Si pudiera, Reynie se limitaría a barrer a los pobres y meterlos a todos en la Bastilla. En cualquier caso, Charles trata de no darle mayor importancia a sus burlas.

—He oído que últimamente también te gusta mucho contar cuentos…, de esos que las amas de cría les cuentan a las niñas pequeñas.

—¿Cómo dices? —pregunta Perrault tratando de recomponerse. Esto, más que una burla, parece una provocación. De pronto se da cuenta de que debe elegir sus palabras con mucho tiento—. Ah,

bueno, supongo que te refieres a los salones de madame d'Aulnoy. Si es así, confieso que me he permitido la frivolidad una o dos veces; los cuentos de esas mujeres son… un delicioso pasatiempo, una forma como cualquier otra de acompañar una taza de chocolate, nada digno de tu atención, sin duda.

—No es eso lo que me ha dicho una mosquita —replica Reynie, inclinando la cabeza pausadamente, humedeciéndose los carnosos labios. Se toma su tiempo, quiere disfrutarlo—. Se posó en un montón de estiércol de caballo en el Pont Neuf, fíjate, zumbando como loca. Y, cuando me acerqué un poco más, la oí decir algo sobre princesas que tienen hijos bastardos. Sobre reinas monstruosas. Bzzz, bzzzz. Cosas así.

—Seguro que tú mismo conoces esos cuentos desde pequeño —dice Perrault en voz baja mientras repasa mentalmente el salón de la otra noche para localizar quién podría estar a sueldo del jefe de policía.

El cuento al que se refiere Reynie podría ser el de su prima, quizá, o el que él mismo contó después: «La Bella Durmiente del bosque». Consideraba que le había quedado bien, sobre todo el fragmento en el que un sueño profundo se apodera de sirvientes, doncellas, altos cargos de la corte, cocineros, pajes, mozos de cuadra, guardias suizos e incluso el perrito faldero de la princesa, Puff (¡un detalle encantador!). Pero quizá se dejó llevar en la segunda mitad, cuando la Bella Durmiente vuelve a casa con el príncipe solo para descubrir que su madre es mitad ogro y quiere comerse a sus pequeños con deliciosas salsas.

De todas formas, la malvada reina no tenía nada que ver con Athénaïs, o tal vez sí, pero tampoco tanto.

Lo cierto es que ha habido varias nuevas incorporaciones al salón: la duquesa de Nemours, el primo de Henriette… Marie debe

tener más cuidado con las personas que recibe en su casa. Él debe tener más cuidado con lo que dice en casa de Marie. Perrault siente una ligera opresión en el pecho al pensar en que la gente esté murmurando calumnias sobre los salones literarios de madame D'Aulnoy, intentando desprestigiarlos con insinuaciones.

—Reynie, no tienes que pagar a un espía para que te cuente la historia de la Bella Durmiente del bosque; sin duda te la contaron cuando eras un bebé de brazos. Incluso el rey oyó esos cuentos cuando era niño. No puedes buscar un mensaje político en cuentos tan viejos como el tiempo.

—Pero ¿por qué contarlos en salones donde no hay niños presentes? ¿Por qué ahora, en el reinado de su majestad Luis XIV?

Claro que Marie d'Aulnoy ha sido espía; la idea salta a la cabeza de Perrault como un piojo y empieza a chupar y picar. No, Marie no puede estar a sueldo de Reynie. No puede estar vigilando a sus propias amigas. No, solo pensarlo es una infamia, cómo se le ocurre… Su salón no puede ser una encerrona. ¡Ella no puede ser la repugnante «mosca» de Reynie! Aun así, la idea late, zumba, y él se obliga a espantarla, avergonzado.

—Sabes que ha sido un invierno duro —decide responder, aferrándose a la verdad que tiene más a mano—. No es de extrañar que el escapismo esté de moda, amigo mío. Pero estoy seguro de que no has venido aquí a hablar de tales pequeñeces, de damas que sueñan con príncipes en la intimidad de sus alcobas. Ten la bondad de decirme el auténtico motivo de tu visita. Sin duda, estas insinuaciones no son más que un poco de presión preliminar.

—¡Ja! Tienes razón, Perrault. De acuerdo, hablemos de asuntos de hombres. Estoy seguro de que has oído los rumores sobre lo que todos llaman el Caso de los Venenos.

—Por supuesto.

—Pues bien, hay novedades. La semana pasada detuve a La Voisin.

—Dios mío —dice Perrault, que sabe lo que eso significa.

—Sí —dice Reynie—. Es dia-bó-li-ca.

El sujeto de esa frase es bastante ambiguo, piensa Perrault. Athénaïs. ¿Le ha declarado Reynie la guerra a la amante oficial del rey?

—Como es natural, el rey está muy molesto con todos estos rumores sobre envenenamientos. Versalles ha entrado en pánico con los polvos de herencia, hasta tal punto que ya casi nadie disfruta de la comida, así que recibí la orden de acabar de una vez con todos los que venden esas sustancias, los envenenadores de París. Bueno, como imaginarás, la misión me entusiasmaba, Perrault. Odio a esa gentuza: todos esos supuestos adivinos, alquimistas, parteras, astrólogos, brujas, quirománticos. Esos tugurios en los que se mezclan sesiones de espiritismo y abortos en las mismas mesas desvencijadas y cubiertas de sangre; donde preparan sus falsos afrodisíacos con plumas de ave y huevos de cocodrilo. Estoy encantado de limpiar esta ciudad de toda esa chusma. He mandado azotar a algunos y torturar a otros.

»Pronto pensé que casi había logrado mi objetivo de erradicar la plaga… Bueno, salvo a una rata en concreto. Tenía orden de no acercarme a la partera La Voisin, pese a que la envenenadora madame Bosse la acusó de vender polvos de herencia. Pese a que se la conoce como la «duquesa de las brujas», pues tantas mujeres bien relacionadas buscan su compañía que casi podría pasar por alguien respetable. Celebra fiestas en sus jardines, con violines y todo, en las que lee el futuro en las caras y en las manos de la gente, como si fuese un juego de sociedad. Pero al final me pudo la curiosidad, y una noche fui a visitarla.

»Llevaba una bata roja raída con un águila bordada, y estaba borracha como una cuba. Su casa es un lugar decadente, repleto de abalorios, jarrones y estatuas caras, pero cubiertas de polvo y de mugre; espejos en los que apenas puedes verte la cara; los bajos de las cortinas de terciopelo manchados de sangre. Y las estanterías llenas de frascos con polvos de todo tipo. Le pregunté si eran veneno, pero susurró que no, que eran filtros de amor. Huesos de sapo, piel de serpiente, dientes de topo, cantárida, moledura de hierro, sangre y cadáveres momificados. Algunos restos humanos, tal vez, cenizas de feto, por ejemplo. ¡Filtros de amor! Me da náuseas pensar en los horrores que hacen las mujeres en nombre del amor romántico. No es amor, sino lujuria lo que las mueve, esa asquerosa ansia de posesión. Reconozco que, como estaba empezando a dar cabezadas, le acerqué una llama a la palma de la mano para espabilarla. Me pregunto si La Voisin leería su futuro en la palma quemada. Entonces sí que confesó. Las misas negras; un bebé desangrándose sobre un caldero con un tajo en el cuello. En lugar de un altar, el cuerpo desnudo de una mujer. El cuerpo desnudo de Athénaïs.

Perrault suelta un horrible gemido.

—No quiero saberlo, Reynie —dice—. No quiero ser tu confidente en este asunto. Quisiera no haber oído nada de esto.

—Tiene el patio lleno de cadáveres. Parece un osario. Athénaïs quería una poción de amor para conservar el favor del rey, así que rezaron al diablo. Trituraban huesos y sangre de bebés y vertían el repugnante brebaje en la comida del rey, Perrault. ¡Durante años! *Años.* No la quiero en esta ciudad. Voy a convocar una *chambre ardente* y no se hable más. —Cierra su enorme puño.

—¿Un tribunal especial?

—Debemos quemar a la bruja. A todas las brujas.

—¿Y por qué acudes a mí? —pregunta Perrault—. ¿Por qué vienes a mi casa?

—Tú sabes que Athénaïs fue la causa por la que perdiste tu puesto en Versalles. Es tu enemiga, Perrault. Ayúdame a librarme de ella y serás recibido de nuevo en la corte por madame de Maintenon, tienes su palabra. Esta nueva amante, Maintenon, es una mujer buena y religiosa, temerosa de Dios. Quiere que esta plaga desaparezca de Francia tanto como nosotros.

—Pero yo no…

—¿Acaso no sospechas que Athénaïs asesinó a tu compañero Colbert? ¿Que lo envenenó, pese a su lealtad, solo para protegerse? ¿No estabas tú allí cuando ella pidió aquella comida para el rey que ahora creemos que estaba envenenada y que Dios, en su infinita sabiduría, hizo que él estuviese demasiado ocupado para tomar, esa misma comida que después desapareció? Fuiste tú quien me dijo que había desaparecido. Debes testificar contra ella, Perrault.

—No. —Perrault niega con la cabeza—. ¿Sabes lo que me decía Colbert? *Testis unus, testis nullus.* Una sola acusación no significa nada. No, no, Reynie, te equivocas conmigo, yo no sé nada de venenos. Sospechas y especulaciones no son pruebas. No soy tan perspicaz como tú. Yo no soy el héroe de la historia, capaz de engañar a la bruja para que caiga en el caldero de aceite hirviendo. Solo soy un hombre que está cansado y quiere quedarse en casa con sus libros y sus hijos.

—Muy bien —dice Reynie mientras se levanta, parpadeando lentamente—. Muy bien, Charles, como quieras. Si no quieres ayudar a tus amigas, que así sea.

¿Qué amigas?, piensa Charles, impotente, mientras Reynie sale de la casa. *¿A qué se refiere?*

Cuando, más tarde, sube al dormitorio, se detiene en la puerta

de la antigua alcoba de su esposa. No ha cambiado nada allí: los cepillos y el espejo aún siguen en el tocador. No abre la puerta, perennemente cerrada con llave, pero apoya la frente. Le gusta pensar que ella está ahí, haciendo lo mismo al otro lado de la puerta; que casi se están tocando.

—Te quiero —susurra.

El suyo fue un matrimonio por amor, un mirlo blanco. Su familia le advirtió de que la dote no era suficiente, pero él no hizo caso. Todas sus ambiciones desaparecieron al quedarse con ella en la alcoba: no quería nada más que su rostro juicioso, sus ojos claros. Pero ella murió allí. Nunca se lo perdonará. Estaba en Versalles aquel día, terminando un proyecto arquitectónico para Athénaïs, una pequeña casa de recreo con azulejos de Delft blancos y azules. El bebé llegó muy rápido, una semana antes de lo previsto, y también llegó la enfermedad de ella, tan repentina, algo que corría por su sangre. El médico la sangró; el médico sangró a su esposa moribunda antes de que Perrault pudiera llegar y detenerlo. Un condenado inútil, un mentiroso de capa negra, rematándola y asegurándose de que estaba muerta.

Lo más terrible de la muerte es que te separa para siempre de tus seres queridos, esa es la verdad. Para los que no sienten amor en su corazón, como Reynie, la muerte debe de ser una nimiedad. Antes, Perrault le rezaba a Dios por las noches, pero ahora se siente ridículo cuando reza. Es un paripé. Porque no existe un Dios que pueda mirar dentro de la cabeza de cada cual. Dios no es el jefe de policía; los ángeles de su ejército no son «moscas» que vigilan nuestras palabras y nuestros actos. Lo que hace ahora cuando está en casa es hablar con su esposa, aunque sabe que ella tampoco puede oírlo. Nadie puede oírlo. Solo queda el abismo. *Lo siento muchísimo. No sé qué hacer. Todo es un desastre desde que te*

fuiste. Cuando llora se siente ridículo, pero ahora está llorando, no puede parar. Es un paripé. ¿Qué necesidad hay de dar este espectáculo? ¿Qué sentido tiene si nadie lo ve?

(Por supuesto, él todavía no sabe nada de nosotros, lectores. Y, aunque yo no soy un ángel, es cierto que alguna vez me han confundido con uno, por mis hermosas plumas blancas.)

15. EL CUENTO DE BARBA AZUL

Érase una vez un hombre inmensamente rico que tenía grandes mansiones tanto en el campo como en la ciudad, llenas a rebosar de cubertería de plata y oro, batas de seda y muebles taraceados de ébano y nácar. ¡Hasta tenía una carroza dorada! Sin embargo, carecía de la posesión que más ansiaba: una esposa. Y es que su larga barba azul le daba un aspecto tan grotesco que todas las jóvenes apartaban la mirada a su paso.

Pues bien, resultó que la nueva vecina de Barba Azul era una viuda que tenía dos hijos adultos y dos hijas adultas. Un día, Barba Azul le pidió la mano de una de sus hijas en matrimonio —diciéndole que, sinceramente, le daba igual cuál de ellas fuera—, y la viuda, que vivía constantemente preocupada por el dinero, vio una oportunidad de enriquecer a la familia. Para su desgracia, cuando les comunicó la proposición a sus hijas, se desató una acalorada disputa, pues a ninguna de las dos le apetecía casarse con un hombre que tuviera la barba azul y, además, habían oído rumores un poco inquietantes en la aldea: algunos insistían en que Barba Azul ya se había casado varias veces, y nadie parecía saber qué había sido de sus esposas.

Decidido a ganarse su favor, Barba Azul invitó a la madre, las

hijas y tres de sus mejores amigas a pasar una semana en su mansión en el campo. Ellas aceptaron, y lo cierto es que lo pasaron en grande: hubo fiestas, bailes, banquetes, cacerías y juegos de cartas. Se pasaban la noche entre risas y champán, y nadie se iba a la cama. A la hija menor incluso empezó a parecerle que la barba de su vecino tampoco era *tan* azul, que apenas tenía un leve reflejo azulado, como el abdomen de una moscarda. Cuando regresaron a casa, accedió a casarse con él.

Un mes más tarde, Barba Azul le dijo a su esposa que debía partir de viaje para solucionar unos asuntos importantes.

—Invitad a vuestra familia y a vuestras amigas —dijo—. ¡Divertíos! Aquí tenéis las llaves: esta es de la caja fuerte; esta, del cofre de las joyas; esta es la llave maestra de todos los aposentos. Solo os pido una cosa: ¿veis esta llavecita, amada esposa? Abre la puerta del gabinete que hay al fondo de la gran galería. Lo lamento, pero debo prohibiros entrar ahí. Y os lo advierto: si abrís esa puerta, no seré capaz de controlar mi furia.

Ella prometió obedecer sus órdenes y Barba Azul partió de viaje. Las amigas de su esposa llegaron en cuestión de minutos, impacientes por ver todas las riquezas de su nueva casa (aunque aún algo recelosas de su marido a causa de su barba azul). Husmearon por las lujosas salas, rebuscaron en todos los armarios y aparadores, admiraron los tapices, las camas, los sofás, las cómodas, las cristaleras, las mesas y los magníficos espejos con marcos de plata en los que te podías mirar de la cabeza a los pies.

Pero la joven esposa sentía una creciente necesidad de abrir la puerta del gabinete al fondo de la gran galería. Parecía llamarla. ¿Qué habría allí dentro? La curiosidad la consumía hasta tal punto que, sin pararse a pensar que era de muy mala educación dejar solas a sus invitadas, bajó a toda prisa una estrecha escalinata, tan

rápido que casi se parte el cuello dos veces (o tres, según algunos). Al llegar a la puerta se detuvo un momento, pensando en la promesa que había hecho y temerosa por el castigo que Barba Azul le infligiría por desobedecerle, pero la tentación era demasiado fuerte. Sacó la llavecita y, temblando de miedo y expectación, abrió la puerta.

Al principio no veía bien porque las ventanas estaban cerradas. Tras unos momentos, cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, empezó a darse cuenta de que parecía haber varias mujeres colgadas de los muros, como con ganchos de ganado. De cara a la pared, con los brazos y las piernas mortalmente pálidos. El suelo estaba pringoso, empapado de su sangre. La sala apestaba a carne putrefacta; una mosca se le posó en la nuca. Eran ellas, comprendió. Las otras, las esposas desaparecidas de Barba Azul.

Creyó que se iba a morir de miedo; la llave se le escurrió de la mano temblorosa.

Cuando logró recomponerse, palpó el suelo resbaladizo en busca de la llave, volvió a cerrar la puerta y corrió escaleras arriba a sus aposentos, pero no halló reposo. La llave del gabinete se había manchado. Intentó limpiarla frotándola un par de veces, pero la sangre no se quitaba. La lavó y la volvió a lavar en vano, frotándola con jabón y con arena, pero era una llave mágica y no conseguía dejarla limpia del todo. Cuando la mancha desaparecía de un lado, reaparecía en el otro, como una tenebrosa sombra roja.

Cuando Barba Azul volvió de su viaje a la mañana siguiente, su esposa trató de fingir que se alegraba de tenerlo de vuelta tan pronto. Él le pidió las llaves, y ella se las entregó con una mano tan temblorosa que su esposo adivinó inmediatamente lo sucedido.

—¿Dónde está la llavecita del gabinete, esposa mía? —le preguntó.

—La habré dejado arriba, encima de la mesa —respondió ella, tragando saliva.

Él le ordenó que fuera a buscarla.

—¿Por qué está manchada?

—No lo sé —dijo ella, agachando la cabeza como a la espera de un golpe, pálida como un cadáver.

—¿No lo sabéis, esposa? —replicó Barba Azul—. Pues yo sí lo sé. Queríais ver lo que había en el gabinete, ¿verdad? Pues mirad, ¡mirad cuanto os plazca! Será lo último que veáis en esta vida. Os colgaré ahí dentro con las demás.

Ella se arrojó a los pies de su esposo sollozando, rogando clemencia; su belleza y su aflicción habrían enternecido a una piedra, pero el corazón de Barba Azul era mucho más duro.

—Debéis morir —dijo con voz suave, acariciándole el pelo—. Lo lamento, querida, pero me aceptasteis como vuestro amo. Son las normas.

—Mi familia me echará de menos.

—La gente no tarda en olvidar a las niñas.

—Permitidme al menos rezar unas plegarias —rogó ella, con los ojos iridiscentes por las lágrimas.

—Tenéis un cuarto de hora —dijo Barba Azul, que no quería precipitar el placer de aquel asesinato.

Pero Ana, la hermana de su esposa, seguía en la casa. Madame Barba Azul le susurró desde la otra punta del pasillo:

—Ana, ¿estás ahí? Sube a lo alto de la torre a ver si vienen nuestros hermanos; prometieron visitarme hoy.

Ana obedeció y subió corriendo a lo alto de la torre.

—Ana, hermana Ana, ¿ves venir a alguien?

—No veo más que el sol que centellea.

Entretanto, Barba Azul empuñó un sable y le gritó a su esposa

con todas sus fuerzas:

—¡Se acabó el tiempo, esposa, baja o subo yo a por ti!

—Un momento —dijo ella, y luego volvió a susurrar—: Ana, ¿ves venir a alguien?

—Veo una gran polvareda que viene de por allá.

—¿Nuestros hermanos?

—Lo siento, hermana, era un rebaño de ovejas.

—¡Baja! —ordenó Barba Azul.

—Un momento —respondió su esposa—. Ana, ¿ves venir a alguien?

—Veo a dos jinetes, creo… —dijo ella—. Pero aún están muy lejos.

—¡Nuestros hermanos! ¡Gracias al cielo! Hazles señas para que se apresuren.

En ese momento, Barba Azul rugió con tal fuerza que toda la mansión tembló. Madame Barba Azul bajó, aterrorizada, y se arrojó llorando a sus pies; el pelo le caía alborotado sobre los hombros.

—¡Basta! —dijo Barba Azul—. Ya me he cansado, querida. Ahora has de morir como las demás.

La agarró del pelo con una mano y blandió el sable en el aire con la otra, dispuesto a cortarle la cabeza. La pobre muchacha se retorcía, suplicando que la dejara vivir aunque solo fuese un instante más.

—Encomiéndate a Dios —le dijo él alzando el sable. Y entonces…

Alguien llamó con fuerza a las puertas de la mansión y la mano de Barba Azul se detuvo en el aire. Luego las puertas se abrieron de golpe y los dos jinetes se abalanzaron sobre Barba Azul blandiendo sus espadas. Él trató de huir a trompicones, pero los dos hermanos fueron tras él y lo atravesaron de parte a parte. Barba Azul cayó al suelo con un espantoso alarido. Resultó que su sangre era roja,

como la de todo el mundo.

Curiosamente, pese a haberse casado tantas veces, Barba Azul no había engendrado herederos. Su mujer heredó todas sus propiedades. Donó parte de su fortuna a sus hermanos y su hermana, y el resto lo utilizó para casarse con un caballero honorable que le hizo olvidar los días aciagos que había pasado con Barba Azul.

Una moraleja:

Ceder a la curiosidad
puede ser grave necedad.
En toda vida hay una hora
(como bien sabe Eva, y Pandora)
en que más vale no saber,
pues poco dura ese placer.
Y por tan parca recompensa
se contrae una deuda inmensa.

Otra moraleja:

Ningún esposo de hoy en día
tendría tal gabinete, no osaría.
Pues, ya sea tu barba gris, verde o azul,
quien manda en tu casa es tu esposa, no tú.

16. EL CUENTO DE PERSINETTE

En París, Charles Perrault despierta de una pesadilla, temblando y sudoroso, y va directamente al escritorio junto a la ventana para encender una vela. Es poco más de la una. Un par de horas después, en un arrebato febril, Barba Azul ha salido a borbotones de su pluma como si fuera algo ajeno a él, una toxina vomitada, una oscuridad liberada de sus tripas por un emético.

Desde entonces se ha especulado mucho sobre la inspiración de esta singular e inolvidable historia. Durante años circularán todo tipo de teorías. En Francia hay quienes dicen que se inspiró en un asesino en serie del siglo XV, Gilles de Rais, que asesinó a muchos niños por motivos oscuros; los trataba con mimo y luego los drogaba, los desnudaba y los colgaba de un gancho atado a una cuerda. Después de lo que Reynie le ha contado a Perrault sobre la bruja La Voisin, ¿habrá resucitado en su memoria esta vieja historia, este horrible sedimento de su alma?

Si es así, Perrault no es consciente de ello. De hecho, no comprende su cuento en absoluto, como se aprecia en las dos moralejas. Aunque les dedica más esfuerzo que a todo lo demás, ninguna termina de cuadrar. Y es que, al final, la esposa obtiene una recompensa por su curiosidad, no un castigo. Y las mujeres

modernas tampoco gobiernan a sus maridos, ¡Dios mío, qué conclusión tan absurda! Imagina que hará reír a las *salonnières,* aunque no a madame d'Aulnoy, cuyo Barba Azul particular aún merodea entre bastidores. Al menos el cuento tiene el mérito de no mencionar a reyes ni reinas. Incapaz de ver qué se oculta en las profundidades de su propia obra, decide llevarla al salón al día siguiente, un riesgo al que tal vez todos los narradores terminan exponiéndose tarde o temprano.

Llega la mañana con un sol espléndido, como si la noche solo hubiera sido un mal sueño. París está preciosa, el Sena brilla como un banco de sardinas. Todos los mercados de Les Halles tienen sus puestos cargados de perejil, espárragos, alcachofas, liebres, rosas, pan recién hecho, castañas, queso cremoso. Incluso los mendigos parecen casi pintorescos, parte del bullicioso decorado de la ciudad. Bandadas de gorriones. Las damas giran sus parasoles en Saint-Sulpice como si fuesen varitas mágicas.

Perrault se abalanza con ansia sobre el desayuno (pan mojado en vino), lleno de adrenalina.

—Conseguidme una barba azul, por favor —les dice a sus pasmados sirvientes sin más explicación.

Después de ayudar a sus hijos con sus ejercicios de retórica, se echa a la calle para hacer varias visitas (a casa de su hermano, al sastre) y pasa por la librería para comprarle un libro a Marie. Un detalle para mostrarle lo mucho que valora las reuniones en su salón, para agradecer ese punto de luz que han aportado a su vida durante este último año. Es algo que siente aún más ahora que tiene la amarga sensación de que podrían verse amenazadas. Elige una hermosa edición de la reciente novela *La Princesse de Clèves,* de autor anónimo (él cree que es una mujer, y le gustaría mucho conocer la opinión de Marie), que le parece innovadora por su

realismo y su profundidad psicológica. Espera complacerla.

Cuando llega a casa, se tumba en la cama y termina echándose una siesta sórdida e intranquila. Despierta de golpe, aturdido y agarrotado, totalmente vestido; una barba azul convierte la almohada junto a la suya en una pálida cara gigante. Suelta un grito ahogado. ¿Estará soñando? Pero no, es un trozo de piel peinada a contrapelo, con un corte de cuchillo para la boca. La han embadurnado de pintura azul y le han atado un lazo azul a cada extremo. Es su sueño hecho realidad. Cuando dan las seis, Perrault se pone en pie de un salto, se echa agua fría en la cara y manda llamar al cochero.

En el salón, la ausencia de Briou es evidente, pero Charlotte-Rose sí está allí, apretando la mandíbula en un gesto desafiante y con una determinación renovada en su andar. Nadie menciona la anulación del matrimonio, aunque sin duda a estas alturas todas se han enterado.

El abate está muy callado, contenido, hirviendo de ira. Los periódicos de la mañana daban a entender que la nueva obra de Molière tiene a todo París riéndose de sus poemas, pero aún desconoce el verdadero alcance de la humillación. No puede ir a ver *Las mujeres sabias* y que todo el público se le quede mirando con la boca abierta. Quizá podría ir de incógnito. Pero no; se limita a imaginarse la obra una y otra vez, lo cual es peor en muchos aspectos: tener que inventar él mismo cada palabra hiriente, cada rima ingeniosa y lacerante. Ya solo el título, *Las mujeres sabias…* ¡Tal vez sea su asistencia a este salón lo que tan mala reputación le ha traído! Ha sido demasiado benevolente al venir aquí; su deseo sincero de entretener e instruir a estas mujeres se le ha vuelto en contra.

¿Estarían las *salonnières* entre el público, traicionándolo con sus

risitas y sus aplausos? Las bolsas bajo sus ojos cuelgan como el telón apolillado de un teatro, a punto de abrirse para el último acto de una tragedia.

Llega madame de Murat, se quita la caperuza roja y toma un sorbete de limón. La marea arrastra al interior de la sala a otros rostros que Perrault no reconoce. La Princesse de Conti enciende la pipa con una mano que delata su emoción, y la nariz se le ensancha al expulsar el humo. De la carta no se ha vuelto a saber nada, y ella intenta no preocuparse por dónde puede haber ido a parar; está entre amigas en el salón, incluso es la mecenas de algunas de ellas, y el nombre de su padre supone una gran protección. Probablemente se deslizaría por algún resquicio, detrás de un armario quizá. Aun así, no ha vuelto a escribir, sino que ha decidido hablar con Henriette directamente, arrinconarla, aunque solo sea un momento, y hacerle ver cuán ardiente es su admiración.

—Henriette —le dice—. Qué alegría. Espero que podamos escuchar uno de tus cuentos esta noche. He añorado tu refrescante ingenio estas últimas semanas.

—Trataré de saciar ese anhelo, pues —replica Henriette, sonriendo a la princesa, pero baja la mirada bruscamente para evitar esos ojos atormentados.

—Para ti —le dice Charles a Marie cuando consigue acercarse un momento. Le da el regalo y ella lo abre—. Es una tontería. Quizá ya lo tengas. ¡O quizá tú eres la autora anónima y estoy haciendo el ridículo! Pero es que, mientras lo leía, no he dejado de pensar cuánto me gustaría comentar el libro contigo y que me digas qué te parece.

Marie se da cuenta de que Charles tiene un don para mirarte fijamente cuando te habla, como si fueses la única persona de la habitación, acentuando de un modo entrañable las arrugas en torno

a sus ojos. Piensa fugazmente que su mujer debía de considerarse afortunada. Quizá esté buscando una nueva esposa —es lo que suelen hacer los hombres de su categoría—, pero Marie se convence de que no puede estar cortejándola. Ella sigue casada con el barón ante la ley, pero, incluso si no lo estuviese, sin duda Charles querría una esposa más joven, no mercancía defectuosa como ella. Así que el gesto le parece platónico, conmovedor.

—Gracias, Charles —responde, con una sonrisa que lo hace sentir iluminado por su aprecio—. Eres un buen amigo. No tengo el libro, y he oído hablar mucho de él. Eres muy amable, ¡lo comentaremos largo y tendido!

—Eso espero, de corazón.

—Por cierto, ¡hay café con leche para quienes quieran probarlo! —anuncia madame d'Aulnoy, y añade—: Tiene un aspecto un poco fangoso, pero es la nueva moda según *Le Mercure galant.* Charles, ¿te importaría si hoy empezamos por tu cuento? Todavía no ha llegado todo el mundo.

—Será un honor, Marie —dice Perrault, dando un sorbo reticente del turbio y amargo brebaje.

Recluta a Angélique para interpretar a la joven esposa, papel que ella acepta encantada porque le permite ponerse el vestido de novia del baúl de los disfraces —«Cuantas más veces, mejor, ¿no os parece?», bromea—, mientras que el propio Perrault se pone la grotesca barba azul y blande un sable. No obstante, está nervioso. La ansiedad aún fluye por sus venas, y ahora se está mezclando con la cafeína. Tendría que haber avisado de algún modo a Marie ahora que ha tenido la oportunidad de hablar con ella en persona…, ¿o no? ¿Pero y si ella es la mosca? ¿Pero y si no? ¿Pero y si todas estas mujeres de verdad corren el riesgo de ser exiliadas, como aquella *troupe* de actores, o enviadas a un espantoso convento a kilómetros

de París?

Sin pensarlo muy bien, adopta un acento del Este bastante desafortunado. Está temblando un poco. Pese a todo, se ríen desde el principio, y el cuento va bien. Todas contienen el aliento, horrorizadas, cuando se revela el contenido del gabinete, y la muerte de Barba Azul es recibida con un gran aplauso. Lo que no termina de funcionar son las moralejas en verso, y Perrault lo sabe. Como todas las *salonnières* ya están acostumbradas a estas guindas poéticas suyas, recita las dos, pero encoge los hombros con gesto culpable.

—¿Cuál pensáis que es mejor? Las he escrito esta misma noche, y he de confesar que no estoy seguro de haber acertado.

—Bueno, la segunda es una mentira sucia y barata, y usted lo sabe —salta Henriette de inmediato, su voz agitada por la emoción —. ¿Así nos ve a todas, Perrault? ¿Como incordios? ¿O putas, tal vez? ¿O harpías verduleras?

—No —dice él, encajando el golpe—. Ya pensaba yo que tal vez esa no. Tiene razón. ¡Aunque imagino que usted debe de ser una auténtica amazona en casa!

Es un chiste espantoso. Se da cuenta al instante. ¿Acaso no se ha fijado en misa, en el teatro, no ha visto cómo se encoge ella en presencia de su esposo? ¿Le está temblando el párpado por culpa del café?

—Que haya cometido algunos pecados no significa que los cometa todos —replica Henriette citando a Athénaïs, con una sonrisa tan amarga como los posos que quedan en su taza.

—Siempre me resulta extraño —dice madame d'Aulnoy con frialdad (ahora también ha molestado a su amiga; se apoyan firmemente estas mujeres)— cuando un buen escritor condena la curiosidad. ¿Acaso no es ella la que alimenta nuestra pluma?

—Pero debemos recordar a Eva, madame —responde.

¡Eva! ¿Qué hace sacando a relucir a semejante fósil de mujer en esta sala? ¿Tan pobre es su supuesto ingenio que Eva es lo único que se le ocurre?

—Debo admitir que tampoco he terminado nunca de entender la moraleja de esa historia, pese a los pacientes esfuerzos de todos los sacerdotes que han tratado de explicármela —replica Marie con cautela. Sin duda se está adentrando en terreno peligroso: el abate se ha hinchado como un gallo al oírla—. La conclusión parece ser que siempre debemos creer lo que nos dicen, ¿no es así, Charles? ¿Y tú sueles creer todo lo que te dicen? ¿O esa regla es solo para mujeres?

—Bueno…, supongo que depende del contexto, ¿no? —responde Perrault, retirándose con tristeza a su rincón dialéctico, tratando de descifrar el sentido de sus palabras—. Y de quién te lo diga exactamente.

—Pues creo que es en la Biblia donde se dice que todas las mujeres están malditas, que debemos soportar la agonía del parto por la curiosidad de una sola de nosotras.

Charles siente que pierde pie. Apenas es capaz de concebir las profundidades de esta mujer; se ha adentrado demasiado en ellas. ¿Por qué saca ahora este tema tan sensible, sabiendo lo que le pasó a su esposa? De repente sus ojos marrones no parecen amables, sino llenos de una calma inquietante, vacíos de emociones. ¡Y pensar que tras ellos acecha esa inteligencia vasta y ágil! De nuevo el mismo pensamiento: ¿y si luego informa a Reynie de todo lo que él dice en esta sala? Ahuyenta la idea, la ahuyenta.

—Os garantizo que yo creo todo lo que dice la Biblia —barbulla, y un deje de ira se filtra en su voz—. Cualquier problema de interpretación se debe sin duda a nuestro imperfecto entendimiento,

pues, según las célebres palabras del apóstol san Pablo, vemos por un espejo oscuramente.

—Nunca se sacia el ojo de ver —entona el abate amargamente—. Eclesiastés 1, 8. Mi propia traducción del hebreo original, por supuesto. La curiosidad solo atormenta, ¡nunca sacia! Perrault ha hecho bien en recordar que es cristiano a la hora de escribir su moraleja; he de decir que es una grata sorpresa en estos círculos decadentes.

—Supongo que esta historia no se la contaría su abuela, ¿no? —le pregunta Henriette a Charles, siempre presta a cambiar de tema cuando se habla de religión—. Me cuesta imaginarle, señor, como un adorable bebé que escucha con el pulgar en la boca mientras ella comienza: «Érase una vez un asesino en serie…».

—¿Puede considerarse siquiera un cuento de hadas, técnicamente? —pregunta Charlotte-Rose con cierta reticencia. Sabe que debería tratar de pasar desapercibida, pero lleva todo el día terminando su primer *conte de fées,* tratando de comprender cuestiones técnicas como esa, y lo cierto es que no le queda claro.

—¡Hay una llave encantada! —exclama Telesila, como una alumna aplicada que se sabe la respuesta—. Ese es el elemento mágico, ¿no es cierto, primo?

—De eso quería yo hablar —replica Henriette, tan cortante como siempre—. ¿No es un poco excesivo? Se me ocurre que el cuento podría ser perfectamente una metáfora del parto, en realidad, con el comprensible miedo de la novia virgen a la cama de matrimonio. La llave sangrienta del marido es… En fin, es difícil no darle una interpretación vulgar a esa imagen. Todas esas esposas que han muerto porque él abrió sus cerraduras.

Perrault siente que la situación se le va de las manos, que todo se desdibuja. Es como si estuviese desnudo. De repente necesita

sentarse; se arranca la barba azul y se deja caer en el sofá, triste y herido.

—¡Comprendo vuestras críticas, señoras! Es un primer borrador, y está claro que me queda mucho trabajo. He tomado nota de todas vuestras observaciones y prometo revisar mis moralejas.

—No les hagas ni caso, yo creo que este cuento va a causar furor —le dice Angélique, derrochando cumplidos. Se ha quitado el vestido de novia y ahora se está recolocando su desbordante pecho y atusándose la peluca. Luego da un sorbo de café con leche, con tres terrones de azúcar—. ¡Creo que va a ser un éxito, Charles, de verdad! ¡Es tan macabro! Y qué satisfacción al final, ¿verdad?, eso de que apuñalen al hombre y ella se quede con todo su dinero. — Angélique ha tenido una mala semana, pero este relato esperanzador le ha levantado un poco el ánimo.

Después de un tentempié, la siguiente narradora será Charlotte-Rose de La Force. Es en esta ocasión cuando estrena su cuento «Persinette», que se publicará más adelante en su libro de 1698 *Les Contes des Contes,* y que se hará famoso como una primera versión de esa historia que tal vez ustedes conozcan como «Rapunzel». Esta tarde, Charlotte-Rose está en plena forma, pese a que es muy consciente de los rumores que circulan sobre ella. Aquel patético numerito con Briou, pese a la consiguiente humillación social, también ha tenido un curioso efecto renovador: al principio creyó que le había roto el corazón, pero luego se dio cuenta de que no, y ahora Charlotte-Rose se siente casi orgullosa de su insensatez. Tiene la esperanza de que las habladurías terminen por convertirse en una especie de leyenda. Se ha forjado su propia historia secreta; ha ganado experiencia; tiene aventuras que contar.

Y ahora que sabe que ningún príncipe va a rescatarla de su horrible vida de dama de compañía, que esa esperanza no era más

que un castillo en el aire, ha tomado la decisión, en lo más profundo de su alma, de rescatarse a sí misma con su pluma. ¿Por qué ha de renunciar al romance, para el que tiene un talento natural? Renunciará en la vida real, pero no en sus cuentos.

Charlotte-Rose le pide a Henriette que interprete a Persinette.

—Uy, creo que yo soy demasiado mordaz para el papel, querida Charlotte-Rose —replica ella.

—¡Pero es que esta princesa está aburridísima de todo! Ahí tienes una peluca con trenzas largas, ¡pónte la, por favor! Ay, te sienta de maravilla.

Madame Miau salta de los brazos de Angélique y trata de atrapar el cabo de la trenza, dando brincos con las uñas en alto como si quisiera cazar un pájaro de oro.

—Parece que ya tenemos al hada malvada —comenta Charlotte-Rose—, pero esta vez se nos ha perdido el Príncipe Encantador. —Riéndose de sí misma logra arrancar una carcajada a todos los presentes, que agradecen aliviados la referencia a los últimos acontecimientos.

—Podría hacerlo el abate Cotin —sugiere Telesila.

Lo dice por pura amabilidad: el abate no se corresponde con la imagen que nadie, ni siquiera ella, podría tener de un príncipe, pero hace un par de noches Telesila asistió a la última obra de Molière y le pareció un auténtico abuso. (Aún no se le ha ocurrido que tal vez también ella fuera objeto de la sátira del dramaturgo. ¡Cuán pocas veces, queridos lectores, se reconoce el público a sí mismo!) Lo cierto es que, en cuanto llegó a casa, Telesila no pudo resistirse a escribir una docena de cartas bien largas en las que resumía la trama a grandes rasgos, pero al menos ahora pretende mostrar su apoyo al pobre abate.

—Aunque —añade, dudando de pronto— tal vez el papel no sea

del todo conveniente para un abate, ¿no, Charlotte-Rose?

Henriette recuerda con un escalofrío que, la última vez que el abate y ella representaron un cuento, él le puso la mano, húmeda y diminuta, en la rodilla.

—¿Lo dices por lo de príncipe —pregunta con acritud— o por lo de encantador?

—Yo haré del príncipe —interviene la Princesse de Conti al darse cuenta de que Henriette necesita su ayuda.

Apura de un trago la copa de vino tinto. Ha perdido peso. Tiene las mejillas ligeramente hundidas, los pómulos afilados.

—¡Ah, maravilloso! —responde Charlotte-Rose encantada, pues Su Alteza rara vez participa en las representaciones—. Os lo agradezco, princesa. Seréis una sustituta muy apuesta.

No se percata de cómo se ha tensado el cuerpo de Henriette. Y así, haciendo acopio de todo su valor para este debut y colocándose en el centro de la sala —el centro de atención—, Charlotte-Rose se yergue, mete tripa por costumbre y comienza: «Érase una vez…».

Esta historia empieza con una pareja que aguarda el nacimiento de su primogénita. Son vecinos de un hada cuyo jardín está repleto de hierbas y hortalizas, entre ellas perejil, del cual la mujer embarazada tiene un antojo desesperado. Cuando su esposo se cuela por la verja para robar un puñado, el hada le dice que puede llevárselo, pero que a cambio deberá entregarle a su bebé.

Cuando nace la niña, el hada la guarda como un tesoro y la llama Persinette (que significa ‘perejilita’; Rapunzel, en versiones posteriores, hace referencia al rapónchigo, una planta verde amarga parecida a las espinacas). Pero cuando Persinette cumple doce años, el hada, preocupada por que haya hombres al acecho, la encierra en una torre de plata en medio del bosque.

A Persinette no le falta ningún lujo: tiene cuantos vestidos,

manguitos y abanicos pudiera desear cualquier muchacha; se alimenta de manjares. Pero muy pronto se siente sola y todo le resulta aburrido. Su única compañía son las esporádicas visitas del hada, que grita «Persinette, Persinette, deja caer tus cabellos» y trepa por sus trenzas doradas y relucientes de treinta y cinco metros.

Todo cambia cuando, un buen día, un príncipe que ha salido de caza por el bosque oye cantar a Persinette y se enamora de su voz. Escondido tras un árbol, escucha al hada decirle que deje caer sus cabellos. Esa misma noche imita la voz del hada y él mismo escala la torre.

(La princesa representa esta parte de la historia, avanzando peluca arriba hacia Henriette, una mano encima de la otra, con la mirada fija, profunda y embelesada. Henriette apenas puede soportarlo, con todos esos ojos clavados en ellas.)

El príncipe la corteja. Persinette se queda embarazada.

(La Princesse de Conti le alcanza un cojín a Henriette a tal efecto, y ella se lo embute en el vestido de mantua para regocijo general. Hasta el rostro de Henriette se relaja un poco con el alivio de la frivolidad.)

Al verle la tripa, el hada monta en cólera y obliga a Persinette a confesar la verdad. Como castigo, le corta las trenzas y se la lleva (montada en una nube) muy lejos, a una cabaña junto al mar, donde hay una reserva mágica de comida. Allí, Persinette dará a luz a mellizos.

Mientras tanto, el hada malvada engaña al príncipe para que trepe torre arriba, replicando el canto de Persinette (pues es muy buena imitadora) y dejando caer una de las trenzas de la niña a modo de cuerda. Una vez que llega arriba, le dice que la princesa ya no le pertenece y lo arroja desde lo alto de la torre; él cae sobre

unos afilados arbustos de espinas que se le clavan en los ojos y lo ciegan. El desdichado príncipe deambula por la maleza un año entero, gritando: *¡Persinette, amada mía! Persinette, ¿dónde estás?*

(A la Princesse de Conti se le da de maravilla ir dando tumbos ciega perdida, tal vez en parte gracias a la autenticidad que aporta el vino: tropieza con el pie de Angélique como sin querer, se arrastra por el suelo de forma indigna y lo golpea con los puños mientras exclama «¡Amor mío! ¡Amor mío!»)

La emoción en la sala es palpable cuando todos se dan cuenta de que Persinette va a rescatar al príncipe, pues corren rumores de que Charlotte-Rose intentó colarse en un castillo para liberar a Briou tras su desafortunado matrimonio, vestida de simio, según algunos, o de oso, por increíble que pueda sonar.

Charlotte-Rose tiene que contener su propia emoción, porque ella también está pensando —¿cómo no?— en la gratitud desesperada de Briou cuando lo encontró en sus aposentos; sus tiernos y patéticos gemidos cuando hicieron el amor sobre la piel de oso; su sollozo de alivio al correrse, encogido e insignificante. Cómo en ese momento ella sintió lo que deben de sentir todos los salvadores: que la felicidad de Briou estaba en sus manos.

Y cómo más tarde, mientras dormían, crecieron las espinas a su alrededor. Por la mañana ya estaba despierto cuando ella amaneció. Daba vueltas por la habitación, nervioso bajo un rayo de luz matinal, lleno de esa peligrosa ira abstracta que busca un lugar donde posarse. Le dijo que se marchara, que abandonara el castillo antes de que alguien la viera. «¡Yo qué coño sé cómo! ¡Búscate la vida, Charlotte-Rose, tú eres la que se ha metido en este lío! ¿Quieres que me deshereden, es eso lo que quieres? Si alguien pregunta, yo no te he visto, ¿vale? ¿Vale o no?» Y entonces Briou la miró como si ya no la viera, como si hubiese dejado de verla. *El maquillaje,* pensó ella,

temblando de pánico. *Se me ha olvidado levantarme temprano para maquillarme.*

Su matrimonio ha sido anulado. El padre de Briou sabía de qué hilos tirar para borrarla de la historia de su familia. Se rumorea que Briou ya está de vuelta en París, de incógnito.

No pienses en él, se dice. *Esto es más importante que él.* Porque en este cuento de hadas, en el cuento de Charlotte-Rose, el amor sale victorioso. Persinette se encuentra al príncipe en el bosque un buen día. Su amado ciego tiene un aspecto tan lamentable que ella toma su cabeza, la posa sobre su regazo y se echa a llorar, y sus lágrimas caen sobre los párpados del príncipe, que se abren… Ojos grises y sanos y llenos de amor. Curados por su amor.

(La verdad es que es de lo más romántico. Cuando la Princesse de Conti abre los ojos y alza la mirada hacia Henriette, por toda la sala hay personas secándose discretamente las mejillas; más de uno parece a punto de desmayarse de emoción. Por desgracia, Charlotte-Rose no ha terminado.)

—Así pues, toda la familia se reencontró —concluye Charlotte-Rose—. Pero cuando regresaron a la cabaña, la magia que reponía la comida había transformado los alimentos en piedras, el agua en veneno, las hierbas del jardín en sapos y culebras, y los pájaros en arpías y enormes dragones que echaban fuego por sus fauces inmensas; atraparon a los bebés con sus colmillos ¡y casi los matan! Por suerte, el hada malvada apareció en un carro dorado y les perdonó la vida. Fin.

Perrault siente que lo atraviesa una punzada de miedo. Demasiadas palabras que no quería oír: hada malvada, imitadora, venenos, sapos, culebras. Algo sobre bebés que casi mueren achicharrados. No obstante, aplaude:

—Bravo, bravo.

—Ah, y la moraleja —añade Charlotte-Rose cuando el aplauso remite—. He decidido probar a hacerla en verso en su honor, monsieur Perrault. Dice así.

Y recita:

Si eres una princesa en su torre de oro,
cada día un poquito más harta de todo,
y esperas que él venga a arreglar tus desvelos,
te digo una cosa: va a crecerte el pelo.
Los príncipes, por más que prometan y juren,
también necesitan que alguien les ayude.

—¡Qué debut! —exclama Marie d'Aulnoy—. Oh, Charlotte-Rose, has de sentirte orgullosa. ¡Es un cuento que pasará a la historia! Qué maravilla que *ella* lo salve a él.

—Aunque tal vez, madame, si tiene usted la intención de publicarlo, y espero por el bien de todos nosotros que así sea —dice Perrault, con la esperanza de que los halagos la animen a escuchar su bienintencionado consejo—, tal vez podría poner fin al relato un poco antes, ¿no cree? Sería mucho más emotivo terminar con las lágrimas que curan los ojos del príncipe. Esa escena es magistral.

—En el último momento pensé que quizá había que meter algo de magia para que fuera oficialmente un cuento de hadas —admite Charlotte-Rose—. Madrastras crueles, niñas encerradas en torres, príncipes… Me daba la impresión de que todo eso tal vez fuera demasiado realista y que hacía falta incluir un par de hechizos…

—Claro, cierto —dice Telesila—. Aunque… —titubea unos instantes—. ¿Te importa si yo también te hago una ligerísima crítica, como ha hecho Charles? Sobre todo porque, bueno, yo agradecí muchísimo tu sinceridad con mi debut el otro día. Es solo que me ha parecido un poco triste que Persinette tenga mellizos, porque me

daba la impresión de que era una muchacha cristiana de principios, y creo que habría defendido su honor y su virginidad con más ímpetu. Quiero decir, tomando prestadas las famosas palabras de mi querida amiga mademoiselle de Scudéry: «La virtud que nunca ha sido atacada por la tentación no merece ningún monumento». Si dejas que conserve su virtud, al final podrías concederles una hermosa boda cristiana, eso sería muy romántico. Pero bueno, yo estoy muy anticuada con estas cosas, lo sé, y tal vez sea la única parisina que no ha aceptado que este tipo de comportamientos estén *à la mode.*

—He de decir que estoy de acuerdo —le dice el abate a Telesila, aprovechando la ocasión para hacer gala de su superioridad moral, la única carta que sabe con certeza que le queda. Si no lo consideran un príncipe, que así sea: interpretará al cura. ¡Veremos si les parece divertido que el juicio de Jesucristo caiga sobre ellas!—. De hecho, yo iría más lejos: ya va siendo hora de meter más escenas de iglesia en estos «cuentos de hadas», como los llamáis. Si queréis modernizarlos, ¡lo primero que debéis hacer es arrancar esas raíces paganas y recordar que vivimos en una sociedad cristiana! Ninguna hermosa doncella debe conocer varón, por así decirlo, salvo con permiso explícito de Dios Nuestro Señor. ¡Está escrito en la Biblia! ¡Pretendéis condenar a la pobre infeliz como a una vulgar ninfa de la calle!

—Pero sin el embarazo no hay riesgo de que nadie se entere —dice la Princesse de Conti, cruzando una mirada con Henriette—. Si tienen cuidado.

—¡Pues que se casen en secreto antes! —exclama Telesila, con el entusiasmo de quien cree haber encontrado una solución elegante y magnánima, en lugar de meter el dedo en una herida que sigue en carne viva.

Charles se cubre el rostro con las manos de pura vergüenza. Por suerte, Charlotte-Rose replica:

—¿De dónde sacas esas ideas, Telesila? ¡A mí, desde luego, jamás se me habría ocurrido nada semejante!

Y todos ríen de nuevo, aliviados.

—A mí me ha encantado tal y como está —dice Marie. Y añade, más suavemente, dirigiéndose solo a Charlotte-Rose—: Eres una escritora extraordinaria además de valiente, querida amiga. Las letras te traerán tu final feliz, estoy segura.

Y Charlotte-Rose le devuelve la sonrisa, porque en el fondo ella también lo está.

Tras ellas, Henriette y la Princesse de Conti se hacen una reverencia y toman asiento; la mano de la princesa roza la espalda de Henriette. Los rasgados ojos de madame de Murat resplandecen; su cuerpo se tensa como un arco. ¡Ah, estas Hadas Modernas! Cada vieja historia que toman prestada entraña lecciones antiguas y valiosas, pero ellas las pasan por alto una y otra vez. ¿No se dan cuenta de que esos antojos tan concretos, como el de perejil o lechuga, solo se pueden saciar pagando un precio terrible?

17. EL CUENTO DE LA ROSA

La hora siguiente al salón es la favorita de madame d'Aulnoy; se siente realizada, como si hubiera cumplido una misión. Berthe limpia las copas con una alegre cancioncilla, Mimi pasa el cepillo cien veces por el pelo de Judith junto a la chimenea, Thérèse no le quita ojo a la galga: acaba de parir una camada de cachorros gritones que se retuercen y contorsionan como un cesto de ratones ciegos, y ha despertado en su hija mediana un feroz instinto protector. La pequeña, Françoise, y su mascota, Belle-Belle, liberadas de su promesa de comportarse como es debido, juegan al escondite por toda la casa con gran estrépito. Marie está deseando retirarse con una taza de té y su nuevo libro.

Sin embargo, no todo el mundo se ha marchado: Angélique le ha pedido quedarse, ansiosa por hablar con ella, así que las dos mujeres se sientan en el sofá un rato más. Angélique sorbe un cordial de albaricoque que le deja un brillo pegajoso en la boca; Marie se sirve otro café con leche, pues sospecha que va a ser un estimulante necesario para estos últimos minutos de una larga velada.

—Llevo dos semanas horribles, no te haces una idea —dice Angélique—. ¡Me dolió mucho lo de Briou! Supongo que estarías al

tanto de lo nuestro, claro, tú eres una mujer de mundo, Marie, ya sabes que estas cosas pasan entre un hombre y una mujer. Nos entendíamos muy bien, o eso creía yo. Lo nuestro era algo superficial, divertido, ya sabes, pero que se casara con mi amiga, bueno, con la ahijada de mi amiga, y sin un mínimo aviso, o sea, ¡ni siquiera me dio tiempo a preparar mi reacción! Porque, qué quieres te lo diga, se me quedó una cara de imbécil cuando me enteré, en un palco de la ópera, para colmo… Fue tan humillante que casi me echo a llorar detrás del abanico. Por suerte era la tragedia de *Alceste;* si me llega a pillar en una comedia habría sido mucho más embarazoso. Quiero decir, ¿no se paró a pensar en mis sentimientos? ¿Qué le voy a decir a la madrina de Charlotte-Rose, cuando se suponía que yo estaba cuidando de ella? La verdad es que lo ha llevado muy bien esta tarde, ¿no crees? Quizá esto la haga más fuerte. Y, ahora que el matrimonio está anulado, es cierto que me duele un poco menos. Pero el caso es que, por si fuera poco, Claude me ha vuelto a amenazar con una *lettre de cachet.*

—Ay, Angélique —dice Marie sacudiendo la cabeza; esto ya es más serio—. Debes intentar calmarlo. Ahora que lo de Briou ha quedado zanjado, ¿no podrías ocuparte un poco del orgullo herido de Claude, por tu propio bien?

—Ah, no, no, no —dice Angélique, negando a su vez con la cabeza, demasiado sumida en su confuso ensimismamiento como para rebajarse a considerar los sentimientos del canalla de su esposo —. ¡Ya es tarde para eso, Marie! Ha ido demasiado lejos. Moura se ha mostrado muy comprensivo, ¿sabes? Es sorprendentemente sensible para ser un mayordomo, y él también tiene sus ambiciones, claro, con las que yo puedo ayudarle, con las que quiero ayudarle, porque tú me conoces, Marie, ya sabes lo generosa que soy yo siempre con mis amigos, haría cualquier cosa por ellos; es casi un

defecto en cierto modo.

—Si estás tramando algo con Moura —dice Marie, preocupada—, no creo que sea lo más prudente.

—Pero ella ganó, ¿o no?

—¿Quién ganó? —pregunta madame d'Aulnoy, incapaz de ocultar su exasperación por estos giros incomprensibles de Angélique.

—La novia del cuento de Charles, «Barba Azul». ¡Le dio su merecido a ese cerdo y se lo quedó todo, como debe ser! Y luego les dio parte del dinero a sus hermanos, pues claro, ¿y por qué no? ¿Acaso no se merecían un reconocimiento por sus servicios?

—Por favor, deja de pensar así —le dice madame d'Aulnoy; siente que empieza a invadirla la ansiedad—. Esto es el mundo real. Muchos cuentos de hadas siguen la lógica de los sueños: parecen mostrar acción y consecuencia, pero es un ardid. No revelan más que lo que el narrador quiere que ocurra. Perrault quiere que Barba Azul muera, así que lo mata. ¿No dice Corneille que «un ejemplo es a menudo un espejo engañoso»? En el mundo real, te aseguro que la historia no acaba así.

Pero ya la ha perdido.

—No te entiendo —dice Angélique, encogiéndose de hombros. De repente tiene ganas de irse a dormir; había esperado un poco más de apoyo por parte de su amiga. Acaricia a Madame Miau bajo la barbilla; frota la nariz con la suya—. Nunca me han gustado las obras de Corneille, la verdad, son demasiado deprimentes. Mira: es imposible que yo sea feliz mientras mi marido viva. Y su salud es demasiado buena como para albergar la esperanza de que mi fortuna cambie de pronto.

—Te digo que yo sé cómo acaba esta historia —dice Marie, con tono severo pero en voz baja; está claro que no desea que las niñas la oigan—. No me obligues a recordar lo que no quiero. Por favor, te

lo advierto por tu propio bien.

Solo entonces se da cuenta Angélique de que Marie se refiere a su propia conspiración contra el barón, pero qué tendrá que ver esto con aquello, se dice, si sucedió hace años y, que ella sepa, la libertad de Marie no se había visto amenazada cuando conspiró contra su marido. Hasta donde ella alcanza a comprender, todo aquel plan para acusar al barón d'Aulnoy de traición por pronunciarse en contra de los impuestos del rey fue excesivamente complicado, y ni de lejos tan infalible como un simple asesinato.

Pero Marie está empezando a enojarse, y las niñas están cerca, claro, y eso no es lo ideal, así que Angélique decide que será mejor buscar otra confidente que no siga atrapada en traumas del pasado. Está decepcionada, pero, por suerte para Marie, ella es muy buena amiga.

—Se ha hecho tarde. Te estoy molestando, Marie.

—En absoluto, Angélique, por favor. —Marie siente que la situación se le está escapando de las manos, acelerando hacia un final terrible—. Solo que creo, como amiga tuya…

—Lo cierto es que Madame Miau no ha ido *aux toilettes,* ahora caigo, y ya sabes lo mucho que admiro tus tapizados, Marie, así que mejor me voy, ¿no te parece?

Lo cual nos viene muy bien para la narración, porque, mientras esto está ocurriendo, ciertos hechos paralelos merecen nuestra atención. Debemos ir en busca de madame Henriette de Murat, que no sabe el grave peligro que corre al subir los escalones de entrada a su casa.

El carruaje de la Princesse de Conti la ha dejado aquí hace un momento, y hay que admitir que los efectos del viaje aún son evidentes en Henriette cuando se aproxima a la puerta: tiene la barbilla brillante, sin rastro ya de maquillaje, y un pequeño pelo

rubio en la lengua. Le tiemblan las rodillas como a un ternero, lleva la peluca torcida y está escandalosamente contenta.

«He luchado en vano», le susurró la princesa al oído, y su tembloroso aliento hizo vibrar cada nervio de su cuerpo, irresistible. «Por favor, no juegues conmigo, Henriette.»

Pero ahora el pequeño escalón de la puerta de Henriette separa la comedia de la tragedia. La temperatura y la luz dentro del vestíbulo son totalmente diferentes, y su esposo, el conde de Murat, está allí, inmóvil, como un perro esperando a que dé comienzo la cacería.

Tal vez hayan oído en algún cuento la imagen de una rosa que es el reflejo de otra vida. Cuando se le cae un pétalo, la persona se debilita, y cabe imaginar que, cuando caiga el último pétalo, morirá. El amor del conde por Henriette se podría comparar con una de estas rosas. Hubo un tiempo en que sentía una inmensa admiración por su perspicaz e instruida esposa, de buena familia y divertida, cuya conversación era el orgullo de París, y la rosa parecía perfecta. Pero llegó un momento en que algún comentario de ella le hizo sentir menospreciado, y cayó el primer pétalo. Cuando no lograron concebir hijos —y la estéril, sin duda, era ella, dada su falta de instinto maternal y su refinada malevolencia, por no hablar de los lavados vaginales astringentes que había utilizado en otros tiempos como método anticonceptivo—, otro pétalo, uno más. Cuando el conde encontró a una joven amante cuya compañía le ofrecía consuelo, toda curvas suaves y palabras tiernas, otro pétalo. Cuando le pegó por primera vez y le partió el labio, pero ella, en lugar de suplicar su perdón, se limitó a torcer el gesto con ese sarcasmo suyo, otro pétalo. Y a medida que los pétalos caían, Henriette se daba cuenta, con gran horror, de que su vida estaba ligada a esa flor y que, a medida que esta menguaba, su propio yo también

empequeñecía; sentía que el corazón se le arrugaba en el pecho. Hasta que, estos últimos meses, se ha acostumbrado a andar de puntillas alrededor de la rosa, sin apenas atreverse a respirar cerca de ella por miedo a poner en riesgo el último pétalo, del que sin duda depende su vida.

Pues bien, ahora ve ese pétalo caer al suelo.

El conde se le echa encima, la estrella contra la pared y la agarra del cuello, gruñendo solamente «ZORRA, ZORRA», su mano como un gancho carnicero del que cuelga Henriette, asfixiándose, gimiendo por la falta de aire mientras patalea como una marioneta. Los dos tiemblan con el mismo temblor pavoroso, como si una poderosa corriente los quemara por dentro con un silbido, sujetándole a él la cabeza hacia atrás, sacudiendo los miembros de ella, haciendo que él apriete y hunda aún más los dedos, como si quisieran formar una jaula más pequeña.

Está a un segundo de la muerte, sin duda, cuando Reynie entra al vestíbulo con aire indiferente, inclinándose para no golpearse la cabeza con el marco de la puerta.

—Si me fuese dado rogarle que cese, conde —dice, como un cazador a su perro—, le agradecería sobremanera la cortesía.

El jefe de policía, ya ven, entrega en persona cada *lettre de cachet,* y hoy ha venido a entregar la de Henriette.

—Le ruego me disculpe por no haber estado aquí para recibirla personalmente, madame de Murat —añade—. ¿Le importa que la llame Henriette? Sí, mejor. Había ido a lavarme las manos. Quizá su marido le estaba diciendo, a su modo, que le traigo noticias de un cambio dramático de sus circunstancias. Una lástima.

—Ha proferido obscenidades, señor, y unos gruñidos propios de una bestia —dice Henriette, recuperando el aliento y la lengua—, si eso es lo que usted entiende por su modo, aunque personalmente

no me parece que haya demostrado modales de ningún tipo.

—Furcia —escupe el conde—. ¿Ha oído como me habla, Reynie?

—Lo he oído, conde, lo he oído. Lamento que haya tenido que soportar esto tanto tiempo. Pero no pasa nada, estoy aquí para mejorar su situación. Henriette, Henriette, Henriette. —Sacude la cabeza con una lentitud escalofriante—. Su madre quiere que sepa que la va a desheredar, y mucho me temo que también va a producirse una parada forzosa en su carrera literaria. En cuanto a su matrimonio, bueno…, parece que está dando los últimos estertores. Verá, tengo aquí —agita unos papeles con su enorme mano— un informe que la acusa de prácticas y creencias escandalosas.

—¡Yo jamás me he acercado a La Voisin! —grita madame de Murat, sabedora de los rumores sobre la detención de la adivina y esperando que se trate de una confusión. Sí, intentó quedarse encinta, pero no de esa forma; tan solo «calentó» a su marido con comidas picantes, como se recomienda. Y nunca ha abortado con ajenjo ni hisopo.

—Ah, ya lo sé, madame, lo sé —replica Reynie, con una sonrisa torcida—. Créame, sé perfectamente quién entra y sale de esa casa. Le estoy hablando de les-bia-nis-mo. Relaciones antinaturales entre mujeres, como las que practicaba la poeta Safo, de quien las *précieuses* son admiradoras declaradas. Queda desterrada, Henriette de Murat. Tengo una orden de Luis XIV para encerrarla en el Château de Loches, si es que consigo convencer a su marido de que no la mate antes.

—No —balbucea—. ¡No! Yo no he…

—Oh, sí que ha —replica Reynie—, claro que ha. Y parece ser que con su hija, aunque eso no lo mencionamos, pero comprenderá que al rey no le parezca bien que pervierta a un miembro de la realeza de esta forma.

Le muestra la carta entonces, escrita del puño y letra de la Princesse de Conti, y con qué ansia se apresura ella a leerla, como si fuese veneno y antídoto a la vez:

> *[…] Hay quien dice que se levanta con Dios, pero yo me he levantado hoy, como cada día, pensando en el objeto de mi amor, pues en ella pienso sin cesar […] Es mi destino, estoy convencida, entrelazar mis piernas con las tuyas, besarte sin descanso, por todas partes, para siempre.*
>
> *Querida mía, solo sé que estoy profundamente enamorada de ti…*

¡Ah, cómo llora Henriette! Porque es algo funesto, absurdo y desquiciante descubrir y perder, en el mismo instante, a tu amor verdadero.

18. EL CUENTO DE LA PASTORA DE GANSOS

Para hacer un *oeuf miroir,* Anne golpea un huevo grande de ganso contra el borde de la sartén. Aparecen unas fracturas en la cáscara blanca, como grietas en un lago helado; luego, hunde las uñas y vierte el huevo en la grasa crepitante.

Lo cubre con la tapadera durante un minuto. Tiene las manos enrojecidas y bastas después de treinta años cocinando para varias familias; los nudillos hinchados y llenos de cicatrices por las bandejas de metal, los salpicones de aceite y los lengüetazos de las llamas. Manos valientes, conmovedoras. Cuando levanta la tapadera, esa clara transparente y viscosa aparece blanca a la luz del sol, mientras que la enorme yema amarilla tiembla sensualmente bajo su difusa corona, tan dorada que es casi una parodia del oro, balanceándose como una barriga gordinflona. Anne salpica el huevo con la grasa hirviendo. Los bordes se rizan con un brillo oxidado. Desliza el inmenso huevo a un plato.

Los gansos ponen pocas veces y casi siempre en verano. Esta mañana, una pastora de gansos de doce años, con un hermoso cuello pálido y esbelto y cabellos rubios como el maíz —la clase de chica de la que un príncipe podría enamorarse fácilmente si no apestara a mierda de ganso—, se despertó temprano para llevar a

su rebaño al río y, después de soportar graznidos y picotazos (pues no son criaturas muy amables), encontró los huevos y se los dio enseguida a un mozo de la granja, que los envolvió con heno y los llevó al mercado, donde Anne los compró, pensando: *¡Huevos de ganso, qué suerte!*

Con gesto risueño, Mimi moja el pan de inmediato en la yema hasta que se desborda cual fuente de oro puro. Están todas sentadas a la mesa: Mimi, Judith, Thérese, Françoise, Berthe y Marie, que rechaza los formalismos cuando no hay invitados y prefiere que coman juntas comida buena y sencilla (aunque han aprendido que antes tienen que encerrar a Belle-Belle en la planta de arriba). Su señora las trata bien, Anne tiene que admitirlo, aunque es una mujer extraña y debe de tener muchos secretos. Es evidente, por ejemplo, que Thérèse y Françoise nacieron después de su ruptura con el barón, con el que sigue casada a los ojos de Dios, y no se parecen ni remotamente a su hermana mayor, Judith, pero Anne entiende que no ha de cuestionar la moralidad de sus superiores.

—¿Jugamos a los palillos chinos? —pregunta Françoise, que hoy tiene el pelo electrizado. Se distrae con facilidad, y este es su nuevo juego favorito; requiere un montón de palitos precariamente apilados y una mano valiente.

—Acábate el huevo primero —dice Marie—. Apenas lo has tocado. Y usa el cuchillo y el tenedor como Dios manda.

—Me *aburro.* —Françoise ejecuta el gesto universal de aburrimiento, poniendo los ojos en blanco y haciendo un aspaviento de cuerpo entero.

—No seas maleducada. Los huevos de ganso son una exquisitez.

—¿Los monos pueden comerlos?

—Voy a hacer como que no he oído eso.

—Cómete el huevo, *mon chouchou* —le dice Mimi a la pequeña —. Los huevos están llenos de cosas buenas. Te pondrás grande y fuerte como una amazona. Bueno, Anne, ¿qué se cuece por el mercado?

—Pues corría un rumor muy feo —dice Anne, mirando a Marie para valorar su reacción—. Probablemente no sea nada, pero le he oído decir a un cocinero de la casa de enfrente que el jefe de policía le hizo una visita a madame de Murat anoche.

—¡Uuuh, eso es gordo! —dice Mimi, incapaz de disimular su interés ante un cotilleo de tal calidad.

Marie levanta la mirada del huevo y una horrible energía la sacude de pronto hasta despertarla por completo. En realidad, no le gustan mucho los huevos; no sabe muy bien por qué, pero le resultan inquietantes, como la fruta demasiado madura, y los de ganso son, quizá, los huevos más huevos de todos. Anoche no durmió bien; el cuento de Charles la dejó intranquila. Ella sabe que tiene un gabinete sangriento en su alma en el que nunca debe entrar, donde esconde a esos dos bebés muertos y a ese hermoso joven cuya cabeza la mira desde la cesta del verdugo… Y las insinuaciones de Angélique sobre aquellas intrigas tampoco ayudaron.

—Pero ¿por qué habría de visitar a Henriette? —dice Marie, como si despertara de un hechizo—. Debió de ir en busca del conde de Murat. No es… Creo que no es un hombre especialmente amable.

Ya se ha fijado más de una vez en un cardenal o una gruesa capa de maquillaje sobre un ojo morado, aunque siempre que ha intentado hablarlo con Henriette, su amiga le ha quitado importancia, como si no hubiese sido más que una riña. Un conflicto de pareja sin importancia. *Ya sabes cómo soy, Marie, tengo la lengua muy larga.*

—Con quien salió el jefe de policía fue con madame de Murat, al parecer —dice Anne.

Como no conoce sus escarceos con la princesa, Marie enseguida piensa en los cuentos de Henriette. Todo el mundo sabe que a Reynie le encanta la censura y se pasa la vida prohibiendo libros; quizá los cuentos de Henriette hayan puesto el dedo en la llaga. El que se titula *Joven y hermosa,* por ejemplo, sobre un rey que deja de amar a su esposa cuando se hace mayor y se dedica a seducir a «jóvenes bellezas de la corte», tal vez fuera demasiado explícito, o *El palacio de la venganza* (ya solo el título es suficiente), en el cual aparece un castillo cuyos muros están cubiertos de espejos que inducen a una pasión violenta y que son destruidos al final. Quizá esa escena podría interpretarse como una llamada a la revolución; quizá, en cierto modo, *sea* una llamada a la revolución, pues madame de Murat y su afilada lengua no parecen especialmente satisfechas con el presente estado de las cosas.

Pero ¿cómo ha podido conocer estos cuentos, si solo se han contado en voz alta y nunca se han publicado?

De repente se le ocurre que Charles Perrault conoce a Reynie. Fue un hombre poderoso durante muchos años, han debido de tratar muchos asuntos juntos: el hermano de Charles se encargó de la construcción del Louvre por orden suya, y debieron de colaborar para la apertura de las Tullerías. Pero Charles no las traicionaría ¿verdad? No quiere ni pensarlo. Estos últimos meses, desde que él empezó a asistir, siempre ha sido tan… no humilde, exactamente, hasta puede resultar un poco pomposo, desde luego, pero, a medida que lo ha ido conociendo, le ha parecido cálido, vulnerable, generoso, complejo. Una persona completa, por así decirlo.

Ah, pero ¿y su prima, Telesila, con esa pluma tan inquieta que no puede comerse un macarrón sin enviar cartas a medio Versalles

para contarlo? Preferiría mil veces sospechar de ella.

—¡Pobre Henriette! —exclama—. ¡Ay, mi querida amiga! ¿Qué podemos hacer? Tenemos que ayudarla.

Lo primero que se le ocurre es hablar con Charles de inmediato. Pero ¿y si es un espía? En ese momento, se fija en la mesa.

—Françoise, ¿y tu huevo?

—En mi barriga —dice Françoise, con una gran sonrisa de mentirosa. Le están saliendo dos dientes antes de que los de leche se le caigan, en segunda fila, como un tiburón.

Hay una refriega de galgos debajo de la mesa. Uno aparece de debajo de su silla con la nariz amarilla y brillante.

—Mami —dice la pelirroja Judith, cambiando de tema en un intento de proteger a su hermana menor, que siempre le ha parecido adorable (o hermanastra, claro, porque ella ya tiene edad para percatarse de que son diferentes y de que el barón ya no estaba en la vida de su madre cuando la cigüeña trajo a Thérèse y Françoise) —, ¿te han dicho que hemos recibido otra invitación de palacio hoy, para otro baile? ¿Podemos ir, ya que el último fue tan agradable? Y este es un baile de verano, en los jardines. —Sonríe entusiasmada—. He pensado que me gustaría llevar un vestido verde que combine con mi pelo, si nos podemos permitir trajes nuevos.

En esta casa nadie tiene muy claro si son ricas o pobres ni de dónde sale el dinero; es como si Marie hiciera magia. Quizá tenga un monedero encantado, una versión lujosa de la olla de gachas, en el que siempre hay oro cuando metes la mano. El barón dejó de mantenerlas y desheredó a madame d'Aulnoy y a las niñas hace años, aunque sigue vivo en algún lugar, bebiendo hasta el día en que reviente, meando la cama, quedándose dormido sobre los platos de comida; amarillo, tembloroso, arrugado como una pasa.

—¿Es un baile de máscaras? —pregunta Françoise—. ¡Yo iré de

elefante!

(Le chiflan los elefantes.)

—Lo siento —dice Marie—. Me temo que no.

—Es una pena que no sea de máscaras—dice Thérèse en voz baja. Ella también lo habría preferido, por otros motivos: nunca pierde ocasión de ocultar su rostro tímido y delicado tras su melena —. Quizá es mejor que no vayamos, madre, si tú no quieres.

Pero Françoise ya le ha abierto la puerta a Belle-Belle y acompaña al animal en un minué.

—Baila bien para ser una mona ¿verdad, polluelos? —dice Mimi —. ¿Será una mona princesa? De nobleza no reconocida, como en la historia de la pastora de gansos que yo os contaba, con la cabeza de caballo parlante en la pared. —Es otro de esos clásicos brutales que le gustan a Mimi. En él, la falsa princesa recibe su castigo al final: la desnudan y la atan a dos caballos blancos que la arrastran sobre clavos hasta que muere despellejada.

Casi se puede oír el zumbido del cerebro de Marie tras sus amables ojos castaños, intentando descifrar un rompecabezas de consecuencias, pensando excusas viables. ¿Cómo se puede estar tan rodeada de amor y, a la vez, tan terriblemente sola? Se siente superada por todo: apenas ha dormido y lo más probable es que su querida amiga Henriette esté siendo arrastrada al exilio mientras ellas bailan. Sin embargo, el instinto más arraigado en su interior es no dejar que sus hijas vean jamás el menor destello de pánico en su rostro, y en ese primer deber se centra ahora.

19. LOS CUENTOS DE RICDIN-RICDON Y LOS DESEOS RIDÍCULOS

La Princesse de Conti llega tarde, borracha perdida, dando tumbos erráticos y apañándoselas para golpearse las espinillas y los dedos de los pies con cada silla, mesa, puf relleno de pelo de caballo, pierna y pie de la sala, antes de dejarse caer a plomo en el sillón de respaldo alto. Enciende la pipa con la cara petrificada en una venenosa mueca de autodesprecio.

Es una cálida tarde de verano y muchas de las presentes se abanican; una delicada brisa recorre el salón. Angélique tiene un abanico nuevo, decorado con una suntuosa Venus que emerge de una concha, rodeada de ninfas acuáticas y angelotes rechonchos. El aire está impregnado del dulce perfume de multitud de rosas en jarrones —solo amarillas y rosas, pues Marie tiene una especie de superstición en contra de las blancas y las rojas—, y Anne ha preparado un milhojas excelente y franchipán con una capa de glaseado como una losa de mármol.

—¿Vino? —ofrece Marie a sus invitados. No cree que sea adecuado tomar champán, es demasiado festivo, pero necesita vino para afrontar la velada.

—Desde luego —dice Charles suavemente—. Un vino nos vendrá

de maravilla. ¿Te ayudo a servir, Marie?

Es el primer salón que celebran desde el arresto de Henriette, y la tensión lo impregna todo. Hay menos asistentes que de costumbre. ¿Estarán guardando las distancias? Charles siente náuseas solo de pensar que tal vez él sea parcialmente, oblicuamente, responsable.

Por más que la acogida de «Barba Azul» en el último salón lo hiriese en su orgullo, el arresto de Henriette ha servido al menos para convencerlo de que madame d'Aulnoy no puede ser la «mosca» de Reynie —al verlas conversar, era evidente la tierna amistad que las unía—, y se alegra de haberse liberado de esa sospecha. Pero ¿quién, entonces? El único asistente habitual que nunca ha llegado a formar parte del núcleo íntimo del salón es el abate Cotin, y desde hace unos meses a ese hombre no le faltan motivos para sentirse rechazado por los círculos literarios. Pero no, no puede ser el abate, cómo se le ocurre; es un hombre de Dios, por muy tedioso que sea y por muchas injurias que haya soportado. Charles se pregunta si él mismo debería haberse abstenido de asistir, pero algo lo ha arrastrado hasta allí, como un asunto pendiente.

—Pensé que, después del arresto de Henriette, quizá cancelaras el salón —le dice a Marie en un susurro para que nadie lo oiga—. Me alegro mucho de que no sea así, pero creo que deberíamos ser cautos por si… En fin, en París las paredes oyen. Solo quiero que sepas que estoy a tu entera disposición.

Su inquietud asusta un poco a Marie. Si hasta Charles se está tomando en serio la amenaza a su salón, está claro que ella hacía bien en preocuparse. Aunque no puede evitar sentir también cierto alivio; tal vez necesite ayuda para manejar esta situación, ahora que no tiene a Henriette a su lado. Se siente menos sola e inclina la cabeza en un gesto de gratitud.

—Te lo agradezco mucho, Charles. Uy, ¿pero qué es ese olor?

Es un extraño tufo a lana de cabra, sucio, casi sulfúrico.

—¡Cielo santo! —exclama Charles.

Vuela como un mago a la otra punta de la habitación, donde el pelo de la Princesse de Conti está ardiendo —al parecer, se ha tambaleado demasiado cerca de un candelabro—, y le arroja su chablis por encima.

—¿Qué coño…? —pregunta ella con una especie de curiosidad remota, la mirada perdida.

—Disculpad, alteza, teníais… teníais el cabello en llamas. Huele… huele a pelo quemado…

Para su sorpresa, la princesa suelta una risita ronca.

—Gracias, Charles —dice madame d'Aulnoy—. ¿BERTHE? Berthe, ¿puedes por favor traerle un pañuelo a la princesa para que se seque…?

Ay, Dios, piensa Marie, esto va a salir fatal. Y le toca inaugurar la velada a Telesila, a quien ella ya ha juzgado y declarado culpable en el tribunal de su mente, aunque debe hacer un esfuerzo para que sus sospechas no resulten demasiado obvias.

Desde que se corrió la voz por París de que Henriette de Murat había sido arrestada por perversión sexual, Telesila —como miembro del círculo más íntimo de las Hadas Modernas— no da abasto para responder a la cantidad de cartas que le llegan de amigos y conocidos deseosos de información privilegiada; tiene la muñeca dolorida de tanto escribir. No obstante, ha trabajado sin descanso para terminar su cuento, «Ricdin-Ricdon», que tal vez conozcan ustedes como una primera versión de «Rumpelstiltskin». Esta vez espera que su gusto por los castigos violentos en la ficción no enturbie su intachable moraleja.

—¿Quieres una copa de vino para los nervios, prima? —le

pregunta Charles.

—Oh, no creo que deba beber hasta que termine el cuento. El vino siempre me traba la lengua, ¡y poca ayuda necesito para eso! Tal vez un chocolate caliente, si hay alguno a mano. Pero no quiero causar molestia a nadie, por supuesto.

—Le pregunto a Berthe, si doy con ella…

Quince minutos más tarde, procurado el chocolate —después de que Anne haya encontrado cacao y azúcar en la cocina y calentado leche, y de que Berthe lo haya llevado a la sala en una delicada taza de porcelana rosa, y de que Perrault les haya dedicado barrocos elogios a ambas—, Telesila da un sorbo, deja escapar un leve suspiro de apreciación y comienza su cuento, inspirado, según apunta ella misma, en los galantes trovadores de antaño; espera haber sabido darle a su historia ese toque de antigüedad gala.

En el cuento, el rey Prudente está casado con la reina Laboriosa, pero su hijo no es ni prudente ni laborioso; lo que le gustan son los bailes y los carruseles, jugar al pillapilla y a la gallinita ciega. Por eso, todos lo llaman «príncipe Buenavida».

Un buen día, el príncipe se separa de sus compañeros durante una cacería y ve a una vieja arpía arrastrando de malos modos a una hermosa muchacha al interior de una tosca cabaña. La muchacha viste un corsé violeta, va despeinada y lleva en las manos una rueca y lino para hilar. Cuando el príncipe pregunta a la vieja por qué trata así a su hija, ella responde: «Lleváosla si queréis, yo encantada. Las niñas son una carga terrible. Y esta se pasa el día hilando, es un aburrimiento». De modo que él sube a la muchacha, llamada Rosanie, a lomos de su corcel.

Cuando el príncipe la lleva a palacio, la reina Laboriosa se entusiasma en cuanto oye la palabra *hilar,* y pone a Rosanie a trabajar de inmediato con montones de cáñamo sirio, hilo de Flandes

y muchas otras costosas fibras. Pero, cuando se queda sola, la muchacha se echa a llorar desconsolada, pues en realidad ella odia hilar, lo siente como una auténtica tortura, y apenas consigue llenar medio huso en una semana. Muy pronto, toda la corte se ha enamorado de la joven, a la que llaman la Hermosa Hilandera. Pero llega el fatídico día en que la reina desea ver cómo trabaja.

Rosanie sale llorando a los jardines. ¡Cuando descubran que apenas sabe hilar, todos se burlarán de ella! ¡La expulsarán de aquel paraíso! Entonces aparece un hombre extraño, pequeño y desgarbado. «Veo lágrimas en tus mejillas, niña», le dice. «Cuéntame qué te aflige.» Y Rosanie se lo cuenta.

«Toca la punta de mi bastón», dice el hombre al final. Es de un tipo de madera indeterminada y tiene en el puño una gema cambiante del tono rojizo de la cornalina. «Si la frotas contra cáñamo o lino, se hilarán solos. ¡Tendrás tantas sedas como quieras, y tan finas como las de Aracne! Te lo presto durante tres meses con una condición. Cuando regrese, debes decir: "Ricdin-Ricdon, aquí tienes tu bastón". Si no te acuerdas de mi nombre, me pertenecerás.» El nombre le parece tan fácil de recordar que ella acepta de inmediato. Muy pronto, la reina tiene ante sus ojos exquisitos tejidos y, por supuesto, el príncipe Buenavida y Rosanie se enamoran.

Pero aquí es donde la historia de Telesila tal vez difiera de la versión que ustedes conocen. Introduce el personaje de Mentelúgubre, una muchacha bella y ambiciosa «con un alma negra, tan astuta como vengativa». Rechazada por el príncipe, Mentelúgubre acude a una bruja para urdir su terrible venganza. Muy pronto, el príncipe recibe la noticia de que un tirano llamado Sueñohueco se ha hecho con el poder en el vecino reino de Ficción. Le aconsejan que se case con la princesa de Ficción por intereses

políticos, pero cuando él se mantiene fiel a Rosanie y la rechaza, esta se revela como un demonio tentador.

Furiosa de que su plan haya fracasado, Mentelúgubre manda secuestrar a Rosanie, pero, por suerte, ella logra escapar de su secuestrador. Parece que ahora nada podrá evitar que estos dos jóvenes corazones se unan como marido y mujer, excepto… Un momento. ¿Cómo se llamaba ese hombrecillo?

Con la esperanza de que escribir le ayude a recordar el escurridizo nombre, Rosanie garabatea:

Racdon
Ricordon
Ringodon
Racleton
Retintín
Rumpeldon
Riki-tiki
Ricachón
Rumpelskin

Por suerte, una noche el príncipe pasa por delante de un viejo castillo en ruinas con todas las ventanas rotas, y en su interior —a la luz de llamas violetas como las de un aquelarre— ve a un extraño hombrecillo, arrugado y risueño, saltando y brincando y cantando:

Al alba seré su amo
Mala suerte, mala suerte
Por tonta se lo merece
Tan bonita, pero en vano
Ricdin-Ricdon yo me llamo
¿No se acuerda? Mala suerte

Al final resulta que Rosanie es la verdadera princesa del reino de Ficción. Para protegerla del tirano, fingieron que había nacido muerta (hubo no sé qué historia con un paté) y, escondida en el ataúd, la llevaron a aquella cabaña. Se la reconocía por una marca de nacimiento que tenía en el codo, con la forma exacta de una rosa.

El día de su boda aparece Ricdin-Ricdon, pero, gracias a la memoria prodigiosa de su marido, Rosanie puede decirle: «Ricdin-Ricdon, aquí tienes tu bastón», y el demonio aúlla y se lo traga la tierra. Y todos viven felices y comen perdices.

Bueno, salvo Mentelúgubre, que mata a la bruja y luego se mata ella.

—¡Bravo! —exclama Madame d'Aulnoy en cuanto acaba la historia, aplaudiendo.

Esta vez debe admitir que Telesila ha demostrado auténtico talento. ¿La habrá juzgado demasiado a la ligera? Sin duda, una mosca de Reynie no habría mencionado a una bruja en su cuento… A no ser que sea un doble farol, ideado para ahuyentar toda sospecha. El resto del público también aplaude, y Telesila hace una reverencia, ruborizada.

—¡Qué original! —dice Charles—. Pero, al mismo tiempo, el espíritu de los trovadores de la antigüedad parecía fluir a través de ti, querida prima, tal como esperabas. Muy bien hecho. Casi puedo imaginarme a Blondel cantándole estas aventuras a Ricardo Corazón de León en la tercera cruzada. Te has ganado tu sitio en el monte Parnaso.

—¿Y la moraleja? —pregunta la Princesse de Conti con un gruñido ebrio. Tiene mérito que siga consciente, aunque lo cierto es que no ha prestado mucha atención, salvo a lo del bastón pene.

—La moraleja, por supuesto, es no aceptar compromisos

peligrosos.

—Ah, ¿sí? Sí, muy sensata. ¡Qué historia de amor más sensatísima has escrito! A ver si aprendemos las demás.

—¿Disculpad? —A Telesila se le cambia la cara; de repente, parece confusa y desanimada.

—Pero si Rosanie no hubiese aceptado el compromiso peligroso, habría fracasado y la habrían mandado de vuelta a la cabaña, humillada —apunta Charlotte-Rose desde detrás de su abanico cuidadosamente posicionado; últimamente ha ido ganando confianza en el arte de la crítica—. No habría habido aventuras. Nunca habría descubierto que era la princesa del reino de Ficción.

—Tal vez la moraleja debería ser esta: ¡nunca olvides el nombre de tus enemigos! —sugiere Charles con fingida ligereza. (Cuánto desearía él, no obstante, saber el nombre del suyo.)

—A mí, desde luego, no se me va a olvidar el de Mentelúgubre. Hay una dama de la corte a la que ya he rebautizado en mi cabeza —comenta Charlotte-Rose—. También me ha encantado la parte del aquelarre de brujas. ¡Escalofriante!

—Riqui-Ricdú era más bien un duende, creo yo —barbulla Charles, deseando alejar la conversación de las brujas—. Perdón, Riquiti-Raqueti era, ¿no?

Todos ríen. La distracción funciona, él lo sabe de sobra.

—El rey Prudente y la reina Laboriosa… —La princesa suelta una risita desdeñosa—. ¡Ja! ¡Eso sí que es fantasía! Imaginaos una reina que trabaje. ¡Que pueda siquiera lavarse los dientes ella sola! Imaginaos que mi padre mostrara consideración hacia algo o hacia alguien…

Charles y Marie cruzan una mirada ante esta referencia explícita a los padres de la princesa. Marie parece tan tranquila como siempre, pero él puede ver su miedo, lo ve latir en su frente. Traga

saliva.

—Otro cuento, ¿no? —sugiere con tono risueño—. Nos quedan muchos todavía. ¿Es mi turno, madame d'Aulnoy? Hoy solo traigo una historieta campesina, nada pulida, pero espero que os divierta…

Ella asiente con vehemencia.

Este es el cuento de los tres deseos ridículos.

En él, el dios Júpiter le concede tres deseos a un leñador. Esa misma noche, mientras lo celebra con una copita de vino, desea sin darse cuenta una morcilla, y esta sale reptando de la chimenea cual grotesca serpiente. Cuando su mujer le grita por torpe, él se pone de los nervios y le desea que la morcilla se le quede colgando de la punta de la nariz. Su último deseo se ve obligado a gastarlo en que la nariz de su esposa vuelva a su estado original.

No es de los mejores de Charles. De hecho, a decir verdad, apenas ha cambiado una palabra de la versión que le contó su niñera, y el principal mérito de la historia es que no contiene reyes, reinas ni brujas de ningún tipo. Aun así, consigue un par de risas fáciles, sobre todo por parte de un marqués al fondo de la sala, marqués al que no recuerda haber visto antes, por otra parte, salvo en la ceremonia del *lever du roi* en Versalles, y eso no hace más que aumentar su inquietud. Espera al menos que su cuento haya logrado distraer a los presentes.

¿Qué desearía él ahora?

¿Estar de vuelta en la corte de Versalles? Tal vez. No, eso no.

¿Que su mujer regresara a la vida?

Pero él sabe cómo acaban esas historias: su cadáver se alzaría de la tierra descompuesto, torturado, sin rastro de dulzura. Ella desearía estar muerta de nuevo. O, peor aún, él no podría creer que fuera ella realmente; pensaría que se trata de un demonio tentador que pretende engañarlo. Nada volvería a ser lo mismo. Al final se

vería obligado a desear que volviera a la tumba.

Charles desearía poder ayudar a Marie d'Aulnoy. Acercarse a ella de algún modo, ser su amigo. Le gustaría darle la mano y apretarla con fuerza, piensa de pronto, aunque solo si a ella le pareciese tolerable. Desearía… ¿Desearía besarla? El pensamiento le perturba. No, es demasiado zafio, ella no querría. Se niega a contemplar esa idea, lo único que él quiere —¿verdad?— es conectar con otro ser humano. Ver a otra persona y ser visto por ella. *Desearía. Desearía.*

En ese momento aparece Berthe y le susurra algo al oído a madame d'Aulnoy. Ella sacude la cabeza y un murmullo de consternación recorre la sala. Lentamente, agachándose un poco, Reynie entra por la puerta.

—Vaya, vaya, vaya —dice—. El famoso salón de madame d'Aulnoy. —Se quita el sombrero—. ¿Así que ustedes son las hadas, damas y caballeros? Las Hadas Modernas. Las Preciosas. Es una escena preciosa, desde luego.

—Buenas tardes, Reynie —dice Charles, tomando la iniciativa instintivamente, pues tiene la impresión de que Reynie reacciona mejor a los hombres—. ¿Qué mal viento te trae a estropearle la velada a estas personas?

—Oh, lo lamento mucho —dice Reynie, dejando caer con languidez sus párpados oscuros—. Lo cierto es que he estado muy atareado con tantos ladrones y vagabundos y burdeles y todas esas cosas. París no duerme, Perrault, sobre todo la chusma, así que hasta ahora no he sacado un momento para entregar esta *lettre de cachet,* pero prefiero hacerlo en persona, viniendo como viene de su real majestad nuestro rey Luis XIV. Lo considero un gran honor. Esta es para… —entorna los ojos y lee en alto el nombre completo, como si quisiera saborear cada sílaba— Charlotte-Rose Caumont de La Force. Si tiene la amabilidad de salir, tengo órdenes de llevarla a la

abadía benedictina de Gercy-en-Brie.

—Heme aquí —dice Charlotte-Rose en voz alta y temblorosa, dando un paso al frente.

—Si es tan amable de acompañarme, podemos recoger algunas de sus pertenencias, madame, aunque dudo que en un convento le vayan a servir de mucho los lunares falsos y los abanicos y todas esas tonterías de mujeres.

—¡No! —exclama Marie d'Aulnoy—. ¡No! No ha hecho nada malo. Fue la familia del muchacho. El matrimonio ha sido anulado por el rey.

Angélique suelta el abanico y se apresura a rodear a Charlotte-Rose con un brazo en un gesto de solidaridad. Estaba convencida de que la *lettre de cachet* sería para ella, y aún sigue temblorosa y al borde de la histeria.

—Ay, mi pobre niña, qué espanto de hombres. ¡No podemos permitirlo!

Charlotte-Rose, por su parte, se ha quedado muy quieta, tambaleándose ligeramente, con la mirada perdida, como si se estuviera viendo a sí misma interpretar un cuento. No termina de creerse lo que le está pasando, que vayan a encerrarla en un lugar muy muy lejano de cualquier tipo de compañía masculina, entre las célibes, como atrapada en su propia historia.

Reynie chasquea la lengua, impaciente.

—Calma, señoras, se lo ruego. Los motivos que aparecen aquí son de índole más bien literaria. Verán, lo que pasa es que al rey no le gusta la palabra *veneno.* No entiende por qué un cuento para niños, con fines moralizantes (si es que eso es lo que cuentan ustedes en estas veladas, lo cual he de decir que me parece un abuso de mi credulidad), tiene por qué incluir palabras tan horribles como *veneno.*

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunta Marie. La frase le sale como un gruñido.

—Nada, una mosquita que se posó en mi ventana. Ya sabes… —Ahora se dirige a ella en voz más baja, en privado—. Un consejo, Marie-Catherine: como digo siempre, ahora que estás en París, es mejor dar por hecho que el rey lo ve y lo sabe todo. De esa forma, tu comportamiento siempre será intachable, ¿no te parece? Y ya sabes que el rey muestra especial interés por la compañía que frecuentas. Un interés muy especial.

Ella asiente, sumisa. Por un momento se le ha olvidado ocultar sus sentimientos.

Reynie escolta a Charlotte-Rose al pasillo y Charles corre tras él, apartando de su mente lo que acaba de oír entre Reynie y Marie; ahora no puede pararse a contemplar todo lo que implica.

—Espera —dice, ya casi en la puerta—. Para un momento, por favor. ¿A qué viene esto, Reynie? ¿De verdad vas a arrestar a Charlotte-Rose solo por la palabra *veneno?* ¿Vas a exiliar a esta joven, que tiene toda la vida por delante, como si esa palabra no estuviese en boca de todos, como si no te obsesionara a ti también? ¿A quién ofende esa historia en cualquier caso?, ¿a Athenaïs, tu enemiga?

—Yo dije que era tu enemiga, Perrault, no la mía. El rey ha ordenado detener todos los procesos legales relacionados con Athenaïs y borrar su nombre de todos los registros judiciales para evitar mayores escándalos. He condenado a treinta y cuatro personas a muerte y La Voisin arderá en la hoguera, pero el juicio de Athenaïs no va a celebrarse. No. Gracias a cobardes como tú, ella sigue teniendo cierta influencia en la corte, y la magnitud de sus crímenes ha resultado ser su salvación. Quienes asistís a este salón haríais bien en recordarlo antes de burlaros de ella.

—¡Son cuentos de hadas, Reynie! ¿Todo esto es para castigarme a mí, entonces?

—Tú ya no eres tan importante, Charles Perrault —dice Reynie, y conduce a Charlotte-Rose al exterior.

Una vez que se han ido, un silencio avergonzado y doloroso se instala en el hermoso salón de Marie. Alguien se suena la nariz. Alguien chasquea la lengua. A alguien le rugen las tripas.

—No quisiera decir que os lo advertí —chirría finalmente el abate dirigiéndose a las *salonnières* restantes, con los ojos hinchados de emoción, retorciéndose los pálidos rizos—. Pero no diréis que no llevo insistiendo desde hace semanas en el cariz diabólico y pagano de estos *contes de fées,* que siempre han corrido el riesgo de ser la perdición de mujeres como vosotras. Aunque vuestro intelecto es el más bello ornamento de París, cabe preguntarse si no sería mejor que os dedicarais a los versos de circunstancias, al estudio de la Biblia y a las labores del hogar, en lugar de travestiros como lobos y cosas por el estilo. ¡No soy tan inocente como para ignorar que los habitantes de esta ciudad se han burlado de mis risueños poemas sobre carruajes de color lavanda y divertimentos por el estilo! Pero al menos no contienen blasfemias, lujuria ni alta traición. Dicho queda.

La copa de vino de Marie tiembla por un momento en su mano, tal es su deseo de tirársela a la cara, pero al final decide compadecer a este hombre.

Perrault no. La furia lo consume, le hierve la sangre. ¿Qué ha sido ese venenoso soliloquio, sino la confesión de una mosca? ¡Está claro que es él!

—Qué feo discurso, abate —replica, mordaz—. Espere, no me lo diga, ¿era de Molière?

20. EL CUENTO DEL ESPEJO

Lo malo de los espejos somos nosotros.

Athénaïs contempla su reflejo: el rostro cremoso, con hermosos pómulos y hoyuelos, ha engordado —Primi Visconti, el graciosillo de la corte, se atrevió a decir la semana pasada que una pierna de Athénaïs era tan gorda como un muslo suyo—, y siente los carrillos más pesados, pese a los constantes masajes entre el vapor avainillado de los baños.

Sus ojos azul hielo, que antaño causaban estragos en los corazones de los hombres, están ahora ligeramente hundidos e hinchados, y han perdido su brillo. Sus cejas ya ralean; tal vez debería mandar que le confeccionen unas postizas con pelo de ratón.

Hasta su piel empieza a mostrar marcas oscuras en las mejillas, que ella cubre con generosas capas de polvos de albayalde, sin darse cuenta de que su solución es la causa del problema y, de camino, le está infectando los ojos. Le ha salido una nueva verruga en la barbilla, que ahora oculta pegándose con resina un lunar postizo en forma de estrella.

No obstante, miles de tirabuzones rubios aún enmarcan su rostro, en ese estilo llamado *hurluberlu* (‘excéntrico’), fijados al

milímetro con una pomada de manteca que ella misma ha popularizado. Se pregunta en voz alta: «¿Soy la más hermosa del reino?».

No, majestad, responde el espejo.

Luis ha dado la orden de que se borre su nombre de los registros judiciales, pero es evidente que está furioso con ella por dañar esa imagen que tanto se ha esmerado en forjar, por manchar su sol dorado. ¿Le queda, a estas alturas, encanto suficiente para volver a ganarse su favor? Está triste, agotada. Y, después de tantos años, ¿le quedan ganas? ¿Quién es él, al fin y al cabo, para que ella lo quiera tanto? Un retaco con la cara picada que siempre tiene algún tipo de problema en el culo. Ese obsceno manantial de comida medio masticada que le brota de la nariz mientras devora un grasiento cadáver animal; esa polla diminuta en la que constantemente aflora alguna nueva infección de transmisión sexual; esos bolsillos llenos de galletas de perro… Dios, y esos ridículos zapatos de tacón que la sacan de quicio. ¡Cómo ha tenido que esforzarse para contener su afilada lengua y no burlarse de él! El rey, un baboso de tal calibre que hasta se tiró a la sirvienta de Athénaïs mientras ella se bañaba. Y él también ha envejecido: gota, ciática, sangrías y lavativas constantes. Se rumorea que el rey de España solo puede digerir leche humana.

¿Ama a Luis o lo odia? ¿Alguna vez lo ha amado? ¿O era solo su poder, su corona, su trono, las fiestas, el esplendor, esa sensación al verse reflejada encima de él mientras follaban en la Galería de los Espejos?

Ahora el rey solo escucha a madame de Maintenon. ¡Maintenon! Dicen que es su nueva amante oficial. Esa institutriz a la que la propia Athénaïs instaló en la Rue de Vaugirard en París, con una paga generosa y todos los sirvientes que necesitaba, para que criara

a sus hijos ilegítimos —los de ella y Luis— discretamente. Y ahora se las da de santa, le está llenando la cabeza de historias de Jesucristo y de redención, y ha prohibido la ópera durante la Cuaresma. Por los pasillos de Versalles circula un juego de palabras con su nombre: ¡Madame Ahora, la llaman!

En cuanto a la libido del rey, en fin. Athénaïs sabe que le ha echado el ojo a otra niña; vio cómo se le caía la baba en el último baile. La niña le recordó a alguien, como un pequeño fantasma. Pero, sinceramente, ¿merece la pena? La Voisin ya no está aquí para ayudarla, y ha agotado todos sus polvos de herencia. ¿Qué ganaría ella terminando con la vida de esta criatura? Un par de meses más, y a lo mejor algún que otro revolcón nostálgico, por los viejos tiempos, antes de que la metan en un convento para que se arrepienta de su conducta —como termina ocurriéndoles a todas las mujeres de Luis—, con un pecado más que redimir. Dios santo, ¿y si desde el principio no ha sido más que otra de sus mujeres?

… Louise, Bonne, Diane, Thérèse, Catherine, Julie, Anne-Madeleine, Gabrielle, Marie, Isabelle, Lydie, Olympia…

La historia debería acabar cuando el rey se enamora de ti; ¿por qué nunca se acaba, por qué se ha visto obligada a reconquistarlo una y otra y otra vez? ¿Por qué nadie te cuenta que es la hermosa princesa la que se convierte en la reina malvada, que son la misma persona en diferentes momentos de su historia?

Athénaïs se restriega colorete por las mejillas con una bola de lana; se aplica carmín hecho con grasa animal y remolacha. *Venga. Eso ya está mejor. Vamos, tú puedes.*

—Soy la más hermosa del reino —declara ante el espejo.

No, majestad, responde el espejo. *Ya no.*

Lo malo de los espejos somos nosotros.

21. EL CUENTO DEL BAILE

Judith d'Aulnoy ha elegido un vestido verde agua, del color de la porcelana de celadón, que combina de maravilla con su melena castaña rojiza. A Françoise d'Aulnoy, que ha optado por un tono lila, le acaban de encontrar liendres, y su niñera, Mimi, está quitándole todas las que puede con un peine de dientes finos. Françoise tiene la mirada perdida y una sonrisa soñadora.

—¿En qué piensas, polluelo? —pregunta Mimi.

—Me estaba imaginando que entraba en el baile y todo el mundo se enamoraba de mí. Qué vergüenza.

—¡Ya van treinta! —dice Mimi, alzando la mano para mostrar una —. ¿Eso es un récord?

—Una vez tuve cincuenta y dos —dice Françoise—. ¡Belle-Belle me quitó una del pelo y se la metió en la boca! ¡Te lo juro!

La mona, Belle-Belle, está en el aparador, comiéndose una manzana roja y verde magullada; las patillas de sus mofletes se agitan furiosamente.

Thérèse, la mediana, aparece de pronto vestida de rojo. Le sienta muy bien, realza sus pechos incipientes; el pelo negro y liso, recogido hacia atrás, deja ver su rostro ovalado, su boca pequeña y redonda.

—Niñas, ¿estáis listas? —dice Marie—. El cochero está fuera… ¡Oh! Oh, Thérèse.

Otra hija que ya es casi una mujer.

—¿Tú no vienes, mamá?

—No creo que sea prudente. Mi reputación no está en su mejor momento. Ay, Thérèse, estás… perfecta.

Un vértigo repentino se apodera de ella, como si estuviera a punto de caerse por el confín del mundo.

rosa roja blanca nieve rosa roja blanca nieve
rosa roja blanca nieve rosa roja blanca nieve

—¿Mamá?

—Tengo jaqueca —logra decir Marie; una verdad a medias—. Lo siento mucho, niñas. Por favor, disfrutad de la velada. Sed gentiles, sed prudentes, no os quedéis hasta muy tarde, cuidad las unas de las otras.

Desearía ser el tipo de madre que acostumbra a besar a sus hijas, para poder darles ahora un beso de despedida, como una especie de hechizo protector.

Mientras tanto, en otro lugar de la ciudad, Angélique Tiquet también se está preparando para el baile, con especial esmero. Este no da comienzo hasta las once de la noche y se espera que dure hasta el amanecer, así que conviene cenar antes. En estos momentos Angélique está soportando una cena bastante tensa con su marido, Claude, sentados cada uno en un extremo de la larga mesa. Últimamente suelen quedarse en sus respectivas alas de la casa, pero esta semana ella le ha dado una gran suma de dinero para aplacarlo. Les sirven todos los platos habituales: sopa, huevos, pescado y carne, en vajilla de oro y plata. Una luz tenue y vacilante

ilumina la estancia.

Claude no se pone la peluca en casa y está completamente calvo, aunque tiene el cuerpo cubierto de vello, con dos alas de pelusa oscura en la espalda. Presenta un porte firme e imperturbable, aunque sus ojos sobresalen ligeramente de las cuencas. Angélique le ha dicho a Moura que eche el veneno que ha conseguido en el cordero al ajillo, un plato que a Claude le encanta y que ella suele evitar porque le sienta mal. Toda la carne le resulta un poco excesiva, de hecho, día tras día. Si pudiera, se alimentaría de postres.

El comedor le ha quedado precioso, piensa: los bajorrelieves, las cortinas de seda con estampados florales, la consola de mármol, el tapiz de los Gobelinos del rapto de Europa, los jarrones de lirios. Adora la belleza. ¿Quién se cree este hombre para casarse con ella y pretender arrebatarle todas sus cosas bonitas?

El problema es que no está segura de que haya suficiente arsénico ni de que Claude vaya a comer lo suficiente: apenas ha probado un par de trozos. Su plan es ir al baile para no estar allí cuando muera su marido y poder fingir sorpresa, pero el mayordomo, Moura, tiene órdenes de vigilar a Claude, y si parece que solo está medio muerto, o si se arrastra en busca de ayuda o algo parecido, ella le ha dado un arma para rematarlo. Dirán que entraron ladrones en la casa; últimamente pasa mucho, por las malas cosechas.

—¿Más vino? —pregunta Moura, muy formal, sujetando la jarra (decorada con bacantes danzarinas) con el brazo cubierto por un paño.

—Sí, por favor —dice Angélique con su voz más encantadora, alzando la mirada hacia él con una sonrisa—. Claude, tú también querrás un poco más, ¿no? Es una uva de Borgoña excelente, me

imagino que va muy bien con el cordero, qué pena no poder comprobarlo.

Claude detesta su voz, lo obscenamente obvio que resulta cuando pretende agradar a un hombre, pero yerra al pensar que ese hombre es él. Cuando su esposa le dio el dinero que le había pedido, lo interpretó como una señal de que estaría dispuesta a hacer más concesiones. Ahora ella parece creer que de verdad podría volver a resultarle atractiva, haciendo pucheros con esa boca gris y apestosa.

—Sí, está bien, ponme un poco más, Moura.

Cabe mencionar que Moura es bastante apuesto para un mayordomo de dieciocho años, con una especie de belleza inconclusa y alargada —cara larga, cuerpo largo y delgado— por la que sus amigos de la taberna lo llaman «la Baguette». Hay quienes dicen que el mote hace referencia a otra cosa, como pudo comprobar Angélique la semana pasada, cuando, en agradecimiento por su ayuda, trató de meterse su pene en la boca, se atragantó y emitió un ruido muy desagradable que sobresaltó a Madame Miau; la gata se tensó de repente, con la cola erguida y rígida, y le gruñó al mayordomo. Él, muy atento, rectificó la situación apoyando a Angélique contra un costado de la cama, arrodillándose y abalanzándose dentro de ella, hasta el fondo —embestidas jóvenes, hambrientas—, hasta que a Angélique le pareció que el techo daba vueltas.

«No he salido a tiempo, madame», murmuró después mientras se vestía, algo nervioso, como si estuviera a punto de ponerse a bailar. Todavía tenía un rastro de acné en la comisura de su hermosa boca. «Lo siento si debía hacerlo. Lo siento si ha sido demasiado rápido para usted, es que…»

«No, no —dijo ella, sonriendo—, no te preocupes, yo me encargo de eso, Moura. Nos ayudamos el uno al otro, ¿no? Somos amigos.»

Se oye un maullido bajo la mesa. Claude alarga la mano para coger un trocito de cordero y llama:

—¡Aquí, Madame Miau, ven aquí!

A Angélique se le escapa una exclamación. La gata salta a su regazo.

—Hoy te toca pescado —le dice, con el corazón a mil, tratando de quitarle la espina al lenguado—. Es mejor para tu tripita. Cielos, qué calor hace, ¿no? Bueno, debería ir preparándome para el baile. ¿Seguro que no quieres venir, Claude?

—No —dice él—. Todas esas mujeres emperifolladas… No lo soporto. De todas formas, no me encuentro muy bien.

De modo que Angélique va a prepararse. Se pone un vestido de tafetán brocado con mangas abullonadas y una faja azul brillante, un collar de perlas y guantes blancos de encaje. Sube al carruaje; un lacayo va de pie en el estribo trasero. Moura asiente con calma desde la ventana mientras parten, llenándola de confianza y de una sensación de euforia: se siente joven de nuevo.

¡Va de camino a un gran baile en Versalles, qué divertido!

Y ustedes también pueden asistir al baile, queridos lectores. Es una noche de finales de verano, ¿y no les parece extraordinario estar aquí? Reina un ambiente desenfrenado, como de carnaval. No olviden hacer un breve comentario ingenioso cuando les presenten al Delfín y la Delfina. Por todas partes los árboles están colmados de naranjas, esos soles rechonchos, y hay tantas flores… Constelaciones de jazmín que florecen bajo el cielo estrellado, perfumando el aire nocturno; una alfombra de junquillos. Dulces, vinos y licores dispuestos para que los invitados se sirvan.

Los besos vuelan por el aire. Los hombres se saludan con inclinaciones y ríen. Las mujeres también parecen flores, ¿no es cierto?, con sus vestidos de todos los colores… Bailes y reverencias,

galanteos y abanicos en una coreografía infinita a través de salas, grutas y templetes. Una multitud de pelucas, hechas con el mejor cabello de campesinas normandas, recubiertas de harina y perfumadas con bergamota. Pelucas que se yerguen sobre estructuras de hierro, rellenas de pelo de caballo, tan altas que quienes las llevan se tienen que inclinar para pasar por las puertas. Una está decorada con fruta; de otra parece asomar una rata.

Y aquí tenemos la nueva Salle de Bal, con su fuente escalonada semicircular y sus antorchas doradas, el escenario perfecto para un baile de verano. La orquesta de la corte ha empezado a tocar, con la presencia de Jean-Baptiste Lully, el mejor compositor de su época. Reconocerán ustedes algunas caras: ahí está Angélique, bailando con un hombre de mediana edad, barón de nosequé, de un modo que revela una intimidad previa entre ambos, y con una sonrisa que flaquea por momentos. Judith baila con un muchacho de su edad que se ha puesto a recitar una tediosa perorata sobre la luna solo por hablar de algo. La Princesse de Conti está apoyada en un pedestal mientras su marido intenta recordar cuáles eran sus frases en una obra de teatro que representan de vez en cuando, esa en la que interpretan a un matrimonio. Los elegantes zapatos nuevos de la pequeña Françoise no le quedan bien del todo —ella está acostumbrada a ir descalza, la verdad sea dicha—, y uno de ellos le ha hecho una pequeña herida en el talón, de la que brota sangre. Está de pie a un lado de la pista de baile, inspeccionándola, cuando de repente mira hacia arriba y se queda boquiabierta.

De hecho, muchos clavan ahora la mirada en una de las parejas que bailan. Incluso Athénaïs, rodeada de sus acólitos, tiene el rostro congelado y descompuesto, como un reflejo de sí misma en un espejo roto.

Y es que el rey —Luis XIV, el mismísimo Rey Sol— está bailando

una gavota con una joven misteriosa vestida de escarlata. La piel de la joven es blanca como la nieve; su pelo, negro como el ébano; sus labios, rojo sangre.

Suenan las campanadas de medianoche.

22. EL CUENTO DEL GATO CON BOTAS

La escandalosa historia que sigue se ha contado muchas veces.

El veneno no surtió efecto, más allá de darle a Claude una diarrea considerable y unos retortijones muy sospechosos. Se dirigía a consultar a un amigo suyo —un médico que vivía en la calle de al lado— cuando alguien le disparó tres veces por la espalda. Mientras se arrastraba por el barro, atisbó entre las sombras una silueta alta, delgada y, al cabo de unos instantes, familiar. Por suerte o por desgracia, según la perspectiva de cada cual, los disparos tampoco dieron resultado. Aunque más tarde encontraron uno de los perdigones cerca de su corazón, Claude sobrevivió. Es bien sabido que, cuando unos transeúntes lo encontraron en la calle, gimoteó: «No me lleven a mi casa, pues no tengo otro enemigo que mi propia esposa».

Así, Angélique se convirtió de inmediato en la principal sospechosa. Al parecer, alguien testificó que la había oído decirle a una amiga: «Es imposible que yo sea feliz mientras mi marido viva. Y su salud es demasiado buena como para albergar la esperanza de que mi fortuna cambie de pronto».

Era evidente que Angélique Tiquet no estaba hecha para soportar el tormento del agua. En esa época era costumbre atar al

sospechoso a un potro de tortura y verterle ocho cántaros de agua por la garganta. Angélique, que siempre había sido propensa a las arcadas, apenas aguantó el primer cántaro antes de llegar a la conclusión de que no podría soportar aquello por más tiempo y confesarlo prácticamente todo, incluido el nombre de su cómplice, Moura.

Marie d'Aulnoy tiene un aspecto deplorable cuando le conceden permiso para visitar a Angélique en la Bastilla; está demacrada por la falta de sueño. Primero, las niñas llegaron del baile a las seis de la mañana, hablando todas a la vez: Françoise fingió haber perdido un zapato para llamar la atención; Judith no paraba de recitar nombres de muchachos. Pero lo peor fue ver a Thérèse ahí de pie con su vestido rojo, el rostro iluminado por una terrible determinación, como Ifigenia ante los helenos en Áulide.

Y luego, al amanecer del día siguiente, Marie recibió la terrible noticia del arresto de Angélique, y se desató el aluvión de recuerdos. Esta vez no pudo frenarlo, el torrente la arrolló. ¡Esos dos pobres hombres a los que su madre convenció para que acusaran al barón de fraude! Charles Bonenfant y Jacques de Crux. Bonenfant sobre todo. ¿Cómo pudo permitir que se dejase enredar, movido por la compasión hacia ella, en la compleja estratagema de su madre para tratar de cambiar la suerte de ambas, en ese horrible juego de palillos chinos? Ni siquiera se había acostado con él cuando empezó todo, pero él quería salvarla, cegado por sus ideas románticas. ¡Cuánto lamentaba aquella noche en la que ella lloró y él le besó los húmedos párpados! ¡Oh, dulce insensato! Marie deseaba que la salvaran con tal fuerza que le dejó creer que podía salvarla. Pero no la estaba salvando; ella lo estaba condenando a él con sus pestañas cubiertas de rocío, su suave temblor, su vulnerabilidad.

Cuando el barón fue encarcelado, Marie y Bonenfant jugaron,

con cautela, en privado, a ser una familia. Cenas sencillas. Al principio, el trauma hacía que ella se tensara al menor contacto, pero él fue paciente y tierno, y al final hicieron el amor; despertaron juntos, desnudos entre sábanas arrugadas. Durante su embarazo, él le daba masajes en la espalda. ¡Y con qué ternura cuidó de su recién nacida, la pequeña Judith, cómo le cantaba para que se durmiera! Pero, de algún modo, Marie sabía que todo era mentira, todo estaba maldito. Y entonces el barón fue puesto en libertad, y ella vomitó al recibir la noticia.

Ahora Angélique está encerrada en el escenario de sus pesadillas; a menudo sueña con el barón provocándola desde su celda, con esos largos dientes amarillos que sobresalían de su barba canosa, relamiéndose como un lobo, escribiendo cartas repugnantes sobre lo que le hará cuando salga de allí. Y de repente no es él: se ha transformado en Bonenfant, ese pobre muchacho que apenas ha vivido y que tanto quiere vivir, que ruega a su carcelero que le deje probar unas últimas gotas de vida.

¿Cómo puede perdonarse por haber eludido el castigo, cuando Bonenfant fue ejecutado por el mismo crimen? ¿Cómo puede perdonarse por haber escapado del torreón bajando por esa cuerda hecha con sábanas mientras su madre la esperaba abajo, impaciente, como si ella misma no pudiera creer lo que su instinto maternal la estaba obligando a hacer? La pequeña Judith iba atada con tal fuerza al pecho de Marie que no podía parar de pensar que la estaba aplastando; la leche materna se filtraba a través de la tela, caliente como la vergüenza. Su amante fue ejecutado mientras ella huía en plena medianoche en un barco plagado de pulgas, dando bandazos rumbo a Inglaterra. Rumbo a Saint-Évremond, el refugio y la ginebra.

Al año siguiente huyó a Alemania cuando creyó que los hombres

de Luis le habían seguido la pista. Luego, a España. Una década se le escurría entre los dedos. Aceites extraños que le alteraban el estómago; viajes largos, febriles; una riada; los años se sucedían como un delirio. Su pequeña cada vez más débil en aquella posada en Madrid. Y Marie siempre al acecho, completamente alerta, firmando con nombres falsos, de incógnito, temblando cada vez que sentía una mano en el hombro. El miedo a beber agua. El miedo a la viruela. El miedo al rey o al barón o a cualquier hombre, en realidad, que tuviese algo que decir sobre las esposas. No halló reposo hasta que le llegó aquella carta de Saint-Évremond con la oferta que había conseguido en Versalles: un trato que incluía el perdón, una buena casa en París (¡cuánto echaba de menos París!) y una pensión, a cambio de la prestación de un servicio.

«¿Estoy vendiendo mi alma?», le preguntó a su amigo en su respuesta. Saint-Évremond dijo que era posible, pero que, dadas las circunstancias, seguramente la estuviera vendiendo al mejor precio que iba a conseguir por ella en esta vida.

Ahora hace dos noches que no duerme; se queda tendida en la cama arañándose el cráneo. Tal vez sean los piojos de Françoise, brincando por su pelo como malos pensamientos. Debería dejar que Mimi le pasara la lendrera, pero la idea le repele: sentarse como una niña entre sus piernas, sujeta por ese cuerpo cálido del que mamó cuando era un bebé. Eso sería forzar demasiados cántaros de recuerdos por su pobre garganta, no podría soportarlo.

La Bastilla es el símbolo del poder de la corona: brutal e indiferente. Una gigantesca fortaleza medieval de ocho torres, con fosos alimentados por el Sena. Los guardas observan a Marie d'Aulnoy acercarse por el paso almenado. La condena a la Bastilla solo ocurre por orden directa del rey; es, por tanto, indefinida y estrictamente secreta. Se oyen rumores de que un hombre con una

máscara de hierro lleva décadas encerrado en una celda cuya puerta da a otra puerta que da a otra más, pero nadie sabe por qué (hay quien dice que es el hermano mayor, ilegítimo, de Luis XIV, o su padre biológico secreto). La mayoría de los prisioneros son nobles, muchos de ellos encerrados solo por dar problemas, o para favorecer a los amigos de Luis. Marie se da cuenta de que está temblando de los nervios al cruzar el puente levadizo y pasar bajo las fauces del rastrillo: es como adentrarse en una inmensa nube de tormenta, una masa de energía oscura reprimida que algún día explotará y se llevará por delante todo París. La conducen a través de pasillos grises. Los criados de los prisioneros más ricos, encerrados con sus señores, se encorvan sobre sus lóbregos quehaceres. Alguien grita, alguien agita el pene, a alguien le están poniendo una camisa de fuerza.

Escaleras arriba, en su celda, Angélique se ve rara sin maquillaje. Casi irreconocible, aunque aún se puede apreciar la belleza de una obra maestra destrozada.

—¡Cuánto me alegro de que te hayan dejado hacerme una última visita! Tenías razón, Marie —dice con voz ronca y pausada—. Toda la razón. Solo quería decírtelo. Pero ¿sabes qué? Me alegro de que vayan a matarme; no, en serio, me alegro. La verdad es que no me veo viviendo en un sitio como este mucho tiempo, no va conmigo en absoluto… Todo lleno de moho, y no hay sorbetes ni champán, ni rastro de chispa. No hay… ¡no hay belleza! Y yo vivo por y para eso, Marie. La pasión y la belleza. Díselo, por favor. En el salón, Marie, a nuestras amigas… Diles que siempre viví por y para la pasión y la belleza.

—Por supuesto —dice Marie, pensando que no hace daño a nadie, llegados a este punto, dejar que Angélique edite la historia de su vida—. Siempre.

—Por favor, cuida de Madame Miau, me va a… —Angélique deja escapar un sollozo, la mera idea le arranca su máscara de valentía—. Me va a echar muchísimo de menos, mi pobre gatita. Es muy mimosa, sabes, le gusta que la acaricien todo el rato, ¡pensará que no la quiero! Pensará que la he abandonado, pero yo jamás haría eso, jamás…

—Lo sé —dice Marie; las lágrimas caen como gotas de lluvia—. Conmigo estará a salvo para siempre. Te lo prometo.

Marie va en carruaje a recoger a Madame Miau, que se ha quedado con los vecinos de Angélique. Cuando llega a casa y la deja en el suelo, la gata sale corriendo hacia la chimenea y se lanza al regazo de Mimi.

¿Por qué vuelven a su mente ahora las palabras que condenaron a su amiga? *Es imposible que yo sea feliz mientras mi marido viva.* Algo sobre un cambio de fortuna. ¿Y por qué esas palabras le suenan ahora tan desagradablemente familiares? La asalta un pensamiento; una sensación molesta, sofocante.

En lugar de esperar a Berthe, Marie se quita el abrigo apresuradamente y lo cuelga ella misma en el guardarropa, aprovechando para mirar en la percha contigua, donde suele dejar su *loup.* Al no hallar la máscara de terciopelo negro, Marie se detiene un segundo para dejar que la revelación tome forma; después asiente con suavidad, se traga la decepción con la saliva.

—Hola, gatita —está diciendo Mimi en el salón, ofreciéndole los nudillos a Madame Miau, que los olfatea y empieza a mordisquearlos —. Uy, ¿un besito gatuno para mí? —Mimi le hace cosquillas en la tripa blanca—. En realidad, les damos igual, ¿sabes? Les cae bien cualquiera que les dé de comer.

—Pues tú le has caído bien.

—Las niñas acaban de acostarse —le dice Mimi—. Aunque,

sinceramente, no creo que estén dormidas. Cuando las he dejado, Thérèse y Françoise estaban jugando a los topos debajo de las mantas.

—¿Les has contado uno de tus cuentos, Mimi?

—Sí, hoy me han pedido «El gato con botas». Creo que tu amigo Charles tiene una versión nueva, pero a nosotras nos gusta la antigua, la que venía en el libro del italiano aquel, Basile, que tenías tú cuando eras pequeña. El gato era una gata, la llamaban Su Felina Excelencia, ¡eso me gusta! No podrían haber pedido mejor gata, desde luego. ¡Cómo emplea su astucia para conseguirles buena ropa y comida a sus humanos! Pero, después de todo ese trabajo, cuando creen que ha muerto, solo dicen: «¡Cógela de una pata y tírala por la ventana!».

—Tú contabas muy bien esa versión —dice Marie, sentándose a su lado.

—Muchas gracias, *ma petite crotte.* Y la gata, que al final resulta que no está muerta, dice: «¡Así termina el que le lava la cabeza a un burro! ¡No mereces ni que te escupa en la cara!». Total, que coge su capa y se va.

—Creo que me estás llamando burra —dice Marie suavemente, con la mirada fija en las llamas, aunque hace que le escuezan los ojos—. Pero no pasa nada, Mimi, tal vez tengas razón. Eres la mosca de Reynie, ahora lo entiendo.

—Pamplinas —dice Mimi con una risita tensa.

Suena tan poco convincente que Marie continúa como si acabara de confesar.

—¡Solo tú podrías haber oído lo que me dijo Angélique después del salón! *Su salud es demasiado buena como para albergar la esperanza de que mi fortuna cambie de pronto.* Me dijo eso porque se creía a salvo aquí. Tú estabas sentada junto a la chimenea,

escuchando. Usabas mi máscara, imagino, para tus encuentros.

—Las niñeras —explica Mimi lentamente, con voz temblorosa y un rubor en el rostro, hablando casi tanto para sí misma como para Marie, con un discurso claramente ensayado— somos como de la familia, pero en realidad no. Es solo un trabajo, lo haces por dinero. Y te pueden echar de un momento a otro, como hizo tu padre conmigo, y nadie se despide de ti. Tú eras mi niña, mi tesorito, y ni siquiera te despediste.

Marie empieza a decir algo, pero se detiene. ¿Puede ser que lo recuerde mal? ¿Era ella, después de todo, la que tenía el poder en esa relación? Qué aterradora esta segunda revelación.

—¡Menudo cabrón era tu padre! —dice Mimi, y sus ojos arrugados de pronto se iluminan con un brillo alegre.

—Sí que lo era —conviene Marie, y las dos mujeres se sonríen tímidamente, con esperanza.

—Yo nunca te haría daño, Marie —añade Mimi, atizando el fuego mientras se va metiendo en el papel. Del leño salen disparadas chispas diminutas—. Sé que haces lo que puedes con lo que te ha tocado. Tienes una cabeza interesante, siempre me lo ha parecido. ¡Qué ilusión me hizo que me invitaras a venir aquí, que me recordaras con cariño después de tantos años! Y las niñas…, ¡mis niñas! La verdad es que me encantan los críos. Pero esas mujeres del salón… Lo siento, pero no me dan pena, es lo que hay. Lo único que hacen es robar, robar los cuentos de mujeres trabajadoras como yo y mi madre y mi abuela, generaciones de mujeres, todas esas Mamás Oca que vivieron amando, cuidando y poniéndose sobre aviso las unas a las otras. ¡Y ahora ellas lo recubren todo de diamantes, meten un par de nombres pomposos que suenan a griego antiguo y se declaran las salvadoras de la literatura moderna! Se creen mejores que nosotras, pero esa carta de la princesa a

Henriette de Murat era una auténtica guarrada. Me la consiguió Belle-Belle, es muy apañada esta mona, y sigilosa por naturaleza. Y la tal Charlotte-Rose… Esa no es capaz de pasar por encima de un charco sin pararse a mirar su reflejo. ¡Y Telesila! Iba a ser la próxima que le entregara a Reynie. ¿Cómo fue lo que dijo? «¡Las historias se llenan de impurezas al pasar por boca del pueblo llano, como el agua por una cloaca sucia!» Me vas a disculpar, pero menuda zorra.

—No debería haber dicho eso —admite Marie. Se alegra de que Mimi tenga tantas excusas, porque no quiere dejar de amarla.

—He intentado no mencionar mucho a Charles Perrault, porque sé que te gusta.

—¿Que me gusta?

—Sí, Marie.

Marie se queda un momento procesando este nuevo dato sobre sí misma. Pero de pronto siente que la ira aflora en su interior: ¿cómo puede Mimi sentirse con derecho a hacer lo que ha hecho, cómo puede mostrar esa falta absoluta de consideración hacia sus amigas? ¡Ni siquiera se ha disculpado!

—Hoy he ido a visitar a Angélique —le dice a Mimi más seria, tratando de provocar un destello de culpa.

—¡Que es una *asesina!* Venga, por favor. Esa ni siquiera sabe contar cuentos. ¿Por qué no debería apetecerme ir a ver cómo le cortan la cabeza?

Se hace un largo silencio. Mimi sabe que, una vez más, ha ido demasiado lejos, pero la furia reprimida tantos años no le permite disculparse ahora.

—¡Me has estado espiando, Mimi! —grita Marie, indignada—. ¡No me lo puedo creer! ¡Para ese… ese *hombre!* Si necesitabas dinero, podías habérmelo pedido.

—No me vengas con una de vuestras ridículas moralejas.

—¡No es ridículo intentar ser moral! Puede que a veces nos equivoquemos, pero… «Nadie es tan inteligente como para saber todo el mal que hace.» Eso dice Rochefoucauld. Pienso mucho en esa frase.

—La verdad es que es muy buena, sí señor. Pero ¿a quién te refieres, a ti o a mí?

—¡A todos! —Marie no da crédito.

—Sé que me tratas bien, Marie, pero tengo familia: hermanos, hermanas, sobrinas, una hijastra. Hasta tuve marido durante un tiempo, no sé dónde me lo habré dejado. El caso es que aquí nadie me pregunta por ellos. Ha sido un invierno duro para la gente humilde, ¿o no? ¿Por qué no habría yo de sacar provecho a mi lengua y mi entendimiento, igual que hacéis vosotras? Ahí fuera, los bebés mueren congelados. Mi hijastra tiene una criaturita preciosa, y el gusto que da olerle la cabecita… ¿Por qué no iba ella a tener una buena toquilla, solo porque no sea hija de una dama? Me encantan los bebés.

—Lo sé. A mí me dan miedo.

—¿Tú qué perdiste, dos? Yo perdí tres. Los tres.

—Lo siento —dice Marie. Ya lo sabía, pero nunca se ha permitido pensarlo; es difícil, cuando te niegas a compadecerte de ti misma, hallar la manera de compadecer a los demás—. Siento no haberlo hablado nunca contigo.

Mimi inclina la cabeza para frenar las lágrimas y le acaricia el cuello a la gata, que ronronea de placer.

—Bueno, pues yo también lo siento —dice, sorbiendo por la nariz —. Tienes razón, no es trigo limpio ese Reynie, me da mala espina. Todo el día lavándose las manos. Esa manía suya de zumbar como una mosca…

—Pero no es justo, tienes razón. Nada de esto es justo.

—Cualquier día va a estallar una revolución, acuérdate de lo que te digo. La gente ya está harta, y todas esas amigas tuyas tan elegantes van a estar en el lado de los malos. Camellos y agujas, ya sabes.

—Es verdad. Eso es verdad. ¿Mimi?

—Dime.

—No quiero que cojas tu capa y te vayas, por favor. No quiero perderte otra vez.

—No me voy a ir si no quieres, *ma puce.* Oye, Marie —Mimi deja a su lado a Madame Miau y da unas palmaditas en el sofá entre sus piernas—, tú tienes piojos, ¿no? Te he visto rascarte hace un momento. Ven aquí.

—No, estoy bien —dice Marie, por costumbre.

—No, qué vas a estar bien. Ven aquí, mi niña.

Así que Marie se sienta entre los muslos de Mimi y deja que su antigua niñera comience a peinarla suavemente, mechón a mechón, tirando de cada diminuto chupasangre y aplastándolo entre el índice y el pulgar. Por primera vez en mucho mucho tiempo, se echa a llorar desconsoladamente. Mimi susurra:

—Ya está, huevito, ya pasó.

23. EL CUENTO DE LA GATA BLANCA

Miles de personas se aglomeran en la Place de Grève.

Un murmullo recorre la multitud cuando aparecen madame Angélique Tiquet y su mayordomo. Moura cojea y solloza, completamente roto, mientras que Angélique tiene un aspecto elegante y sombrío, vestida de negro, con la cabeza bien alta. Como corresponde a su estatus, ahorcarán primero al mayordomo, y luego vendrá el plato fuerte: la decapitación de la rica heredera.

Las oscuras nubes grises gruñen como si hubiera un gigante hambriento allá arriba. Un rayo resplandece.

—¡Se retrasa la ejecución! —anuncia un subalterno reglamentista, gritando para hacerse oír por encima del viento—. ¡Se retrasa la ejecución por tormenta! REPITO: ¡SE RETRASA LA EJECUCIÓN POR TORMENTA!

El cielo gruñe, restalla.

No obstante, cualquiera de los presentes se vería obligado a admitir que Angélique aguarda con templanza al pie del cadalso; Moura, sin embargo, está encogido y se limpia los mocos con el dorso de las manos como un cachorro herido. Miles de parisinos, ricos y pobres, se arremolinan y abuchean bajo la lluvia lacerante; los vendedores ambulantes intentan endosarles su cerveza diluida y

galletas reblandecidas; un torrente de agua surca las calles. Algunos han trepado a las famosas farolas para ver mejor, y ahora se encuentran completamente desprotegidos. De vez en cuando, un relámpago ilumina la cara de Angélique; sus labios carnosos —ahora con un hueco donde antes estaba el diente podrido— esbozan una sonrisa distante.

Cuando de la tormenta ya no queda más que una leve llovizna, ahorcan a Moura, que parece suplicar y lloriquear hasta su último aliento. Cuando la cuerda cae, su cuerpo convulsiona; el rostro alargado se tiñe de púrpura. La presión que la soga ejerce sobre el cerebelo provoca un tipo de priapismo conocido como erección *post mortem* o «lujuria del ángel», que revela a la multitud la legendaria Baguette. Muchas mujeres de las allí presentes, por no decir varios hombres, coinciden en que su muerte es una lástima.

Al fin, Angélique sube al cadalso con aplomo y dramatismo, alargando la mano para que el verdugo la ayude. Una vez arriba, se arrodilla y parece rezar en silencio. Tras recolocarse el tocado, la larga melena y el escote, besa el tajo.

—Señor —le dice a Longval, el verdugo—, ¿tendría la bondad de decirme cómo debo colocarme?

—Solo tiene que poner la cabeza en el tajo —responde él.

Y Angélique obedece, como siempre ha hecho.

—¿Así está bien?

—Sí, madame, está bien.

Su marido, Claude, observa desde la primera fila con solemne satisfacción, de pie junto a Reynie, el jefe de policía. El abate Cotin también está allí, más atrás, oculto entre la muchedumbre cubriéndose la nariz con la capa. Las demás *salonnières* —lo que queda de ellas— no han querido asistir; no las encontraremos entre la sofocante multitud. En cambio, están celebrando una especie de

salón —que más bien parece un velatorio— en la casa de madame d'Aulnoy en la Rue Saint-Benoît. Hay champán y pasteles en abundancia.

Para sorpresa de todas, se ha presentado Briou, con aspecto apocado, la cabeza encorvada como a la espera de un golpe. Anoche tuvo un sueño húmedo con Angélique —en el que la tomaba por detrás mientras ella estaba a cuatro patas sobre el tajo de ejecución— y ha despertado con un ambiguo sentimiento de culpa. Todos sus compañeros de cacería iban a presenciar el gran acontecimiento, inconscientes de su relación con la acusada, y la invitación de Marie le pareció a la vez una excusa perfecta y una oportunidad de redención. La Princesse de Conti, que se ha pasado la noche apostando a juegos de cartas, lo aparta sin miramientos de camino a su sillón.

—Vaya, vaya, vaya, mira quién está aquí.

—Buenas tardes, alteza —replica él, dando un amargo trago de lo que espera que sea su propia medicina.

Marie les ha advertido que este tal vez sea el último salón durante un tiempo, ahora que Reynie está intensificando su cruzada contra los círculos literarios: ya ni siquiera se respetan las reuniones privadas, y se rumorea que apenas se conceden privilegios reales de impresión. Pero ella tiene un nuevo cuento de hadas que quiere contarles antes de que todo acabe. Se titula «La gata blanca». Tal vez ustedes lo conozcan.

La lluvia azota las ventanas. Madame d'Aulnoy comienza:

—Érase una vez —hace una pausa para dejar que pase el gruñido y el restallido de la tormenta— un rey que, temeroso de que uno de sus tres hijos le arrebatara el trono, les encomendó una tarea imposible para distraerlos. Declaró que aquel que consiguiera el perro más diminuto y hermoso sería su sucesor, y les dio un año

para conseguirlo.

»El hijo menor viajó durante un tiempo en busca de perros pequeños, hasta que un día encontró un castillo fantástico oculto en la parte más oscura del bosque. En sus muros, que parecían hechos de porcelana translúcida, estaban pintados todos los cuentos de hadas desde el principio de los tiempos: allí estaban Piel de Asno, Cenicienta, el Pájaro Azul, Persinette, la Diestra Princesa, Ricdin-Ricdon, Anguilita y otros cientos. Entró de puntillas y se halló en un hermoso salón de nácar, iluminado por velas y candelabros. De repente aparecieron unas manos flotantes que (dado que el príncipe se había ensuciado mucho en sus viajes) empezaron a vestirlo, empolvarlo y perfumarlo. El joven se dio cuenta de que en este salón solo había retratos de gatos famosos (entre ellos el Gato con Botas), y en ese momento apareció una orquesta de gatos pequeños que empezaron a tocar guitarras diminutas. ¿Era aquel un palacio de gatos?

»Se fijó en que la mesa estaba preparada con una cena para dos; las manos flotantes sacaron una silla para que se sentara, y una hermosa gata blanca tomó asiento frente a él. "Qué delicia tener compañía", dijo. Cenaron sopa de pichón y ratones al horno, y después lo llevaron a sus aposentos, decorados con las plumas de pájaros exóticos. Por la mañana, cuando miró por la ventana, vio a los gatos salir a cazar conejos y aves, cabalgando a lomos de monos.

»El príncipe pasó casi un año en el castillo de la gata blanca, disfrutando de su compañía, hasta que ella le recordó su misión y le regaló una bellota. Cuando el joven regresó a su hogar y abrió la bellota, vio que dentro había un perro increíblemente pequeño, que se puso a bailar una zarabanda tocando las castañuelas.

Su público se ríe, aunque es una risa tensa. Una risa de funeral.

Charles, que tiene a Madame Miau en brazos, le hace un ligero gesto con la cabeza, como diciendo «vamos, tú puedes». La lluvia va remitiendo ahí fuera; motea las ventanas, cae como el silencio.

—Aunque el joven príncipe era el claro ganador —continúa ella —, no había sido una competición justa. El rey les encomendó una nueva misión: encontrar una muselina tan fina que pudiera pasar por el ojo de una aguja. El hermano menor regresó al castillo de la gata blanca y pasó allí otro año, al cabo del cual ella lo mandó a casa con una nuez que contenía una muselina con bordados magníficos, y tan fina que podía pasar por el ojo de cualquier aguja.

»Pero el rey les planteó una tercera prueba: esta vez les dijo que aquel que encontrara a la princesa más hermosa sería su sucesor. El hermano menor regresó de nuevo al castillo —incapaz de mantenerse alejado de su querida gata— y ella le prometió ayudarle a ganar si se quedaba con ella.

»Al cabo del año, la gata blanca le dijo que, para hallar a una hermosa princesa, tenía que cortarle la cabeza.

Marie toma aliento. Tal vez debería imaginarse a los presentes desnudos, o hacer una cuenta atrás desde diez. La clave es no pensar demasiado en las palabras; simplemente dejar que salgan rodando de tu boca.

—Veréis, su madre era una reina —prosigue—. Una de esas reinas que anhela desesperadamente probar los deliciosos frutos dorados que cuelgan de delicadas ramas en los jardines de las hadas. Como tantas otras, prometió entregar a cambio a su hija. Y el hada maldijo a esa niña a vivir como una gata blanca hasta que alguien tuviese el valor de liberarla.

»Al principio, el príncipe se negó a cortarle la cabeza a su adorada gata, pero ella le suplicó que lo hiciese. Suplicó y suplicó. Quería ser libre. La espada tembló cuando él la alzó sobre su cabeza

…

(Nadie en este mundo puede estar en todas partes a la vez, por supuesto, pero he de interrumpir el cuento de Marie d'Aulnoy para decir que, según cuenta la leyenda, pronunció esta última parte en el preciso instante en que, en la Place de Grève, una pesada espada de doble filo caía con todo su peso sobre el cuello de Angélique Tiquet. Y en ese momento se alzó un grito de horror porque, aunque la sangre salió a borbotones, la cabeza no cayó. El pobre verdugo, Longval, tuvo que dar otro golpe con la espada, pero la cabeza seguía sin caer, y los gritos de la multitud tomaban ya un cariz amenazante. Cegado por los chorros de sangre que brotaban con cada tajo, dio un tercer golpe, a la desesperada, y la cabeza por fin cayó rodando. Incluso entonces, hubo quienes dijeron que, pese a todo, la cabeza de madame Tiquet conservaba cierta belleza. Un espectador de la primera fila comentó: «No había nada más hermoso que su cabeza cortada».)

La voz de Marie tiembla mientras acaba el cuento, hecha un manojo de nervios, con espasmos de dolor en su sonrisa.

—De modo que el príncipe le cortó la cabeza a la gata blanca, aunque a duras penas podía soportarlo. Sabía que debía hacerlo para liberarla, para dejar que se convirtiera en la arrebatadora reina que siempre debió ser.

24. EL CUENTO DE LAS HIJAS

Una vez terminado el salón, Charles Perrault se queda para ayudar a recoger la triste cosecha de platos vacíos.

—Dígale que no se moleste, madame… No hace falta, señor, de verdad —dice Berthe, poniéndole cara de «haz algo» a Marie, incómoda con la interferencia masculina.

—No es molestia —dice él—. ¡Cómo estaba la tarta, Anne! ¡Madre mía! Tal vez tu tarta más sublime hasta la fecha. No, no, permíteme.

Las niñas están compartiendo las sobras, como de costumbre. Marie deja que Charles se quede un rato. Se ha dado cuenta de que lo va a echar de menos: su profundo conocimiento, su conversación, sus pequeños gestos de amabilidad. Su maravillosa voz de cuentacuentos.

Llaman a la puerta y ella baja a ver quién es. Belle-Belle se ha hecho con una copa de champán; Françoise juega con un aro.

—Dentro de casa no —está diciendo Mimi.

Pero cuando Marie vuelve a subir las escaleras, cada músculo de su cuerpo está tenso; parte de su mente ha volado a algún lugar oscuro. Charles no puede evitar echar un vistazo por la ventana y ve que hay un carruaje en la calle; por el color de las libreas, debe de

ser una carroza real, y se fija en que Marie lleva en las manos una carta con la flor de lis del rey. Se le marcan las venas del cuello.

—Arriba, niñas —ordena, cortante—. Fuera de aquí, por favor, ha sido un día muy largo y quiero hablar en privado con monsieur Perrault.

Las hijas, ahora tan tensas como ella, se dispersan. Berthe, Anne, Mimi. Todas las mujeres de la casa salvo Marie, que cierra la pesada puerta con sigilo y luego se gira hacia él.

La sala de coral está en silencio, salvo por el crepitar de la chimenea. A Charles no se le ocurre qué puede haber sucedido, solo que tal vez Marie esté enfadada con él, y se da cuenta de que no puede soportarlo; sobre todo ahora, hoy, que ni siquiera sabe cuándo volverá a verla. Se ha rezagado con la esperanza de rescatar unos momentos más en su compañía, pero ahora ella está roja de furia, como una de las erinias.

—Quisiera disculparme, madame…, quiero decir, Marie — balbucea. Menudo viejo atontado, piensa—. Debo confesar que estaba al tanto de que Reynie albergaba malas intenciones con respecto a tu salón. Vino a verme para pedirme ayuda con un tema de Versalles, y yo fui un cobarde. Ya no me quedan fuerzas para plantarles cara a los poderosos; temo demasiado por mí, pero también por mis hijos, esa es mi excusa. Los quiero. Por eso es más seguro no hacer nada. El caso, Marie, es que me negué a ayudarle, y él, de forma velada pero creo que bastante clara, amenazó a este salón y a todas las que siguen esta moda de los *contes de fées,* como tú misma los has bautizado de forma tan genial. Me dio la impresión de que había un espía entre nosotros y…

Ella guarda silencio. ¿Qué estará pensando?

—Y debería habértelo contado —concluye—. Ojalá lo hubiera hecho.

—No pasa nada, Charles —dice tras una pausa, moviendo los hombros ligeramente como si quisiera sacudirse algo—. Ya sé quién estaba espiando para Reynie. Es…, era… alguien de mi propia casa, lamento decir, y he tomado las medidas pertinentes. En realidad, la responsabilidad era mía.

—¿No era el abate? Pensé que…

—No, no era él.

—Vaya. Tal vez fui demasiado duro con él, entonces. ¿Crees que le debo una disculpa? Se le ha difamado mucho en los círculos cortesanos últimamente.

—Yo no me molestaría. No tienes nada por lo que disculparte, Charles, ni con él ni conmigo; se lo merecía. Y comprendo lo que dices: yo también he temido a los poderosos, he temido por mí y por mis hijas. Creo que sigo temiendo. Me sigo pareciendo demasiado a esa niña buena que siempre obedecía. Que se decía a sí misma que los que mandan deben de tener buenas intenciones.

—Entonces, ¿es cierto? —pregunta; algo se va aclarando en su mente—. Oí decir que…, en el baile de verano…, el rey bailó con tu hija Thérèse.

—Ahí fuera la está esperando su carroza —responde ella, tomando una copa de champán que alguien (tal vez la mona) ha dejado a medio beber, y apurándola de un solo trago—. Han traído un mensaje. Al rey le pareció encantadora. Quiere verla de nuevo, en privado, en sus aposentos. La carroza esperará el tiempo que haga falta. Hijo de la gran *puta.* —Sus labios se retuercen en una mueca salvaje, el gesto de una criatura tan maltratada que ya no se deja acariciar. En un instante, lanza la copa contra la pared, temblando—. ¡HIJO DE LA GRAN PUTA!

—¿Qué te hizo? —pregunta Charles de inmediato.

Ella niega con la cabeza, respirando con dificultad.

—No, a mí no, a mí no, a mí no.

—¿A quién, pues? —pregunta él.

—¿Te acuerdas de otra muchacha de Versalles que se llamaba Thérèse?

Y sí que la recuerda, de poco después de su llegada a la corte: una niña del tamaño de una muñeca, de piel blanca, labios rojos y pelo negro. Una pariente del rey de la que este se encariñó, a la que permitía que se acurrucara en su regazo como un cachorro. Luis la mimaba con teatros de marionetas, la dejaba recorrer los pasillos de mármol de Versalles usando una bandeja como trineo. Ella jugaba a sus pies. Y de pronto su tripa se hinchó bajo su vestido, lo cual fue muy violento para todos, según le dijo Colbert. Ni siquiera sabían que ya hubiese empezado a sangrar cada mes.

Perrault recuerda que dio a luz a una niña sana ante una multitud de espectadores —como era costumbre en Versalles para evitar la sustitución de bebés—, pero enfermó al poco tiempo. Tenía entendido que ni ella ni su hija habían sobrevivido más de un mes. Se decía que el rey estaba desolado, que estuvo presente cuando ella exhaló su último aliento y que lloró cuando vio lo que le había hecho a su querida niña.

Pero ahora Perrault comprende lo que Marie le está diciendo; esto, al menos, lo capta rápido. Dado el nombre y la edad de su hija Thérèse, está claro que la niña sí sobrevivió y que la llevaron en secreto a París para protegerla. Thérèse no es la hija natural de Marie. ¿Será Françoise hija del rey también? Ellas sí parecen hermanas. ¿Cuántos hijos ilegítimos tendrá el rey escondidos por toda la capital? ¡Y cómo ha protegido Marie a sus niñas aquí, qué hogar ha creado para ellas! Charles se siente profundamente conmovido por su bondad; incluso lo descoloca un poco.

—¿Entonces no las tuviste con…? Yo creía… Daba por hecho que

habrías tenido muchos amantes —admite Charles casi sin darse cuenta. Le sorprende la fiereza de su gratitud ante la revelación de que se equivocaba. ¡Cómo osa sentirse así! ¿De verdad albergaba semejantes celos, cuando nada de ello era asunto suyo?

—Solo uno. Bonenfant, que fue ejecutado.

—¿Y nunca fuiste espía?

—No —dice—. La de las intrigas es mi madre. Ha hecho su vida en Inglaterra, donde al parecer presta un gran servicio a Francia, pero yo no tengo estómago para esas cosas. ¿Pensabas que era espía?

—Puede —responde él—. La gente habla y yo escuché, que Dios me perdone. ¿Tú me perdonas?

Ella asiente, le divierte que él sienta que tiene que pedir perdón. Pero el resto de su historia se niega a salir, es como intentar vomitar a la fuerza.

—Eres como madame de Maintenon en sus tiempos de institutriz —dice Charles para ayudarla—. Cuando cuidaba a los hijos del rey y de Athénaïs en esa casa de la Rue de Vaugirard. Es así, ¿verdad? Ese fue el trato que te permitió regresar a París. Criar en secreto a hijas ilegítimas es el servicio que prestas a la corona.

—Sí, bueno… Sí. —Marie titubea: está tan acostumbrada a guardar silencio que al decir «sí» en voz alta, se siente como si estuviera traicionando a sus hijas, repudiándolas. Y ella quiere muchísimo a sus niñas, sus gloriosas niñas, tan listas, divertidas y amables. Y comprende, casi demasiado bien, a sus pobres madres. Solo de pensar en lo que tuvieron que pasar… ¡No! Cuando cierra los ojos, se filtran a través de sus párpados gotas de luz y de sangre. Pero también se da cuenta de lo mucho que desea que Charles conozca la historia; un cuento no contado es una carga inmensa—. Yo di a luz a Judith —le dice—, pero las otras dos son adoptadas.

—De modo que has criado a Françoise y a Thérèse discretamente por orden del rey. Son sus hijas…, de sangre real…, pero ellas no lo saben.

Ella asiente.

—Pero él sí lo sabe —añade, torciendo el gesto.

—Lo sabe —repite Charles. Inhala y exhala por la nariz—. Ya veo, ya. ¡Igual que en el cuento de Piel de Asno! Thérèse es su hija. Su Thérèse resucitada. —Ella asiente de nuevo—. ¿Hay algo más? —pregunta él—. Solo si quieres contármelo, por supuesto.

—Athénaïs —suelta ella, sin pensarlo—. Me dijeron que se sospechaba que había envenenado a la primera Thérèse con una fruta. Una pera. Por pura envidia, de su juventud y su belleza. Fue una de esas peras gordas con un rubor rojizo, del huerto de las cocinas, sus favoritas… Bueno, las favoritas de todo el mundo. Se las llevó en un cuenco de plata, lo dejó junto a la cama de la niña. Por eso él quería que mi Thérèse creciera en París. Y mi pequeña Françoise también, más tarde, cuando dejó preñada a una criada. Tenía miedo de lo que pudiera hacerles Athénaïs.

—Dios mío, Marie.

—Le deseo la tiña, la peste y que se rompa el cuello —sisea ella —. ¡Habría que cortarle LA POLLA!

Arruga la carta y la arroja al fuego, donde la pequeña flor de lis se ennegrece, se arruga y desaparece.

—Bueno, entonces bajo y los mando a tomar por culo, ¿no? —dice Charles con un tono casi risueño, incorporándose.

—Sí, por favor, sobre todo si encuentras la manera de reformular eso mismo con el estilo de un inmortal de la Academia Francesa —responde ella, y se echa a reír.

Él ríe también, encantado con su risa.

—Son gente repugnante —comenta—. Yo pensaba que

estábamos construyendo un paraíso, pero solo en el infierno puede haber tantos espejos. Está claro, entonces: Thérèse no debe acudir. No va a acudir. Les diré eso mismo. Tú eres su madre, Marie, fueran cuales fueran las circunstancias de su nacimiento, y eres una madre maravillosa y atenta. ¿Qué va a hacer el rey? ¿Obligarnos a recitarle «Piel de Asno» al jefe de policía? ¿Retirarte tu pensión? Nos las apañaremos.

Eso último se le ha escapado. Da gracias a Dios porque ella no parece haberse percatado y baja las escaleras al trote.

Marie lo observa por la ventana, lo ve inclinarse para hablar por la ventana del carruaje. Está diciendo que, dada la relación histórica del rey con esta casa, no les parece del todo apropiado que él y Thérèse tengan el tipo de encuentros que podrían dar pie a especulaciones o rumores desafortunados, o llamar la atención de Athénaïs o madame de Maintenon. Cuando regresa, los caballos blancos ya se han puesto en marcha. La carroza ha desaparecido, por ahora. Ella recupera un poco la compostura.

—Gracias, Charles —dice, dándole a la palabra todo su peso—. Me alegro de que lo sepas.

—Puedes contar con mi más absoluta discreción, por supuesto… Vaya, espero que eso sea obvio.

—Lo sé. ¿Crees que me volverán a encerrar en una torre? —pregunta Marie, con una ligereza extraña. Y es que ahora mismo siente una libertad aterradora, como si, después de todo, su final aún estuviera por escribir.

—La imagen del Rey Sol está bastante deslucida últimamente, no puede permitirse otro escándalo, y su nueva amante, Maintenon, se ha propuesto convertirlo en una especie de modelo del buen monarca cristiano. Algo me dice que mostrará piedad.

—¡Piedad! —exclama ella—. No sé por qué, pero esa palabra

siempre me da escalofríos. Existir a su merced.

—Tienes razón —dice Charles—. Me he expresado mal. Lo que quería decir es que tal vez el rey recuerde su conciencia por una vez. ¿Y ahora qué? ¿Debería irme?

Pero ella no asiente. Él comienza a recoger carámbanos de cristal del suelo. Un pétalo carmesí le brota en la punta del dedo.

—Déjalo, por favor —dice ella—. Te vas a hacer daño.

—No me importa —dice él, y comienza a sollozar en silencio, temblando. Parece que ahora es su turno. Intenta levantarse. Están muy cerca, casi rozándose. Desearía poder besarla, pero no debe; aun así, se acerca, atraído por una fuerza invisible, hasta que su frente reposa contra la de ella por un momento. Como si su cabeza fuera la puerta—. Me he enamorado de ti —murmura. Y, al instante —: Lo siento, lo siento mucho.

—Creo que tengo piojos —dice ella.

¿Por qué dice eso? Porque tiene miedo. Porque durante mucho tiempo ha deseado volverse intocable.

—No pasa nada, mis hijos también —responde él, y Marie lo besa, solo un segundo, en los labios.

Un beso amistoso, piensa él, un pico tímido, que ya es suficiente. Debería ser más que suficiente. Es muy generoso por su parte concederle semejante bendición.

—Me siento como un sapo —bromea él, e inmediatamente se da cuenta de lo grotesco que lo hace parecer ese chiste: prácticamente la está animando a comparar su cara con la de un sapo. Se aparta con torpeza y trata de secarse los ojos con las muñecas.

—Pero yo no quiero que te transformes, Charles —dice ella.

—Debo irme. Gracias, Marie, gracias por todo, y discúlpame. No he estado… correcto. No…

Hurga en su mente para dar con la forma apropiada de

expresarlo. ¿Dónde están las citas de Racine cuando las necesitas? Solo se le ocurre «El amor no es un fuego que podamos encerrar en el alma», que es lo último que necesita ahora mismo. ¡Cierra el pico, alma! ¡Por favor! Ja, ja.

Al final, solo logra decir:

—Este lugar ha sido un auténtico Parnaso, madame. Sin duda, tus salones aparecerán en los libros de historia como uno de los puntos álgidos de la civilización francesa. Quiero que sepas lo mucho que te admiro.

—Yo pensaba que me amabas —dice ella, tomando una decisión.

Alza su dulce rostro hacia él —los labios tiernos, la pequeña barbilla—, sus ojos marrones como piel de oso, y él se da cuenta de que la está viendo. Está viendo a la persona que tiene dentro, y ella lo está viendo a él.

—¿Qué? —dice Charles, con una grotesca mueca defensiva, pues no se atreve a albergar esperanza. Si ha malinterpretado esto, preferiría morirse.

—Me ha alegrado mucho oírlo —le dice Marie—. Porque, aunque no puedo casarme, mi deseo es que me permitas que yo también te ame.

—Por favor —dice él—, ¿esto es real?

Ella asiente por toda respuesta y lo besa con su boca real, con su carne y su sangre. Esta vez lo besa como es debido, al estilo francés, y un beso sigue a otro… ¡Qué exquisito alivio! Si existen los besos de amor verdadero, este es sin duda uno de ellos: este momento en el que toda su vida tiembla, como el mundo reflejado en una gota de rocío.

25. EL CUENTO DE LA CARTA ENCANTADA

No, esperen, quédense junto al fuego un poco más. Tal vez pensaban que esta Mamá Oca terminaría aquí su historia, pero —aunque es cierto que, como sigamos mucho más, vamos a acompañar a las *salonnières* a la tumba— todavía queda un cuento que les quiero contar.

Han pasado un par de meses. Ha llegado el otoño, con sus bayas como gotas de sangre, sus nueces y bellotas, sus telas de araña. La savia cae y los árboles reabsorben los nutrientes, preparándose para ese largo sueño hechizado; las hojas, que en su juventud eran todas verdes, adquieren una identidad propia en sus últimas horas: manchas, motas, rubores en los bordes, agujeros, arrugas. Son del color de las galletas de gengibre, de la piel de oso, de la calabaza, del pelaje de carnero, de las gachas, de una llave ensangrentada.

Henriette-Julie de Murat solo puede atisbar esos colores desde lejos. Observa el forcejeo de los lejanos árboles desde su pequeña celda de piedra en el Château de Loches, el enorme castillo del siglo IX, situado en el valle del Loira, que Luis XIV usa como prisión. Sus vistas están limitadas a una ventana diminuta. De noche oye el aullido de los lobos a lo lejos; por la mañana, los primeros rayos de luz surcan el horizonte como hilos de paja.

Sin la peluca, Henriette lleva el pelo negro recogido hacia atrás; su vestido es sencillo.

—Buenos días tenga usted —saluda al petirrojo que suele posarse en el alféizar de su ventana por las mañanas, tentado por la hilera de miguitas de pan que deja ella entre los barrotes. Hoy lleva en el pico una presa que se retuerce. Ella lo llama Mentelúgubre. Últimamente, hay veces que Mentelúgubre incluso salta a su mesa mientras ella está escribiendo sus cartas, y parece quedarse mirándola. Plumas suaves y pequeñas; ojos negros punzantes.

—¿Llevas una lombriz en el pico o es que te alegras de verme? —le pregunta Henriette, y por un momento se siente satisfecha de sí misma.

Esto es en lo que gasta su ingenio ahora. Esto es lo mucho que se aburre.

Por otra parte, nadie le pega en el Château de Loches. Le permiten acceder a la biblioteca, así que lee muchos libros; escribe poemas y ha comenzado una historia de fantasmas y un cuento de hadas titulado «Le Roi Porc»; de vez en cuando, se masturba. La obligan a ir a misa, de modo que ha tenido tiempo de sobra para reflexionar sobre su fe, y ha llegado a la conclusión —tras pensarlo detenidamente— de que, después de todo, no tiene fe alguna.

Y al menos le permiten recibir cartas. Cuando llegan cada mañana, Henriette prefiere dejarlas a un lado durante un rato, para saborear la expectación, y luego las abre y las lee muy despacio, con atención, imaginándose las voces de sus amigas. Ahora ve que, al amanecer, ha llegado una de madame d'Aulnoy. Su querida Marie. La abre.

Querida Henriette:

Te escribo desde París, donde todo va bien. Creo recordar

que en mi última carta ya te conté que Charles y yo habíamos llegado a un acuerdo. Pues bien, pese a que cada uno vive en su casa —como corresponde, dado que yo estoy casada—, me complace decir que nos vemos todos los días. Normalmente vamos al teatro, paseamos por las Tullerías o asistimos al nuevo salón de su prima, Telesila —que ha heredado el de los sábados de su amiga mademoiselle de Scudéry—, y nuestros hijos e hijas componen una risueña estampa cuando cenamos juntos. Aunque mis ingresos se han visto reducidos drásticamente debido a la pérdida de un patrón, he vendido parte de mi oro y mi plata por un precio justo, y sé que sigo siendo muy afortunada; después de todo, incluso el rey se ha visto obligado a fundir plata para costear sus guerras.

No me cabe duda de que Telesila te estará escribiendo dos veces al día. ¿Mantienes correspondencia con Charlotte-Rose también? Me alegra decir que parece haberse adaptado bien a su nueva vida en la abadía de Gercy-en-Brie, donde trabaja en el huerto de las cocinas (¡me mantiene al tanto, muy orgullosa, del tamaño de los nabos!) y sigue escribiendo grandes obras literarias, por supuesto. Parece que las hermanas de la abadía han construido su propia isla de los placeres silenciosos. También me ha dicho que está escribiendo sus memorias, Pensées chrétiennes de défunte de Mlle de La Force.

Pero hay otras amigas de mi salón a las que estoy segura de que echarás de menos. Charles me dijo el otro día una frase del dramaturgo Racine —ya sabes la memoria que tiene Charles para las citas—, y he querido compartir estas palabras contigo en mi carta e implorarte que no pierdas la esperanza de volver a ver a tus seres queridos:

«El amor no es un fuego que podamos encerrar en el alma. Todo nos traiciona: la voz, el silencio, los ojos; los fuegos medio ocultos arden con más fuerza».

¿Tienes una vela en tu celda, amiga mía?

Con todo mi afecto,

Marie d'Aulnoy

La respuesta es sí, Henriette tiene una vela en el escritorio. La mira.

—Los fuegos medio ocultos arden con más fuerza —dice en voz alta—. Los fuegos medio ocultos arden con más fuerza.

Un pensamiento intenso y tembloroso cruza su mente; una sonrisa juguetona empieza a dibujarse en sus labios.

Tras encender la vela, Henriette sujeta la carta ante su llama danzarina, y un segundo texto emerge lentamente bajo el de Marie —como por algún tipo de encantamiento—, oscureciéndose contra el papel iluminado, trazado con zumo de limón:

Querida Henriette:

No pueden pretender que viva sin el amor de mi vida. No puedo dejar de pensar en ti, así que, sencillamente, me niego a intentarlo. Con la ayuda de Marie, he sobornado a una criada que hoy te entregará un paquete lleno de ropas de hombre. En cuanto te las pongas, te ayudará a escapar por la verja trasera, donde me hallarás esperándote impaciente a lomos de mi caballo. Espero que sepas perdonarme por la elección de disfraz; verás, a veces fantaseo con que seas mi Príncipe, pues yo soy, como siempre,

Tu Princesa

¿Sabrían decir ustedes si Henriette llora o ríe? A veces cuesta

saberlo. Y no puedo prometer con certeza un *vivieron felices…,* eso no puede hacerlo ni siquiera una vieja cuentacuentos como yo.

Pero esto sí lo juro: ahora es feliz. Ahora es muy muy feliz.

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela se inspira en las aventuras reales de las Hadas Modernas del siglo XVII, que dieron forma a los cuentos de hadas tal y como los conocemos hoy. También es una interpretación creativa de las extraordinarias historias que escribieron. Mi primer contacto con estos cuentos de hadas fue a través de la obra de Marina Warner, Jack Zipes y Angela Carter, que recomiendo vivamente a aquellos que quieran profundizar en el tema. Me he tomado muchas licencias en pro de una buena historia —desde especulaciones descaradas sobre la vida sexual de las *salonnières* hasta una flexibilidad extrema con la cronología—, pero os sorprendería saber cuánto de lo que he escrito aquí es cierto.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis dos magníficos agentes, cuya confianza en este libro ha significado tanto para mí: Jenny Hewson en el Reino Unido y Lucy Carson en Estados Unidos. A Helen Garnons-Williams y Lauren Wein, el *dream team* editorial, por convertir todo el proceso en un auténtico placer y por vuestros impecables comentarios. Gracias también a Ella Harold, Amy Guay y Sara-Jane Forder por la corrección del texto.

Mi eterna gratitud a mi madre y a mis hijos, Griff y Cate, por su apoyo. Y una mención especial a mi familia política, John y Helen, que me acompañaron a París y a Versalles durante unas calurosas vacaciones.

Este libro está dedicado a Richard en nuestro 20 aniversario de boda, con todo mi amor, siempre.

Venenos, maridos violentos, escándalos y esposas que se negaban a callar. Antes de los Grimm, las mujeres que inventaron los cuentos de hadas ya estaban escribiendo su propia venganza.



París, finales del siglo XVII. Mientras Versalles se consume entre intrigas, venenos y perfumes con los que disimular el hedor de los orinales, en un salón parisino un grupo de mujeres nobles —encabezado por Marie-Catherine d'Aulnoy, superviviente de su propio matrimonio y de una temporada en prisión que prefiere no comentar en sociedad— se reúne para contar lo que la propia anfitriona acaba de bautizar como *contes de fées*. Un siglo antes que los hermanos Grimm, son ellas, junto a un Charles Perrault viudo y expulsado de la corte, quienes están dando forma al cuento de hadas moderno: Caperucita Roja, La Cenicienta, La Bella Durmiente, Rapunzel, brujas

y princesas envenenadas que no son sino versiones cifradas de sus propias vidas, marcadas por maridos violentos, encierros, hijas vendidas y amantes que desaparecen. Entre ellas, sin embargo, se ha colado un lobo: alguien que escucha, toma nota y delata, y que amenaza con llevarlas al cadalso una a una.

Heredera del espíritu cruel de Angela Carter y emparentada con la *Matrix* de Lauren Groff, *Las Hadas Modernas* es una novela de historias dentro de historias que rastrea el origen real, mundano y peligrosísimo de los cuentos con los que nos criamos y nos los devuelve crudos, sensuales y cargados de filo político.

CITAS

Esta es una novela con un encanto desbordante. —John Self, *The Times*

Conmovedora, vibrante, ingeniosa e inteligente... —*The New York Times Book Review*

Fría, astuta y deslumbrante, se parece tanto a la corte como a los cuentos que describe. —*Kirkus Reviews*

Clare Pollard nació en Bolton, Inglaterra, en 1978 y publicó su primer poemario, *The Heavy-Petting Zoo*, con diecinueve años. Era una voz insólita, confesional e irónica, que la crítica comparó enseguida con Anne Sexton y Sylvia Plath. Le siguieron *Bedtime* (2002), *Look, Clare! Look!* (2005) y *Changeling* (2011), recomendación de la Poetry Book Society, donde su poesía empezó a abrirse hacia el mito y el cuento. En sus propias palabras: «El folklore, los cuentos de hadas, esas historias antiguas..., creo que son el gran tema de toda mi escritura.» Esa obsesión tomó forma literaria plena en *Ovid's Heroines* (2013), su traducción de las *Heroidas* de Ovidio, y en *Delfos* (2022), su primera novela, elegida Mejor Libro del Año por *The Guardian*, en el que una profesora de clásicas obsesionada con los métodos de adivinación del mundo antiguo intenta predecir el futuro mientras su matrimonio se deshace durante el confinamiento. Inteligente y llena de humor, la novela demostró que el instinto de Pollard para la forma y la erudición funcionaba igual de bien en prosa que en verso. *Las Hadas Modernas*, ganadora del Premio Tadeusz Bradecki, es su segunda novela. Pollard vive en Londres con su marido y sus dos hijos.

Título original: *The Modern Fairies*

Edición en ebook: septiembre de 2026

Copyright © Clare Pollard, 2024
Publicado originalmente en el Reino Unido por Fig Tree, un sello de Penguin Books Ltd.
Esta edición se ha publicado por acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L. y Lutyens & Rubinstein
Copyright de la traducción © Javier Aragón Bellido e Isabel Márquez Méndez, 2026
Imagen de cubierta: Volker Hermes, Hidden Roslin VI (2021)
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2026
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es

ISBN: 979-13-87641-93-1

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Las hadas modernas

Personajes / Dramatis personae

1. El cuento de Piel de Asno, primera parte

2. El cuento de la Niña Buena

3. El cuento de Piel de Asno, segunda parte

4. El cuento de los Venenos

5. Los cuentos de Anguilita y Caperucita Roja

6. El cuento del Príncipe Encantador

7. El cuento del Zapatito de Cristal

8. El cuento del Carnero

9. El cuento de la Isla de los Placeres Silenciosos

10. El cuento de la Pera

11. El cuento del Sapo

12. El cuento de la Diestra Princesa

13. El cuento de la Piel de Oso

14. El cuento de la Bruja

15. El cuento de Barba Azul.

16. El cuento de Persinette

17. El cuento de la Rosa

18. El cuento de la Pastora de Gansos

19. Los cuentos de Ricdin-Ricdon y los Deseos Ridículos

20. El cuento del Espejo

21. El cuento del Baile

22. El cuento del Gato con Botas

23. El cuento de la Gata Blanca

24. El cuento de las Hijas

25. El cuento de la Carta Encantada
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Clare Pollard
Créditos